

Bianca®

Amor comprado

Julia James

Amor Comprado

Julia James

2º Serie Multiautor Chantaje

Amor Comprado (27.07.2005)
Título original: Bedded by Blackmail (2004)
Serie Multiautor: 2º Chantaje
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello/Colección: Bianca 1603
Protagonistas: Diego Sáez y Portia Lanchester

Argumento

Él creía que todo el mundo tenía un precio…

El guapísimo millonario sudamericano Diego Sáez estaba de visita en Londres para acudir al acontecimiento del año y todos los ojos estaban puestos en él. Diego era famoso por haberse hecho rico partiendo de la pobreza más extrema y creía que todo el mundo estaba en venta…

La reputación de la familia de Portia Lanchester estaba arruinada y ella sin dinero. Diego le había echado el ojo y no le había dado más que una opción para salir de aquella situación… ceder al chantaje y acostarse con él.

Capítulo 1

—ESA de ahí. Me interesa. ¿Quién es?

Diego Sáez señaló con la copa de vino antes de llevársela otra vez a los labios para beber otro sorbo del caldo extremadamente caro. Se reclinó en la silla de respaldo rígido con las piernas largas extendidas debajo de la mesa cubierta de damasco. Parecía relajado, a pesar de la formalidad del traje de etiqueta. Tenía los ojos oscuros entrecerrados, y las facciones fuertes y autoritarias exhibían una expresión reflexiva.

El hombre que había a su lado miró hacia el otro lado del comedor grande y atestado. Unos ventanales con cristales ahumados atravesaban la pared exterior, adornados con el escudo de armas de la cámara de comercio de Londres, donde esa noche se celebraba la cena de la banca. Los asistentes, en su mayoría hombres de etiqueta, ocupaban unas cincuenta mesas distribuidas por la sala. Después de los brindis, los varios cientos de invitados se relajaban antes de que el invitado de honor, un político veterano, se incorporara para ofrecer su discurso.

—¿Cuál? —preguntó el hombre sentado al lado de Diego Sáez, estirando la cabeza para mirar en la misma dirección que su compañero.

—La rubia de azul —repuso Diego con tono lacónico.

Una sonrisa desagradable apareció fugazmente en la cara estrecha del otro hombre.

—Ni siquiera usted, señor Sáez, podría hacer negocios con Portia Lanchester. Y aunque lograra meterse en su falda, ¡se encontraría con unos calzones de acero!

Diego bebió otro sorbo de borgoña y durante un momento disfrutó de la fragancia del vino al tiempo que soslayaba el comentario. Su grosería no le pareció incongruente, sólo repulsiva. Los ingleses de la clase alta podían hablar con eufemismos, pero los sentimientos que expresaban, como el que acababa de oír, bajo ningún concepto eran inusuales entre cierto tipo de personas. Y Piers Haddenham pertenecía a ese tipo. El entorno del que procedía podía ser de dinero, pero el alma procedía de las alcantarillas. Diego no albergaba ninguna ilusión sobre él, o sobre el resto de ese grupo de privilegiados invitados.

Aunque en realidad, no albergaba ninguna ilusión por nadie.

Y menos con las mujeres. Podían jugar a ser tímidas un rato, pero al final todas se entregaban. Su renuencia nunca duraba mucho.

Estudió a la mujer que había capturado su atención.

Sólo podía verle el perfil, pero bastaba para aclararle que le gustaría ver el resto. Tenía las clásicas facciones inglesas: cabello rabio, piel transparente y huesos faciales que hablaban de su linaje con tanta claridad como si hubiera sido un pura sangre.

—Lanchester… —murmuró.
—Loring Lanchester —aportó Haddenham.
—Ah, sí —Diego asintió.
Loring Lanchester. De banqueros a industriales Victorianos a coloniales expansionistas. En ese momento, ciento cincuenta años después, un absoluto anacronismo. Deberían haber sido absorbidos por un banco global años atrás si querían tener una posibilidad de supervivencia a largo plazo.
Diego se consideraba una de las arañas más hábiles en la telaraña de la economía mundial, capaz de percibir cada temblor en esa delicada y compleja red para utilizarlo a su favor.
Sin embargo, nadie parecía saber con certeza quién era. Lo máximo que se conocía era que procedía de Sudamérica. Un hombre hecho a sí mismo. No había ninguna dinastía Sáez para respaldarlo, para financiarlo, para abrirle puertas. Sin embargo, Diego Sáez se abría sus propias puertas.
Las había abierto en Nueva York, Sydney, Tokio, Milán y Frankfurt, y en diversos centros financieros de menor influencia. En ese momento se hallaba ocupado abriéndolas en Londres.
Aunque tampoco necesitaba ejercer presión alguna. Su reputación como uno de los financieros más astutos operando en el escenario mundial lo precedía. Sáez ganaba dinero. Mucho dinero.
Con todo lo que tocaba.
Y eso hacía que todo el mundo, desde los presidentes de empresas hasta los banqueros, casas de inversión e industriales, se mostrara deseoso de conocerlo.
Piers Haddenham, enviado por el presidente de su empresa para agasajarlo durante lo que parecía una visita improvisada de Sáez a Londres, miró otra vez a la mujer, en esa ocasión con una disposición mental diferente. Había dado por hecho que Sáez sólo pensaba en la noche que se avecinaba, en alguien con quien calentar las sábanas, pero se dijo que tal vez aún estaba con la agenda diurna.
Loring Lanchester. ¿Acaso era ésa una de las cartas que Sáez pensaba jugar durante su estancia en el Reino Unido?
Decidió comprobar si podía sonsacarle algo.
—En la actualidad no está en su mejor momento de salud —observó—. El viejo Loring perdió la chaveta hace años, pero no abandona la presidencia. Y el joven Tom Lanchester, el sobrino, es aún más inútil —hizo una pausa—. Tengo entendido que últimamente ha tomado unas decisiones temerarias.
Miró a su compañero de cena para ver si el sedal se movía, pero Diego Sáez simplemente parecía aburrido, como si esperara que dejara de hablar.
—Entonces… —musitó Diego, flexionando levemente las piernas

largas bajo la mesa—. ¿Por qué la ropa interior de hierro?

La cara de Piers se relajó. Su primera suposición había sido la correcta. Sáez sólo buscaba sexo. No es que pudiera llegar a obtenerlo de la fulana fría que era la hermana de Tom Lanchester. Nadie podía. No conocía a nadie que hubiera logrado conquistar a Portia Lanchester.

Ni siquiera Diego Sáez podría encender ese fuego. No es que no dispusiera de un envidiable número de mujeres, pero ninguna con las que alguna vez hubiera sido visto podría haber recibido la descripción de fría. En sus ojos apareció una expresión de envidia. Las mujeres babeaban por el magnate... y se bajaban las braguitas.

La expresión se desvaneció, reemplazada por una de malicia. Bajo ningún concepto Portia Lanchester aceptaría a Sáez.

Se inclinó hacia Diego para decirle con seguridad:

—Porque es glacial. Por eso. Escuche... —metió la mano en el interior de la chaqueta del esmoquin y sacó una tarjeta que parecía una tarjeta corriente—... no pierda el tiempo con ella. Llame a este número y tendrá a alguna esperándolo en la suite de su hotel. Explíqueles qué quiere y le enviarán lo que desee —le entregó la tarjeta—. Todas están limpias... yo mismo las uso. Y aceptan tarjetas de crédito, desde luego.

Diego apartó el brazo y contuvo el impulso de plantar el puño en la cara corrupta y estrecha de Haddenham. Pero se bebió lo que quedaba del vino y luego se sirvió oporto en una copa adecuada.

—Creo que ha llegado la hora de sufrir por la cena —comentó, mirando hacia la mesa principal, donde el maestro de ceremonias, con su chaqueta roja, avanzaba para solicitar silencio... y luego presentar los temidos discursos.

Entonces, mientras el político era presentado y se incorporaba para ofrecer el discurso preparado sobre la economía británica, desvió la vista hacia el lugar donde se sentaba Portia Lanchester. Erguida como una vara y el exquisito mentón alzado, no exhibía emoción alguna en el rostro de huesos finos y aristocrático.

Diego se reclinó otra vez y se preguntó cómo estaría desnuda.

Tenía toda la intención de averiguarlo.

Portia estaba inmóvil, con las manos en el regazo, el rostro inexpresivo para ocultar el profundo aburrimiento que sentía, mientras el orador continuaba, al parecer muy satisfecho con el sonido de su propia voz.

Toda la velada había sido tediosa. Sólo Dios sabía por qué había cedido a la insistencia de Simón de ir con él como su acompañante. Lo había hecho por una combinación de exasperación y pena. Simón no dejaba de pensar que si no se rendía, terminaría por tomarlo en serio. La pertinaz determinación que mostraba para seducirla la irritaba y la

ablandaba al mismo tiempo. Jamás sería tan estúpida como para salir con él en una cita de verdad, y menos darle esperanzas, y esa velada a rebosar de banqueros le había parecido bastante inocua.

Lo que no había imaginado era lo espantosa que iba a ser. El dinero y la política dominaban la conversación, y ninguno de esos temas le interesaba. Además, era la única mujer a su mesa, una de poco más de unas docenas de mujeres en toda la sala, y a medida que el vino había corrido había aumentado la percepción de los varios cientos de hombres allí congregados en la presencia de las mujeres. Había empezado a ser objeto de algunas inspecciones visuales bastante abiertas, algo que siempre había despreciado.

Había reaccionado adoptando su defensa habitual, una inmovilidad total y deliberada. Al negarse a reconocer cómo la inspeccionaban, podía fingir que no lo hacían. La presencia de Simón no parecía suficiente para frenarlos... de hecho, sabía que él estaba disfrutando de tener una acompañante deseada por todos. Hacía que se sintiera envidiado, y sin duda eso le agradaba.

Mientras bebía un sorbo de agua mineral, el político continuaba y continuaba, hablando de tasas de interés, ganancias invisibles e instrumentos fiscales.

«Pobre Tom», pensó instintivamente en su hermano. Tenía que estar al tanto de todas esas cosas. Aunque tampoco le gustaban. Pero el condenado banco lo necesitaba, de modo que se veía obligado a aguantar toda esa jerga financiera. Al menos la gripe le había permitido escapar de esa noche.

Clavó la vista en la distancia y dejó que su mente vagara a algo que le interesaba, producir un catálogo definitivo del retratista Benjamín Teller. Aún necesitaba rastrear varios cuadros perdidos. Y tenía que identificar a la dama retratada en *Mujer joven con arpa, 1809*. Estaba convencida de que se trataba de la señorita Maria Colding, de Harthwaite, Yorkshire, pero necesitaba pruebas. Sospechaba que iba a tener que viajar hasta Harthwaite para observar qué otros retratos familiares había allí y comprobar los archivos del condado para ver si aún existía alguna carta de encargo o factura de pago.

Al fin concluyó el discurso y el político regresó a su asiento acompañado de unos aplausos educados.

La conversación se reanudó en su mesa y Simón se le acercó y le palmeó la mano.

—¡Vaya numerito! ¿Te aburriste mucho?

Sonaba tan ansioso, que no tuvo el corazón de coincidir con vehemencia.

—¿La gente escucha en serio estos discursos? —preguntó con una leve sonrisa.

—Cielos, no. Supongo que sólo los de la mesa de la prensa.
Volvió a beber un trago de agua.
—¿Te apetece una copa de licor? —preguntó él con atención.
Portia movió la cabeza. Lo último que quería era más alcohol. Había bebido champán en la recepción, y luego vino blanco y tinto durante la cena.
—Me encantaría un café. ¿Qué algo en esa cafetera?
De inmediato Simón alargó la mano hacia la cafetera de plata oculta detrás del centro floral. Portia deslizó la taza hacia él. Tenía la parte de atrás del cuello rígida. Debía de ser por el esfuerzo de permanecer quieta durante tanto rato en el discurso. Con elegancia, giró la cabeza a la izquierda y luego a la derecha para tratar de mitigar la rigidez.
Y se quedó helada.
Un hombre la miraba.
Corrección. Un hombre la inspeccionaba. Los ojos reservados se posaban en ella con displicente valoración.
Sintió fuego líquido por sus entrañas y fue incapaz de apartar la vista de él.
Se hallaba sentado a unas mesas de distancia, justo en su campo de visión a través de la red de cabezas y cuerpos que había entre ambos. Era alto; podía notarlo a pesar de que se hallaba reclinado en la silla. Tenía la piel demasiado oscura para ser un europeo, pero como resultado de un bronceado intenso y natural. ¿Mediterráneo? Poco probable. Era demasiado grande para ser italiano o griego. Pómulos altos. Nariz algo prominente. Líneas profundas en los costados de la boca. Ojos oscuros. Muy oscuros.
Que no habían dejado de mirarla.
Cuando sus ojos se encontraron, sintió que ese fuego líquido se extendía por todo su cuerpo.
Durante un momento interminable, no pudo moverse; luego, con un esfuerzo de voluntad que la dejó extenuada, desvió la vista.
—¿Leche?
Se obligó a concentrarse en la leche que Simón sostenía sobre su taza de café.
—No, gracias.
La voz le sonó distinta. ¿Trémula?
Se llevó la taza a los labios. Agradeció la sacudida que le proporcionó la cafeína. Mientras bebía, recobró la serenidad.
Se dijo que sólo la había sorprendido.
Por lo general, tenía cuidado de evitar el contacto visual cuando un hombre la miraba de esa manera. Había cometido el error de dejar que la sorprendieran con la guardia baja. Un error que se cercioraría de no repetir. Adoptó una expresión de indiferencia.

Bebió más café mientras intentaba escuchar lo que le decía Simón.

Pero aún se sentía incómoda. La nuca le hormigueaba y conocía la causa.

Rememoró las facciones fuertes, la expresión de cinismo mezclada con una abierta evaluación sexual.

El calor se avivó en sus entrañas.

« ¡Para!».

Volvió a concentrarse en Simón. Era un acompañante agradable, que jamás tentaba su suerte con ella. Se sentía bastante relajada en su compañía, de un modo casual, indiferente. No la amenazaba.

No como el hombre que la observaba…

Una vez acabado el condenado discurso, podía irse. Se terminaría el café y le diría a Simón que la acompañara a conseguir un taxi. No dejaría que fuera con ella… era mejor acabar la velada en público y escapar sola.

Se preguntó si Tom estaría despierto. Esperó que no. Necesitaba descansar. No había tenido buen aspecto.

La preocupación le hizo fruncir levemente el ceño. ¿Sería la gripe? Hacía meses que parecía indispuesto. Últimamente apenas lo había visto… el mes anterior porque ella había viajado a Estados Unidos, rastreando algunos de los Teller que habían sido vendidos a compradores estadounidenses en años anteriores. Su hermano debería salir de Londres, pasar algún tiempo en Saltón. Recuperar el tiempo perdido con Felicity.

Una expresión melancólica suavizó sus ojos grises. Era una de las dolorosas ironías del sistema inglés de herencia de propiedades, que las hijas jamás llegaban a vivir en las casas en las que habían crecido… a menos que no hubiera un hijo varón, por supuesto. Las hijas tenían que marcharse a buscar la casa de otra persona. Experimentó una oleada de culpabilidad. Sabía que ése había sido el principal atractivo de Geoffrey Chandler… no él, sino la posibilidad de dirigir su enorme mansión isabelina, completa con una colección de arte.

Y aunque la colección de arte había sido extraordinaria, no había resultado suficiente para decantar la balanza del matrimonio. Pobre Geoffrey. Si no hubiera conseguido convencerla de adelantar la noche nupcial, quizá se hubiera casado con él. Pero un mes en la Toscana en su compañía había hecho que comprendiera que no podía seguir adelante. Ni siquiera encerrarse en la galería de los Uffizi por el día había compensado la dura experiencia de la noche.

Instintivamente, la mente se alejó de esos recuerdos. Geoffrey se había esforzado *tanto,* pero ella siguió odiando la experiencia. Y aunque se afanó en no manifestar su repulsión, él lo había notado… lo cual había hecho que las cosas resultaran todavía más insoportables.

Poner fin al compromiso también había sido incómodo… doloroso

y bochornoso, y le había causado una gran sensación de culpa. Y más cuando transcurridos apenas dos meses, él había anunciado un compromiso vertiginoso con una de sus propias compañeras de universidad. Más que culpable, se había sentido totalmente insuficiente.

Experimentó un escalofrío. Después del desastre con el pobre Geoffrey, simplemente había abandonado el sexo y en la abstinencia había hallado un gran alivio. Sabía que los hombres que la conocían la consideraban fría, pero no le importaba. Sólo quería que la dejaran en paz.

Ni siquiera le gustaba que la miraran.

La nuca volvió a hormiguearle. Ese condenado aún seguía ahí, con la vista clavada en ella.

«Unos ojos oscuros, reservados...»—

Irguió la espalda, apartó la taza de café y, durante un extraordinario e inexplicable momento, quiso girar la cabeza para comprobar que aún la mantenía en su línea de visión.

A cambio, se volvió hacia Simón.

—No pretendo ser una aguafiestas, Si, pero mañana he de levantarme temprano. ¿Crees que podrías conseguirme un taxi? Preferiría marcharme ya.

En los ojos azules de él se manifestó la decepción.

—¿Tienes que irte? Pensé que podríamos ir a un club—Sonaba tan esperanzado, que odió rechazarlo. Pero ¿qué sentido tenía ir a alguna parte con él? Albergaría ideas. Esperanzas.

—No lo veo factible, Simón... —apoyó una mano en su manga—. Lo siento.

Se puso de pie, igual que el resto de hombres de la mesa cuando comprendieron que se marchaba. Les deseó buenas noches y uno de los más jóvenes le pidió que saludara a Tom.

—Veo que esta noche no ha asistido —dijo el joven—. Bueno, es comprensible.

—Tiene la gripe —explicó Portia.

Otro de los hombres rió.

—¡No cabe duda de que ha pillado frío!

Los demás rieron e intercambiaron unas miradas. Portia frunció el ceño. No tenía ni idea de lo que pasaba, y no quería averiguarlo. Sólo quería irse a casa.

Recogió el bolso y se apartó de la mesa. Simón la tomó del brazo y se dirigieron hacia la salida en el otro extremo de la sala. Mientras iba del brazo de él, varias personas se detuvieron para saludarlo y mantener una charla inocua. Ella lo imitó educadamente y ofreció las respuestas requeridas. Sin embargo, el avance fue lento, y en un punto se dio cuenta de que se habían visto detenidos junto a la mesa del

desconocido. La recorrió un cosquilleo de incomodidad y sintió que se ponía tensa; luego se irritó por su propia reacción. Se arriesgó a dirigir una mirada breve hacia la mesa.

El sitio que él había ocupado estaba vacío y sintió una oleada irracional de alivio. Luego, cuando miró a Simón, enfrascado en una conversación con un hombre que parecía ser un compañero de otra empresa inversora, se puso súbitamente rígida.

Hablaba con otros dos hombres. Uno era de complexión ligera, con cara estrecha y zorruna, que no le gustó. El otro tenía sesenta y tantos años, robusto, de rostro rubicundo y con un cigarro en la mano. Oyó que el hombre de la cara estrecha lo llamaba «sir Edward» con voz obsequiosa.

El hombre que la había estudiado dijo algo. Tenía una voz profunda y lacónica, con un acento que parecía más estadounidense que otra cosa, aunque decididamente había algo foráneo en él. Conjeturó que el inglés no era su lengua materna.

Superaba con facilidad el metro ochenta y tenía hombros anchos. Hacía que el hombre de cara estrecha pareciera una comadreja enferma y el hombre mayor un oso con sobrepeso.

Sin embargo, tuvo que reconocer que cualquier hombre a su lado estaría en desventaja.

A pesar de la estatura y de la anchura de hombros, irradiaba una gracia innata, como si tuviera el cuerpo bajo un control perfecto.

No cabía duda de que se hallaba en excelente forma. Un torso esbelto, piernas largas y musculosas...

« ¿Qué diablos estoy haciendo?», pensó de repente. Intentó apartar los ojos, pero al hacerlo recorrió su cara y deseó no haberlo hecho, porque sin advertencia previa, él clavó los ojos en ella y Portia experimentó otra vez el fuego líquido.

Sintió que se ruborizaba y fue consciente de los brazos y los hombros desnudos. Aunque el vestido de noche azul oscuro no exhibía un escote pronunciado, de repente se sintió espantosamente expuesta.

Quiso un chai, una capa... ¡una manta! Cualquier cosa para cubrirse de esa mirada.

Pero no tenía nada con qué ocultarse. De forma automática e inconsciente, alzó el mentón y apartó la vista para volver a mirar a Simón. Aun metro de ella, Diego Sáez sonrió. Seducir a Portia Lanchester iba a ser algo divertido.

Y distinto, muy distinto, de sus relaciones habituales.

Por lo general, las mujeres que elegía para su cama no requerían otra cosa que un indicio por su parte de que las encontraba atractivas. El problema no radicaba en conseguirlas, sino en deshacerse de ellas.

Aunque no imaginaba ningún problema serio con Portia Lanchester.

Era consciente de él, y ese era el primer paso en el viaje hacia ella. El viaje que concluiría en su cama.

Pero no esa noche. No tenía sentido apresurarla. Quería tomarse su tiempo con ella. Disfrutar de cada fase de la seducción. Al mediodía del día siguiente, dispondría de un dossier completo de ella, cortesía de su agencia de seguridad, y entonces continuaría desde ese punto. Por el momento, disfrutaría de seguir haciendo que fuera consciente de él.

Con más animación que la que realmente sentía, Portia se unió a la conversación entre Simón y el otro hombre. Luego, al recobrar la serenidad, decidió que ya había sido suficiente. Aprovechando una pausa momentánea, habló:

—Simón... ¿mi taxi?

A regañadientes, él se marchó... o intentó hacerlo, porque sin saber muy bien cómo, Portia vio que tenían el camino bloqueado. El hombre que la había estado mirando se encontraba en ese instante en su camino.

—Perdón.

Su tono sonó seco.

Durante un momento él no se movió.

Los ojos oscuros le recorrieron la cara una vez más, y nuevamente ella sintió ese fuego líquido.

Apretó los labios y la furia la invadió. Dio un paso para rodearlo, pero antes de poder concluir el movimiento, él se apartó y le cedió el paso.

—Gracias —dijo, la voz aún más seca. Se marchó, aún furiosa.

A su espalda, Simón se apresuró para alcanzarla.

Diego la observó unos momentos más antes de concentrarse otra vez en sir Edward.

—Loring Lanchester... —comentó con tono especulativo—. ¿Cree que son tan vulnerables como parecen?

A su lado, los ojos de Piers Haddenham brillaron. Prestó especial atención a la respuesta de sir Edward.

—Se hunden más deprisa que el Titanic —fue la contestación sucinta del hombre mayor—. A menos que consigan un remolque... ¡y de un barco bastante grande! —los ojos astutos miraron a Diego.

La expresión de éste no varió.

En el otro extremo de la sala, pudo ver la figura elegante y esbelta de Portia Lanchester al marcharse.

Capítulo 2

—**¿EL PRÓXIMO** jueves a las dos? Eso es magnífico. ¡Muchas gracias! Portia colgó el auricular. Descendientes de los Colding aún vivían en Hathwaite y le permitían inspeccionar los retratos de que disponían para compararlos con las fotos que había sacado de *Mujer joven con arpa.* Y si sus sospechas de la señorita María Colding resultaban bien fundadas, al día siguiente repasaría los archivos del condado. Con una sensación de satisfacción, ordenó los papeles de su escritorio.

Su trabajo en un pequeño pero prestigioso instituto de investigación de la historia del arte nunca dejaba de fascinarla. Sabía que era muy afortunada de que la hubieran incorporado a la plantilla, aunque también tenía la certeza de que el director, Hugh Mackerras, consideraba positivo que dispusiera de unos generosos ingresos propios. No sólo significaba que podía pagarle un sueldo modesto, sino que estaba más que preparada para cubrir sus propios gastos de viajes. Lo cual le proporcionaba un inmenso placer.

Experimentó un aguijonazo de culpa. Disfrutaba de sus ingresos gracias a Loring Lanchester… y era gracias a Tom, atrapado allí, que el banco familiar funcionaba. El pobre Tom no tenía pasta de banquero, era mucho más feliz recorriendo los campos y disfrutando de su faceta de agricultor.

Pensar en Tom hizo que recordara la desagradable cena de la noche anterior… Experimentó un escalofrío. Igual que en la cena, la piel le hormigueó.

Con irritación, movió la cabeza por una reacción desmesurada ante un hombre del que desconocía hasta el nombre y se centró en sus notas. Entonces comprendió que contenía un bostezo. No la sorprendió. No había pasado una buena noche. Porque a pesar de que se había quedado dormida nada más apoyar la cabeza en la almohada, había tenido sueños que hubiera deseado no tener.

Unos ojos oscuros e intensos habían hechizado sus sueños.

En los que era observada y evaluada.

Deseada.

Sonó el teléfono, sacándola de ese desagradable hilo que seguían sus pensamientos.

—¿Sí? —contestó con voz profesional.

—¿Puedo hablar con Portia Lanchester?

Incrédula, se quedó quieta. La voz del otro lado de la línea era profunda, con un claro acento extranjero. La reconoció.

«Piensa en el diablo y no tardará en llamarte…».

Tardó un segundo en recobrarse.

—Soy yo —respondió. Parecía tener un nudo en el pecho.

—¿Señorita Lanchester? Me llamo Diego Sáez... la vi anoche en la cena. ¿Está libre para comer conmigo?

El pecho se le contrajo aún más.

—¿Perdone?

—¿Está libre para comer conmigo? —repitió.

Portia percibió un destello de humor en la voz. Como si su respuesta hubiera sido predecible.

—Me temo que no —respondió con suma claridad.

Colgó.

Notó que el corazón le latía de manera irregular.

Sabía que había sido grosera, pero se disculpó. Sólo había querido desterrarlo de la línea.

Lenta, deliberadamente, expulsó el aire de los pulmones. Miró el teléfono. Se preguntó si volvería a llamar. Pero reinó el silencio.

Diego Sáez,—

De modo que ése era su nombre.

Español... o, en cualquier caso, hispano. ¿Sudamericano?

« ¿Cómo conoces mi nombre? ¿Y el teléfono de mi trabajo?».

Frunció los labios. No importaba cómo los conocía, no iba a llegar a ninguna parte con ella.

« ¿Por qué no?».

La pregunta penetró en su cerebro como un estilete. Frunció aún más los labios y se dijo lo mismo: « ¿Por qué no?» ¿Pero qué clase de pregunta era ésa? ¿El hombre la había estudiado como si se tratara de un pedazo de carne y se hacía esa pregunta? Enfadada, se volvió a enfrascar en el papeleo. Dos horas más tarde, recibió un ramo de flores enorme... lirios de fragancia exótica y heléchos tropicales. La tarjeta ponía simplemente D.S. Sacó un jarrón de la cocina que había en el sótano de la antigua casa georgiana y metió las flores en agua. Su aroma llenó el pequeño despacho.

Cuando esa tarde se marchó del instituto, se llevó el jarrón para dejarlo en la recepción. No lo quería en su despacho.

La fragancia la perturbaba.

Diego Sáez miraba la entrada de la ópera que acababan de enviarle a la suite de su hotel. Estaba sobre el cristal de la mesilla, al lado del dossier que le habían entregado ese mismo día antes del mediodía. Perfilaba con considerable detalle a la persona investigada. Aunque había estado en reuniones casi todo el día, había tenido tiempo de echarle un vistazo y actuar en consonancia.

Disponía de los detalles principales que había solicitado... desde su edad, veinticinco años, hasta su jefe, la dirección de su casa, los contactos familiares y los mejores amigos, además de sus intereses sociales.

Que Portia Lanchester no hubiera aceptado la invitación para

comer no lo sorprendía ni lo molestaba. Por el contrario, le satisfacía. Si hubiera demostrado ser como las demás mujeres, ansiosa de obtener su atención, ya habría empezado a aburrirlo. Prefería una seducción pausada. Esbozó una sonrisa leve y burlona y salió del dormitorio, dispuesto a darse una ducha y a cambiarse.

Portia avanzó por entre la multitud que había en el — vestíbulo, seguida de su amiga de la infancia, Susie Winterton, y de su madre, mientras entraban en el auditorio. En ese momento sonaba la campana que indicaba los dos últimos minutos y quería llegar a su asiento. En el foso, la orquesta ya empezaba a afinar sus instrumentos, y miró alrededor de la familiar Royal Opera House, Covent Garden. *La Traviata* era una de sus óperas predilectas. Pero al llegar a la hilera de los asientos delanteros, su sensación de placer se evaporó, sustituida por una sorpresa helada.

Diego Sáez tenía el asiento contiguo al suyo.

Cuando lo ocupó, se puso de pie.

—Señorita Lanchester —saludó con educación. En sus ojos bailaba un brillo divertido.

Del otro lado, Susie se adelantó para comentar con entusiasmo:

—Oh, ¿ya se conocen? —los ojos le brillaron con curiosidad.

—No —repuso Portia con tensión y abrió el programa de la velada.

—Nos conocimos la otra noche —contradijo él, dedicándole una sonrisa a Susie. Ella reaccionó con un gesto similar en su rostro abierto—. Diego Sáez... —extendió la mano.

Se realizaron las presentaciones y Susie miró a Portia con expresión especulativa. Su amiga siguió con la cabeza enterrada en el programa, apenas musitando monosílabos.

La llegada del director y el descenso en la intensidad de las luces fue un alivio bendito.

Pero durante toda la representación, fue dolorosamente consciente del hombre alto y oscuro que tenía al lado. Parecía invadir su espacio personal, aunque ni siquiera la manga del esmoquin la rozaba. Pero era más que su espacio corporal el que parecía amenazado... también lo estaba su espacio mental.

En el primer descanso, al menos había dispuesto de la compañía de Susie y de su madre. No obstante, y sin tener idea de cómo lo había hecho, Diego Sáez pareció tomar el mando, para conducirlas al bar y pedirles unas copas en un instante. Y se había quedado para charlar con cortesía con Susie y su madre, sin mirarla siquiera.

Pero en el segundo intervalo, Susie se mostró más traicionera. Mientras aceptaban las copas, de pronto exclamó:

—¡Oh, mira, ahí están Fiona y Andrew... vayamos a saludarlos!

Arrastró a su madre con ella y la abandonó.

Diego Sáez la miró.

Sabía que no era fortuito que esa noche estuviera sentado a su lado. Lo más probable era que intentara invitarla otra vez, pero no hizo nada de eso.

Para su atónita incredulidad, sintió sus dedos acariciarle la nuca.

—Tengo entendido que eres fría —musitó con voz ronca—. ¿Es verdad? —los dedos se movieron por la piel delicada, y luego se quedaron quietos, sintiendo el temblor instantáneo provocado por su contacto—. No, creo que no —concluyó, bajando la mano.

Ella no pudo moverse. Ni un músculo. La dominaba una furia tan grande, que por un segundo pensó que no sería capaz de contener la bofetada. Algo titiló en los ojos de él. Diversión.

—Inténtalo —murmuró—. Será idóneo en un lugar como éste —ella giró en redondo, pero en ese instante la sujetó por la muñeca—. A veces resulta inapropiado un… cortejo delicado —explicó.

La soltó. Entonces, de forma súbita, se alejó en dirección al vestíbulo. Lo miró recorrida por oleadas de furia fría.

Y algo más. Algo en lo que no quería pensar.

No debía.

Capítulo 3

LA ESTABA obsesionando. No había otra palabra para ello. No era cierto. Diego Sáez la estaba cazando. A pesar de haber crecido en un ambiente donde se practicaba ese deporte, por primera vez en su vida sentía lo que era ser la presa del cazador.

Diego Sáez era implacable. La tenía en su punto de mira y su intención era abatirla. Otros hombres ya la habían perseguido, pero ninguno de esa manera. En cualquier caso, desde lo sucedido con Geoffrey, se había ceñido a hombres seguros, como Simón y un par de amigos de Tom, cuando necesitaba ir a alguna cena acompañada. Pero siempre se cercioraba de que entendieran con claridad meridiana que el sexo no figuraba en el menú.

Pero cuando se trataba de Diego Sáez, quedaba perfecta y evidentemente claro que el sexo era lo único que había en el menú. Un hombre como ése no iba a ejercer la más mínima contención.

Tampoco había tenido que esperar mucho hasta que Susie la informó de que las mujeres se mostraban encantadas de captar su atención de esa manera. No sólo era fabulosamente rico y exóticamente sudamericano, le había confiado Susie al presentarse al día siguiente para llevársela a almorzar, sino que tenía fama de exhibir a una mujer tras otra.

—Deberías sentirte halagada de que se muestre tan encantado contigo —le reprochó su amiga al ver la expresión de desdén de Portia —. Quiero decir, comparado con Simón Masters, ¡es Míster Sexo en persona! —Simón es muy dulce —replicó ella. Susie gimió.

—Oh, dulce... tú no quieres a alguien *dulce* en la cama. Quieres a alguien como Diego Sáez. ¡Chorrea sexo por todas partes! —tembló de forma deliciosa—. ¡Dios, Portia, hasta tú deberías sentirlo!

¿Sentirlo? Apretó el tenedor. Sentía esos ojos reservados, evaluándola... esperando.

Ese leve contacto en la ópera había bastado para que comprendiera lo peligroso que podía ser para ella Diego Sáez.

La ira que despertó su insolencia al tocarla, al atreverse a preguntarle si era fría, había sido un alivio.

Un refugio.

Se afanaba por mantener viva esa furia. Tenía que hacerlo, porque daba la impresión de que allí adonde iba, aparecía él.

De pronto, Diego Sáez había desarrollado interés en ser un mecenas. El mundo artístico de Londres estaba encantado. Era demasiado rico como para obviar su interés.

Empezó a verlo en todas partes... en exposiciones, en subastas artísticas, en acontecimientos patrocinados y, lo peor de todo, en fiestas privadas. La espantaba que irrumpiera en su propio circuito

social, aunque no podía hacer nada al respecto.

No importaba que no volviera a invitarla, que nunca la apartara para conversar. Simplemente, estaba ahí… en todas partes. No podía esquivarlo.

Aunque no la mirara directamente, hacía que fuera hipersensible a su propio cuerpo. Sentía el movimiento de su cabeza en su cuello fino al volverse a hablar con alguien, el roce del vestido contra los pechos, la presión de los muslos, uno contra el otro… Era un tormento constante.

¿Cómo podía hacerle eso? ¿Cómo podía hacer que fuera tan consciente de sí misma? Y lo que era mucho peor, tan consciente de él.

Nunca en la vida había sido tan consciente de un hombre. Y no quería serlo… no quería sentir el torrente desbocado de su sangre al acelerarse por sus venas siempre que lo veía, no quería sentir el rubor invadiéndole las mejillas al darse cuenta de que volvía a estudiarla.

¿Por qué no podía controlar la reacción que despertaba en ella? Ni siquiera era el tipo de hombre con el que quería reaccionar.

Era demasiado rico, arrogante, directo, demasiado… demasiado todo. ¡Odiaba a esa clase de hombres! Ésos que se creían dueños del mundo y que podían servirse lo que les apeteciera. Incluidas las mujeres que desearan.

Y sabía exactamente el tiempo que permanecería con una mujer… un par de semanas, un mes, o dos como mucho. Durante la breve aventura, su amante sería vista en todas partes con él, y luego, cuando se aburriera… la dejaría. Punto final.

Y pasaría a la siguiente.

Sin que se lo pidiera, Susie le había hecho una narración detallada de las mujeres con las que se lo había visto en Europa y América sólo en el último año. Para empezar, había habido una cantante de ópera, una modelo y una famosa jugadora de tenis.

Todas mujeres asombrosamente hermosas, con figuras fantásticas y personalidades llamativas.

« ¿Por qué muestra este interés en mí?», pensó con amargura.

Susie repitió su pregunta, pero desde un ángulo diferente.

—¡De verdad, Portia, deberías sentirte halagada de que se muestre tan encantador contigo! ¡Puede elegir donde le plazca!

—¡Pues que lo haga con otra, entonces! —respondió.

Susie la miró fijamente.

—¿Sabes? Te vendría bien que contigo se saliera con la suya.

Portia no pudo creer lo que oía.

—¿Qué?

—Lo digo en serio —insistió Susie—. Necesitas un hombre, Portia. No has salido con nadie desde que te separaste de Geoffrey.

Se puso rígida.

—He salido con Simón Masters…

Susie la interrumpió sin piedad.

—¡Hablo de un hombre de verdad, no de un felpudo! ¡Este Diego Sáez sería ideal para ti!

—*¿Ideal?* ¿Estás loca?

—No, sólo soy realista. Sé que lo de Geoffrey te hizo daño, pero no puedes aislarte el resto de tu vida. ¡Es ridículo! Por eso alguien como Diego Sáez sería estupendo para ti. ¡Él sí que te curaría!

—Gracias —repuso con labios tensos—, pero no considero que necesite una cura.

—Sólo un hombre bueno y *duro*… perdona la expresión, pero es verdad. ¡Alguien que barra todas esas inhibiciones y haga que te reencuentres con el sexo femenino.

—Créeme, Susie, cuando «me reencuentre con el sexo femenino», como tan encantadoramente lo expones, no será con un implacable donjuán latino como Diego Sáez. Susie ni se inmutó. —¿Por qué no?

—¿Por qué no? ¿Es que te has vuelto loca? ¿De verdad crees que una mujer inteligente querría humillarse de esa manera? ¿Entregarse para que ese hombre se divierta con ella y dos semanas más tarde la abandone cuando pase a su siguiente conquista? Tembló. Susie rió.

—¡No seas tan negativa! Piensa en lo mucho que te divertirías esos quince días. Además… ¿quién sabe? Diego Sáez podría perder la cabeza por tu elegancia británica y llevarte a su rancho de un millón de acres en la Argentina, donde te mantendría con sus póneys de polo el resto de tu vida.

—Qué divertido —indicó Portia sin humor. No veía ningún humor en la situación. Y se esforzó al máximo en alejarlo de ella. Si no podía evitarlo, y al parecer no podía, al menos intentaría ser lo menos conspicua posible. Y nada deseable.

Intentó ocultar su cuerpo. A la siguiente exposición privada a la que asistió, se puso un vestido con un cuello alto, de estilo chino, mangas largas hasta el dorso de las manos y que le llegaba a los tobillos, con unas sandalias planas que no le elevaban las caderas.

Cuando llegó su torturador, recibido con alegría por todos, posó unos momentos la vista en Portia, quien alzó el mentón y miró a través de él como si fuera invisible… pero no lo suficiente como para no captar la expresión burlona de la boca al observar su aspecto suprimido.

Llegada la oportunidad, pasó a su lado.

—Muy erótica —murmuró—. Algún día debes ponértelo para mí… en privado.

Entonces, antes de que ella pudiera pronunciar una palabra, volvió a marcharse.

Portia lo miró con ojos furiosos.

Hasta que se obligó a girar la cabeza para no tener que verlo.

Desesperada, pensó que no entendía por qué la afectaba de esa manera.

¿Por qué no podía largarse? Regresar a Wall Street, Ginebra, Buenos Aires... ¡de dónde procediera!

Y dejarla en paz.

Era lo único que quería. Que la dejaran en paz.

Sintió cierto alivio cuando Susie la informó, con tono de reproche, de que habían empezado a verlo con una actriz muy conocida que en ese momento disfrutaba de un éxito con una obra que representaba en el West End.

—Bien —comentó Portia.

Ella misma aprovechó la oportunidad para marcharse de Londres. Ya se había tomado dos días para visitar Yorkshire en busca de la elusiva señorita Maria Colding. En ese momento reservó un billete a Ginebra. Quería comprobar una pintura vendida treinta años atrás a un suizo rico, que sólo figuraba como «Escuela de Teller» y que, con un poco de suerte, resultaría ser del propio artista.

Esa noche le mencionó sus planes a Tom. Compartían una casa en Kensington, que había sido dividida en dos apartamentos generosos, con uno de invitados en el sótano. La distribución les satisfacía a ambos, ya que les brindaba suficiente intimidad y, al mismo tiempo, la compañía del otro cuando lo deseaban.

Tom parecía haber superado la gripe, pero se lo veía demacrado y ojeroso.

—Necesitas tomarte un descanso —le aconsejó—. ¿No puedes dejar el banco para bajar unos días a Saltón? Te sentaría bien. Sabes que odias Londres.

—Ahora no puedo irme —fue la respuesta de su hermano.

Lo miró. Todo acerca de Loring Lanchester la aburría mortalmente, pero el pobre Tom tenía que dirigirlo, le gustara o no. Como hijo y heredero, no tenía otra opción que ocupar el puesto de su padre. Ella, siendo la mujer, había disfrutado de la libertad de ir en pos de su pasión, la historia del arte.

—¿Va todo bien? —preguntó de repente—. Me refiero al banco.

Tom desvió los ojos grises.

—La típica recesión económica, nada más. Afecta a todos.

«No a Diego Sáez», pensó con mordacidad. El hombre acababa de establecer un récord en la subasta de un bodegón holandés. Había dejado a todo el mundo boquiabierto.

Pero no iba a pensar en él más de lo que fuera necesario.

—Bueno, de todos modos, no trabajes tanto —le dijo—. ¿Quieres que invite a Felicity a quedarse unos días? Ella te animará. Sabes que

ya deberías fijar una fecha para la boda. ¿Qué diablos te retiene?

La expresión de Tom cambió.

—No hay prisa. Además... —hizo una pausa antes de continuar—. Quizá no estemos hechos el uno para el otro.

Portia lo miró fijamente.

—¿Qué? ¡Jamás he visto a dos personas más hechas la una para la otra! Felicity está loca por ti... eso me dice cada vez que voy a Saltón —de pronto frunció el ceño—. ¿Has conocido a alguien más, Tom?

Él pareció incómodo.

—Le tengo... mucho cariño... a Fliss, pero... bueno... probablemente podría hacer algo mucho mejor que casarse conmigo. ¡Rupert Bellingham no dudaría en casarse con ella en un abrir y cerrar de ojos!

—Sí, pero ella no ama a Rupert Bellingham... ¡te ama a ti!

—Le iría mucho mejor si se casara con él —insistió Tom—. ¡Y tiene un título!

—Felicity no quiere ser lady Bellingham... quiere ser la señora Lanchester. ¡Así que no veo por qué no acuerdas una fecha para la boda y acabas de una vez!

De repente Tom pareció acosado.

—¡Por el amor de Dios, deja de fastidiarme! —espetó.

Ella lo miró atónita y conmocionada. Tom jamás perdía los nervios con ella, ni con nadie. Pero al verle la expresión a su hermana se mostró apesadumbrado.

—Lo siento... es que... bueno, como he dicho, en este momento tengo muchas cosas pendientes en el banco.

Ella de inmediato proyectó simpatía... e indignación.

—Deberías permitir que el tío Martin se encargara de su parte. Después de todo, sigue siendo el presidente... como le gusta manifestar. No debería dejarte todo a ti.

Tom no respondió, simplemente pareció más cansado. Sin querer hostigarlo más, y menos acerca de la inercia del amigo y socio de su difunto padre, Martin Loring, le dio las buenas noches y se marchó a su apartamento.

El viaje a Ginebra resultó ser una pérdida de tiempo. El cuadro no era más que una obra procedente del estudio de Teller.

Al regresar, sólo le apetecía darse un buen baño e irse a la cama temprano. Pero le había prometido a Hugh Mackerras que lo acompañaría a una selecta recepción para promocionar una nueva exposición en una de las prestigiosas galerías de arte privadas de Londres.

Se preguntó si asistiría Diego Sáez. Por las dudas, se vistió con cuidado. No cometió el error de volver a ponerse el vestido que ocultaba demasiado. En esa ocasión eligió un vestido de cóctel de

color verde, cuya compra había sido un error. Desde entonces, había languidecido en un rincón de su armario. El color la apagaba y las mangas le cortaban el brazo en el punto equivocado. Pero la había hecho sentirse segura.

La galería se hallaba en una mansión de estilo georgiano a una calle de Piccadilly, y las habitaciones donde se celebraba la recepción ya estaban atestadas de caras familiares. Su avance hacia Hugh, en el otro lado de la sala, fue inevitablemente lento al saludar y recibir saludos. Con rapidez, estudió el lugar en busca del hombre al que *no* deseaba ver allí, y para su alivio, no vio su silueta alta y de hombros anchos. Comenzó a relajarse y, después de saludar a una conocida, giró para continuar el camino hacia Hugh.

Y vio que Diego Sáez estaba a su lado.

Después de experimentar unas sensaciones que empezaban a ser habituales cuando lo veía, luchó por recuperar la serenidad.

Era tan evidente que había estado dirigiéndose al encuentro de Hugh, que no podía cambiar de curso. Con una ominosa sensación de impotencia, aceptó lo inevitable y prosiguió.

Adrede no miró al hombre que estaba con Hugh.

Pero tuvo que luchar consigo misma para no hacerlo. Algo en su interior quería mirar, posar la vista en esa boca sensual que tanto la perturbaba...

Hugh la saludó como siempre y de inmediato dijo:

—El señor Sáez expresaba su interés en los retratistas del período Regencia. Le dije que eras algo así como una especialista.

Alzó la barbilla para mirarlo, porque así lo exigía la etiqueta social.

No obstante, tuvo que esforzarse para mantener la voz ecuánime.

—En absoluto. Me especializo en Benjamin Teller, un artista menor en comparación con los Lawrence y los Romney.

—¿Su valor se incrementa?

El tono profundo y marcado la sacudió. Lo mismo que la pregunta. Pensó con desdén que era típica de un financiero.

—Para alguien de sus medios, señor Sáez, Benjamín Teller no es más que un pintor insignificante. Del todo alejado de su radar.

Pudo ver que la respuesta improvisada había sorprendido y desagradado a Hugh.

—Teller sería una inversión astuta —contribuyó éste con suavidad —. Creo que está considerablemente infravalorado.

La mirada de Portia se iluminó con una expresión cáustica.

—Suenas como un marchante, Hugh —comentó con sequedad. Miró a Diego Sáez—. Los marchantes... —añadió con ligera malicia— sólo ven el arte en signos de libras esterlinas... o dólares o euros. Igual que los inversores, desde luego —sonrió con gesto mordaz—. Cuyo

valor sólo radica en el dinero.

Miró directamente a su torturador a los ojos.

En su expresión, captó algo extraño. Y otra cosa.

Peligro…

Desterró el pensamiento. ¡Ridículo! Claro que Diego Sáez era un hombre peligroso y acostumbrado a conseguir todo y que quería llevarla a la cama. ¡Pero le había dejado bien claro que ella no lo deseaba!

—Entonces, ¿considera que el dinero es algo de poco valor, señorita Lanchester? —la voz profunda la tanteó.

—En comparación con el arte, sí —fue la seca respuesta.

Él sonrió y Portia sintió que algo se le contraía en las entrañas. Pero cuando volvió a hablar, notó que la expresión de sus ojos no encajaba con la de la cara.

—Pero a usted nunca le ha faltado el dinero, ¿verdad? Ni, tampoco… —añadió con sarcasmo— el arte. He visto que dos de los cuadros de la exposición los ha prestado su familia.

Se alegró de que el tema fuera sobre los cuadros de la campiña inglesa. Si tenía que mantener una conversación con él, al menos que fuera algo inocuo.

—Sí… mi hermano ha prestado un Gainsborough y un Robert Wilson.

—Muéstremelos.

En su voz sonó una orden. Pero antes de que pudiera replicarle, su mano la tomó por el codo y con una breve sonrisa de despedida a Hugh, la alejó de allí.

Quiso soltarse al instante, pero supo que no podía. No allí. Controló su expresión y dejó que la guiara, deseando que el contacto de la mano en el codo desnudo no le provocara esa oleada de calor.

—El Wilson está por aquí —indicó con voz tan indiferente como podía falsear.

—Preferiría ver el Gainsborough —indicó Diego, y cambió la dirección con una leve inclinación del cuerpo.

Portia se sintió reacia a mostrárselo. Era de Saltón, y de pronto, no supo por qué, no quiso que lo viera.

Pero salvo que montara una escena inaceptable, no tenía opción. Con paso rígido, fue con él hasta la sección donde colgaban los Gainsborough.

—¿Cuál es el tuyo?

—De mi hermano —corrigió Portia, percatándose de que había vuelto al tuteo—. Allí, en la pared del extremo, el tercero de la izquierda.

Le soltó el codo y fue hasta allí. Ella lo siguió. Se detuvo a un metro del cuadro y lo estudió. Portia experimentó una emoción

familiar. Fue tan poderosa, que incluso durante un momento, anuló la presencia perturbadora del hombre que tenía al lado. Contempló con placer conocido el cuadro, que por lo general colgaba en la entrada al vestíbulo de Saltón. Muy poco había cambiado desde que uno de los grandes artistas ingleses hubiera capturado la fachada de color miel de Saltón. Algunos de los árboles que enmarcaban el lago ya habían desaparecido, y otros eran mucho más poderosos que doscientos años atrás. Pero, quitando algunos toques ínfimos, sentía como si pudiera entrar en el cuadro.

La expresión se le suavizó. Aunque nunca viviría en Saltón, había crecido allí, y era un lugar que amaba tanto como su hermano.

En cuanto a Tom... él *era* Saltón. Era su hogar, el lugar que le correspondía. Y de él lo heredaría su primogénito y luego su nieto. Pertenecía a futuras generaciones de Lanchester, igual que las generaciones pasadas se lo habían legado a Tom. Una herencia ininterrumpida durante más de cuatrocientos años. —¿Está en venta?

Giró la cabeza, completamente aturdida. —¡Claro que no! —manifestó conmocionada—. ¡Ni lo está el Wilson! —añadió, antes de que pudiera preguntárselo—. Es una exposición de cuadros, una exposición temporal aportada por museos y colecciones privadas de todo el mundo... ¡no una sala de subastas!

—No me refería a los cuadros. Sino a la casa... a Saltón.

El rostro de él había recuperado la expresión sarcástica, pero no le prestó atención, ocupada como estaba en mirarlo con absoluta incredulidad.

—*¿Saltón?*

—Sí.

Respiró hondo.

—Comprendo que al no ser inglés, ni europeo, puede que no entiendas que las casas de campo por lo general continúan con la misma familia a menos que unas circunstancias adversas dicten lo contrario. Por ejemplo, a mediados del siglo XX, se produjo una venta casi masiva de propiedades por ese motivo, y muchas de éstas en la actualidad cambian de manos con bastante regularidad... estoy seguro de que cualquier inmobiliaria especializada en ese campo podrá ayudarte a comprar una propiedad si te interesa —concluyó.

—Gracias por la información —la voz profunda sonó incluso más sardónica y vio que ella se ruborizaba—. Sin embargo, el concepto de propiedad ancestral no es desconocido en Sudamérica... ni tampoco los sentimientos que acompañan dicho concepto.

Sintió que se ruborizaba. ¡Por supuesto que un hombre de su entorno, la megaplutocracia sudamericana, conocería el significado de heredar vastas haciendas! Pero ella lo desconocía.

—En cuyo caso, sólo me asombra que se te pasara por la cabeza

formular una pregunta tan extraordinaria.

—¿Extraordinaria? —de pronto en su voz hubo un deje cortante—. Tú misma acabas de conceder que «circunstancias adversas» pueden lograr que la venta sea una propuesta plausible.

Lo miró fijamente.

—No hay ninguna circunstancia adversa en torno a Saltón —espetó —. Y, por lo tanto, ninguna posibilidad de que alguna vez pueda salir al mercado. No está a la venta, ni lo estará… ¡puedes desterrar esa idea!

—Todo está en venta, Portia. *Todo.* ¿Es que aún no lo sabes?

En su voz se manifestó una burla abierta. Y algo más… desdén.

Durante un momento, ella sintió como si algo se arrastrara por su piel.

Pero se recobró y alzó el mentón.

—En tu trabajo, es posible. ¡Pero no en el mío!

Algo extraño brilló en los ojos de él.

—¿Crees que no? —hizo una pausa—. ¿De verdad eres tan inocente como pareces? Se te ve tan extraordinariamente inmaculada… y, sin embargo, tengo entendido que estuviste prometida dos años.

Alargó la mano y con el dorso de los dedos le acarició el cuello, la mandíbula. Portia no pudo respirar. Sólo fue capaz de sentir el martilleo del corazón. Quiso moverse, pero no pudo… *no pudo.*

Capítulo 4

SIN darse cuenta, se había pegado a ella. El cuerpo poderoso la ocultaba del umbral en el otro extremo de la sala que conducía a la recepción. No había nadie más allí, sólo ellos dos. Podía aspirar su fragancia masculina y cara. Podía sentir el calor de su cuerpo.

—No... —susurró.

—¿No? ¿Es eso lo que le decías a tu novio? —preguntó con voz llena de burla y provocación—. Me dicen que eres fría, Portia, tan fría como la nieve. Pero no lo eres... puedo sentirlo... aquí...

Los dedos se posaron con ligereza mágica sobre la vena que le palpitaba en el cuello. Las palpitaciones se dispararon al contacto y lo miró con los ojos dilatados.

Sin aliento, impotente, observó mientras sus labios descendían.

—Puedo sentirlo aquí —murmuró antes de tomarle la boca.

La sangre la recorrió las venas como un río desbocado y experimentó una sensación tan dichosa que quiso que no parara nunca.

Mientras la boca se movía sobre la suya, estuvo en un mundo diferente, en otro universo. Nunca, jamás, un hombre la había besado de esa manera. No le agradaba

mucho que la besaran... ni siquiera esos hombres que le gustaban lo suficiente como para dejarles hacer lo que evidentemente deseaban, a pesar de que habría preferido que se sintieran satisfechos con un simple y veloz roce de los labios.

Ese beso no fue ninguna de esas cosas.

Irradió posesión, la suposición de intimidad, de placer, de tal manera que le disolvió todos los huesos del cuerpo.

La soltó y alzó la cabeza, separando los dedos de su piel mientras Portia permanecía cegada, aturdida.

—Necios —se burló—. Llamarte fría —le tocó los labios entreabiertos con la yema de los dedos—. Ante mi contacto, para mí, no eres fría... —bajó los dedos y, divertido, observó su traje poco favorecedor—. ¿De verdad pensaste que podrías esconder tu belleza con un vestido así? ¿Crees que puedes huir de mí? Es la hora —musitó —. Es la hora de dejar de correr, Portia. Ha sido divertido, pero... Ahora... —la mano izquierda bajó para tomarla por el codo y le soltó el otro brazo, guiándola fuera de la sala—. Será mejor que regresemos a la recepción o nuestra ausencia atraerá comentarios.

El calor en su piel fue una conflagración y de pronto comprendió lo que había pasado. Diego Sáez la había besado. Un hombre que representaba todo lo que más odiaba, el tipo de hombre que trataba a

una mujer como a una conquista y ella misma como a una presa.

Las emociones la carcomían. Estaba indignada por lo que de forma tan casual él acababa de hacer, sirviéndose de ella como si fuera una pera madura en el mercado. Pero lo peor, lo infinitamente peor, era esa sensación de disolución que aún reverberaba por su cuerpo, un recuerdo físico de lo que acababa de experimentar.

Como si percibiera sus sensaciones, Diego Sáez la tomó con más firmeza por el codo y la condujo por la recepción, deteniéndose de vez en cuando para intercambiar algunas charlas sociales.

Y a medida que avanzaban, Portia fue consciente de algo diferente.

La gente la miraba. Podía verlo en sus ojos… especulación, alguna discreta, otra abierta, sobre su presencia al lado de Diego Sáez.

Y con una hueca sensación de horror se dio cuenta de que finalmente él había decidido pasar al ataque. No iba a dejar que siguiera esquivándolo.

Diego Sáez, con la mano aún en su codo, aferrándola contra el costado, proclamaba ante todo el mundo que ella era la mujer que quería… y que estaba confiado en conseguir.

Sintiéndose como una especie de esclava conquistada que seguía al triunfador general romano, no podía hacer otra cosa que dejarse guiar por la estancia.

Calor y recuerdo… recuerdo de ese beso…

Él no se movió de su lado ni dejó que se moviera. Como en una especie de pesadilla, Portia tuvo que hablar, sonreír y soportar la peor prueba de todas… los comentarios y las especulaciones que inevitablemente incitaba la constante presencia de Diego Sáez a su lado. Apeló a su reserva de autocontrol para aguantar hasta el final.

Después de lo que le pareció una eternidad, con una renovada oleada de horror se dio cuenta de que avanzaban lenta pero decididamente hacia la salida.

Y entonces un empleado de la galería le entregó la chaqueta y el hombre que tenía al lado la ayudó a ponérsela. Tenía el cuerpo y la cara tan rígidos como una tabla de madera mientras con despedidas educadas Diego la condujo a la calle.

Era como una zombi, sin voluntad o movimientos propios. Diego Sáez se había hecho con el control.

El corazón se le hundió cuando subió a un coche que esperaba en la entrada con un chófer sosteniendo abierta la puerta.

«Esto no puede estar sucediendo», pensó. « ¡No puede!».

Se sentó recta y clavó la vista en el panel que los separaba del chófer.

Quiso gritar, saltar del vehículo. Pero no pudo hacer ninguna de esas cosas. Algo más poderoso que lo que jamás había experimentado en la vida se había apoderado de ella.

Como por voluntad propia, sintió que giraba la cabeza para mirar al hombre alto y oscuro en el otro extremo del amplio asiento de la limusina. Tenía las piernas largas extendidas.

Esbozó una sonrisa lenta y sensual.

—Bueno, Portia, aquí estamos... al fin solos.

El tono burlón le provocó escalofríos.

Desde algún rincón profundo de su ser consiguió sacar fuerzas para hablar.

—Te estaría muy agradecida si pudieras dejarme en una parada de taxis o en una estación de metro. No tengo la intención de pasar más tiempo contigo.

Quería que la voz le sonara gélida, pero simplemente le tembló.

—Vamos a cenar —repuso él con indiferencia—. He reservado mesa en el Claridge.

Lo miró incrédula ante lo que acababa de oír. La indignación pudo con su temor.

—Entonces, será mejor que canceles la reserva. No pienso cenar contigo.

Mirarlo a los ojos fue un error. Al encontrarse con los palpados pesados que la observaban, una sensación de lava ardiendo le recorrió las venas.

La confusión la agitó.

« ¿Qué me está pasando? ¿Por qué hace esto? ¿Cómo lo hace? No lo quiero, no me gusta, quiero salir del coche y correr y correr y correr...».

El peligro que la rodeaba era tangible... una presencia oscura y perturbadora.

Y más que peligro.

Diego alargó una mano hacia ella y con lentitud devastadora le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

Y ella se apartó como si mil voltios le hubieran atravesado el cuerpo.

—¡No me toques!

Ella misma percibió el pánico en su voz.

—Pero quieres que te toque, Portia. Y yo quiero tocarte. Mucho...

Se inclinó sobre ella. Portia no pudo hacer nada. Ni siquiera encogerse contra el asiento.

Cerró los ojos.

Unos dedos largos le alzaron el rostro. Esa lava derretida se extendió por todo su cuerpo.

Intentó invocar la indignación para empujarlo, para gritarle... ¡para abofetearlo!

Pero no pudo. Sólo fue capaz de permanecer sentada.

«No dejo que los hombres me hagan esto». Pero a Diego Sáez, que

únicamente quería divertirse con ella durante un par de semanas, se lo permitía. Lo dejaba servirse a su antojo, vergonzosa, humillante y *totalmente* de su boca…

Él se apartó y muy vagamente Portia fue consciente de que el coche se había detenido.

Le pasó un dedo por los labios inflamados. El cuerpo le temblaba. Los ojos de él eran oscuros, tan oscuros.

—Esta noche, Portia, empieza.

Le sonrió.

Absolutamente seguro.

Fue la sonrisa. Consiguió disolver la parálisis debilitadora que la mantenía bajo su hechizo.

La dominó una furia helada.

Estaba furiosa porque se hubiera atrevido a hacerle eso a ella. Porque se comportara como si tuviera derecho a alargar la mano para probarla…

Pero le había dejado besarla. Tocarla. Había permitido que saliera con ella delante de todo el mundo. Portia Lanchester, la helada Portia, iba a sentir el calor…

Iba a ser el siguiente divertimento de Diego Sáez.

La furia helada volvió a atravesarla. Pero en esa ocasión con un blanco diferente.

Él.

Con toda la fuerza de su ser, luchó contra el poder que ejercía sobre ella.

La vergüenza la inundó. Que de todos los hombres del mundo fuera uno como Diego Sáez quien pudiera reducirla a semejante condición…

Sintió la furia contra sí misma, su propia debilidad, su propia necedad. Se aferró a eso. Era su única oportunidad de escapar ilesa. Porque si se quedaba…

Abrió la puerta del coche. El chófer aún no había terminado de bajar, pero no lo esperó. Se quedó en la acera, rígida por la indignación. Tenía que mantener la furia… ¡debía hacerlo!

Él bajó y le dijo algo al chófer, quien asintió y se subió a la limusina. La arrancó y se marchó.

—Vamos —le dijo, tomándola por el codo.

Se soltó con violencia. Que ese hombre arrogante diera por hecho que caería en su cama como una pera madura la hacía temblar.

—¡Quítame la mano de encima! —espetó con cólera.

El resto del mundo había desaparecido. En alguna parte de su mente se dio cuenta de que se hallaba ante el Claridge. A menos de un metro había un portero y varias personas bajaban de un taxi.

Tenía que largarse.

La urgencia la abrumó, cancelando todo lo demás. Comenzó a alejarse, pasando por delante de la fachada del hotel en dirección hacia los semáforos de la esquina. El corazón le martilleaba en el pecho. Sentía presión en la cabeza.

Aceleró el paso.

Oyó pisadas a su espalda. Rápidas, contundentes.

Una mano se cerró sobre su hombro, deteniéndola. Haciéndola girar.

—Portia...

Su voz sonó impaciente. Exhibía una expresión sombría. Su presa se escapaba.

Algo... podría haber sido histeria, comenzó a ascender por la garganta de ella. Lo aplastó.

—¡Déjame en paz! —espetó, tratando de soltarse.

Pero en esa ocasión no funcionó. Los dedos de él se clavaron en su piel.

El pánico la atravesó. No la iba a dejar irse. La sujetaba. La tocaba...

—¡Cómo te atreves a vapulearme! —soltó con voz seca y furiosa—. ¿Cómo te atreves a tocarme? ¡Me repugnas! —alzó el mentón. No le importó que la abrumara con su tamaño. No le importó estar montando una escena delante del Claridge ni que al fin pudiera canalizar ese aterrador torrente de emoción que despertaba en ella. Dio un paso atrás—. ¿Acaso pensaste... pensaste de verdad —continuó con gélido desdén— que podrías servirte lo que gustaras de mí? ¿De verdad piensas que alguna vez se me pasaría por la cabeza tener una aventura contigo? ¿Con un hombre con tu historial? ¿Tu reputación? ¿Tu pasado? ¿De verdad consideras que me rebajaría con un hombre como tú? ¿Crees que tu dinero te vuelve aceptable?

Algo cambió en los ojos de él. Algo que durante un segundo le provocó miedo. Y entonces, como una puerta al cerrarse, se desvaneció. La cara de él era una máscara. Completamente inexpresiva.

Portia respiraba entrecortada y dolorosamente, como si tuviera hielo en los pulmones.

Vio que él estaba muy quieto. Pero era la quietud de un jaguar en un claro de la selva, con cada músculo bajo un control completo y absoluto.

La quietud antes de la cacería.

Con una parte de su mente, Portia supo que se había comportado de forma deshonrosa, rebajándose a hablarle de esa manera... pero no había tenido elección. Ninguna. Tenía que protegerse de él... de cualquier modo que pudiera.

Era tan... tan peligroso, que hacía que se sintiera fuera de control.

Él habló. La voz carente de emoción.

—En cuyo caso, si es eso lo que sientes, te desearé buenas noches.

Giró en redondo y entró en el hotel. Su paso no era ni apresurado ni lento.

Desapareció.

Sola en la acera en la fresca noche primaveral, Portia permaneció paralizada.

Luego, despacio, con movimientos bruscos, comenzó a andar.

Cruzó el vestíbulo de cuadros negros y blancos y se dirigió al bar. Una vez allí, fue a la barra; en cuanto el camarero lo observó, de inmediato se plantó frente a él.

—Whisky.

Tenía un tic en la mejilla.

Cuando tuvo la copa, la alzó y se la bebió de un trago.

Una imagen le ardía en el cerebro.

No era de Portia Lanchester.

Otra mujer.

Elegante, vestida de forma inmaculada, con un pelo azabache recogido como una serpiente alrededor de la nuca. Sus labios eran muy rojos.

Sus ojos también eran negros... como el pecado. En absoluto parecidos a los grises y cortantes de Portia Lanchester.

Pero la expresión en ellos era la misma.

Desdén. Repulsión. Horror.

Oyó otra vez la voz en su cabeza.

—*¿Tul* ¿El hijo de Carmita? ¡No es posible!

Después de los insultos, la mano llena de anillos se había alzado para señalar la puerta.

—¡Fuera! ¡Largo o haré que te echen!

Por encima de toda aquella escena, lo que mejor recordaba era la incredulidad en la voz de Mercedes de Carvello. Había sido incapaz de creer que el hijo de su doncella había regresado para decirle que en ese momento era el propietario de la hacienda.

Había sido el momento más dulce de su vida.

Y el más amargo.

Porque había sido demasiado tarde para las dos personas para las que había comprado la hacienda. Su padre, muerto hacía quince años por un cáncer provocado por los agentes cancerígenos utilizados a sabiendas en las plantaciones de plátanos de la hacienda... y su madre, fatalmente atropellada por la propia Mercedes, al conducir un coche deportivo a más de ciento veinte kilómetros por hora con una botella de champán dentro de ella.

Y esa amargura lo había impulsado a permanecer allí mientras Mercedes de Carvello, que había tratado a todo el personal de servicio

como la basura que consideraba que era, había intentado expulsarlo de la casa a la que jamás le habían permitido la entrada. Pero gracias a la pobreza en la que había nacido y de la que había podido escapar, y a la temeraria extravagancia de su marido muerto, Esteban de Carvello, era propietario del último centímetro de esa vasta propiedad.

Un lugar en el que Mercedes de Carvello ya no tenía derecho a estar.

Despacio, muy despacio, sus ojos volvieron a enfocarse y regresaron al presente.

Y vio otra cara... otra imagen. Distante, rubia, inglesa.

Y llena de repulsión. Desdén.

Hacia él.

El camarero había regresado a su extremo de la barra. Diego empujó la copa vacía hacia él. —Otro —pidió.

Tenía los ojos velados. La cara inexpresiva. En silencio, el camarero le rellenó la copa.

Capítulo 5

AHÍ en Saltón, se hallaba a salvo de la presencia poderosa y perturbadora de Diego Sáez. Esa tercera tarde desde su llegada, subía a cambiarse cuando la señora Tillet salió al vestíbulo. Portia se detuvo en las escaleras. Había entrado en la casa después de una vigorosa sesión de limpiar y re—vitalizar los jardines con Fred Hermitage, y sus viejos pantalones de pana necesitaban un buen lavado. Igual que ella.

Pero estaba de buen humor. Le encantaba la jardinería, incluso cuando le dejaba los músculos agotados. —Hola, señora T. ¿Qué sucede? —preguntó con una sonrisa.

—Su hermano acaba de llamar, señorita Portia —la informó el ama de llaves—. Me pidió que le dijera que iba a venir mañana.

La sonrisa de Portia se amplió.

—¡Me alegro, señora T! Últimamente, Tom no ha parado de trabajar y no he dejado de insistirle en que se tomara un descanso de ese condenado banco y viniera a pasar unos días aquí. Podrá relajarse y recargar energías antes de regresar a la ciudad.

—Dijo, señorita Portia, que estaría acompañado por un conocido de negocios —indicó la señora Tillet.

La sonrisa de Portia se transformó en una mueca.

—¡Qué desgracia! Supongo que pasará la noche aquí. ¿Está hecho el Cuarto Azul? Puede alojarse ahí. ¿O se trata de una pareja? ¿Se lo mencionó Tom? En ese caso, sería mejor el Cuarto de Roble.

—Tengo entendido que se trata de un caballero soltero.

—El Cuarto Azul, entonces, señora T. ¿Quiere que le eche una mano para prepararlo?

El ama de llaves movió la cabeza.

—Betty Wilkins y Marjorie Sanders vendrán esta tarde y todo el día de mañana. Nos ocuparemos de todo. ¿Quiere elegir el menú para la cena de mañana?

—Usted puede prepararlos hasta con los ojos vendados, señora T. Yo me ocuparé de las flores... tendré que ir a saquear los invernaderos y arriesgarme a incurrir en la cólera de Fred por llevarme sus más preciados ejemplares.

Más tarde, acurrucada en el sofá de piel en la biblioteca, delante de un fuego vivo en la chimenea, se preguntó a quién llevaría Tom. A menudo se empleaba Saltón para realizar negocios y no le era desconocido desempeñar el papel de anfitriona si se encontraba allí. Se preguntó si debería llamar a Felicity para invitarla, pero decidió que tal vez fuera demasiado insistente por su parte. No había olvidado que Tom había saltado cuando le dijo que se declarara a la chica a la que evidentemente amaba.

Frunció el ceño y se preguntó si sólo era un exceso de trabajo lo

que lo crispaba tanto o si las cosas no iban muy bien en el banco.

Unas palabras pronunciadas con voz marcada y profunda reverberaron en su memoria. «Circunstancias adversas». Apretó los labios. Diego Sáez se había mostrado absurdo. En Saltón no había «circunstancias adversas». Había pertenecido a los Lanchester durante siglos, en las buenas y en las malas. El banco le aportaba un empujón considerable a la riqueza de la familia, pero Tom no dependía de él. Si era necesario, Saltón podía ser auto suficiente. Además, tanto su hermano como ella tenían carteras de inversión que les aportaban generosos ingresos.

Entonces, ¿por qué en lo más hondo de su ser experimentó algo de miedo al rememorar esa voz lacónica cuando le preguntó si Saltón se hallaba en venta? Más palabras como ecos interminables. «Todo está en venta, Portia». Recuperó el desdén. ¡Sí, en el mundo de Diego Sáez todo tenía un precio! Un hombre tan rico como él, con un pasado consentido y caprichoso como había tenido, un príncipe de la Pampa o de donde procediera de Sudamérica, pensaría de esa manera.

Salido de la nada, como un lobo con las fauces cerradas sobre su garganta, el recuerdo la agarró. Tan vivido, que otra vez podría estar teniendo lugar en ese momento. Diego Sáez saqueando su boca. Esa boca moviéndose sobre la suya... Con un escalofrío, desterró el recuerdo. ¡No debía recordar!

Diego Sáez había desaparecido de su vida. Se había deshecho de él. Le había dejado bien, bien claro que sus atenciones le causaban repugnancia. No deseaba a ese hombre.

Y así se lo había comunicado con claridad meridiana, despreciando la vida que llevaba.

Había recibido el mensaje. Se había alejado de ella.

Sintió un escalofrío.

«Ha sido fácil...».

Las palabras se formaron en su cerebro, potenciando la inquietud que sentía.

¿Los hombres como Diego Sáez llegaban a abandonar lo que deseaban?

Con la mandíbula tensa, alargó la mano hacia la tetera. Se dijo que en esa ocasión no le quedaría más remedio que aceptar la derrota.

Se puso el vestido negro de seda y se lo alisó por el cuerpo. Era uno de sus preferidos para las cenas de Saltón. El escote rectangular le ensanchaba los hombros y las mangas hasta los codos le daban un aire grácil y esbelto a sus antebrazos, igual que el bajo hasta las rodillas con las piernas. Se puso unos zapatos de tacones medianos, un collar y unos pendientes a juego, se abrochó el reloj de pulsera, se aplicó lápiz de labios, comprobó que el pelo seguía inmaculado en su moño y se dirigió abajo.

Tom y su invitado de negocios llegarían en cualquier momento. Después de comprobar la mesa, fue a echarle un vistazo al salón. Una vez satisfecha de que todo se hallaba en perfecto orden, se detuvo ante la chimenea, protegida de las llamas por una pantalla, y observó su propio reflejo momentáneamente en el espejo que había sobre la repisa.

Convencida de que con sólo mirarla comprendería que no era una mujer que se dedicara a pequeñas y sórdidas aventuras, se preguntó qué veía en ella Diego Sáez.

Desde luego, a Geoffrey Chandler no le había costado encontrar a otra mujer con la que casarse, y su esposa era una morena bonita.

Se volvió. No debía pensar en Geoffrey. Todo había sido tan horrible y doloroso. Lo había herido y humillado, y aunque superficialmente había sido una separación civilizada, la herida había sido más profunda de lo que quería reconocer.

De pronto un pensamiento aleteó por su mente. ¿Tendría razón Susie? ¿Necesitaba una «cura» drástica para la ruptura del compromiso nupcial? ¿Como una aventura apasionada y física con alguien como Diego Sáez?

¡No! ¡Ni siquiera empezaría a pensar de esa manera! La actitud de ese hombre hacia ella, hacia el sexo, la espantaba y disgustaba al mismo tiempo.

Con los labios apretados, le dio la espalda al espejo.

Y en ese instante oyó el sonido de un coche al subir por el largo sendero desde la carretera, situada a más de dos kilómetros.

Le echó un último vistazo al salón y aguardó hasta que el coche se detuvo delante de la casa en el camino de grava. El sonido de puertas al cenarse, luego voces en el vestíbulo, poco claras y apagadas. Después, unas pisadas se acercaron al salón. Las puertas dobles se abrieron y entró Tom.

Apenas tuvo tiempo de mirarlo antes de que le diera la impresión de que la oscuridad se cerraba en torno a ella. Miró más allá de su hermano al hombre que había entrado detrás de él. Sintió que la sangre le martilleaba en los oídos y que el pecho se le contraía.

No podía ser. No podía ser…

Desde lejos, oyó la voz de Tom, aunque le resultó inaudible. El único sentido que parecía tener operativo era la vista.

Y lo único que podía ver, como un sueño horrible, era a una figura alta, sombría, peligrosa, que había esperado no tener que contemplar nunca más.

Caminaba hacia ella. Con ese mismo andar ágil, determinado. Las mismas facciones cautivadoras. La expresión cerrada, inescrutable. Se detuvo delante de ella con la mano extendida.

—Portia… —saludó Diego Sáez.

Luchaba por respirar. Podía oír a Tom hablando y gracias únicamente a la fuerza de voluntad, giró la cabeza hacia él.

—¿Ya os conocíais? No me lo dijo, señor Sáez.

Había una sorpresa educada en su voz y Portia fue incapaz de responder. Incapaz de hacer nada que no fuera tratar de llenar de aire los pulmones y permanecer erguida delante de la chimenea.

—Nos hemos visto varias veces —respondió Diego Sáez.

Portia sintió que la recorría un ligero temblor, como si tuviera frío. Sin embargo, podía sentir el calor procedente de la chimenea.

—He estado comprando arte —continuó Diego, como si fuera una explicación clara.

—Ah —Tom asintió—. Desde luego.

—De hecho —agregó Diego con la misma voz profunda y fluida—, la semana pasada tuve la fortuna de asistir a la inauguración de una exposición sobre paisajistas del siglo XVIII. El Saltón de Gainsborough fue muy… —una pausa ínfima— memorable.

A pesar de hallarse aún dominada por la conmoción, se preguntó qué estaba haciendo allí. Tom no había podido invitarlo adrede.

La razón fue al rescate. ¿Por qué no iba a invitarlo Tom? Se movían en el mismo mundo de altas finanzas, aunque Diego Sáez operara en una escala global. Desesperada, rezó para que su hermano no tuviera tratos comerciales con ese hombre. Y menos que los discutieran allí, en Saltón. Pero también supo que no podría contarle la causa para ello.

Necesitó la educación exquisita que había recibido para pasar por la cena con cierta semblanza de normalidad.

A lo largo de la cena larga y atormentadora, tomó escasa parte en la conversación, al menos lo que le permitían los buenos modales. Por desgracia, y a pesar de que deseaba que su hermano y el invitado no deseado se sumergieran en una conversación de banca, para no verse en la necesidad de participar, Tom insistió en realizar comentarios generales. Intentó apoyarlo por lealtad, y también, tal como tardíamente reconoció, porque también él se encontraba bajo una tensión visible.

Tom intentaba sobrellevar la velada lanzándose de un tema inocuo a otro, con Portia esforzándose en comportarse como si el hombre que había entre ambos no fuera más que un conocido profesional.

Pero durante toda la cena, pudo sentir la presión de la presencia de Diego Sáez como si se tratara de una fuerza tangible, consciente de él, sentado a menos de dos metros de distancia.

Por lo menos, tuvo que dar las gracias porque no la mirara como solía hacerlo. Cuando le hablaba a ella, la observaba con expresión reservada. Portia tardó un rato en darse cuenta de que eso le resultaba aún más opresivo que la evaluación a la que siempre la sometía.

Sus nervios comenzaron a tensarse de forma insoportable y anheló que la cena terminara, para poder escapar y dejarlos con los temas de negocios durante las copas.

Fue directamente arriba. La urgencia la impulsaba. Se había considerado a salvo en Saltón, pero Diego Sáez había entrado como si tuviera las llaves del lugar.

¿Por qué? La pregunta dio vueltas en su cerebro, tal como había hecho durante toda la velada, aunque en ese momento pudo analizarla. No se había presentado allí por Tom... sino por ella. Lo sabía con cada fibra de su ser.

Y conocía la causa.

Estaba enfadado. Indignado porque se hubiera atrevido a rechazarlo. A desdeñarlo por su arrogante suposición de que podía tomarla cuando él quisiera.

La recorrió la ira y se dijo que sólo había dicho la verdad... ¿por qué debía importarle que se enfadara?

«Porque es peligroso...»

La voz en su cabeza frenó su inquieto recorrido del dormitorio.

Clavó la vista en el espacio. La dominó una profunda premonición. Diego Sáez se había presentado en Saltón con un objetivo.

¿Acaso pensaba que podría realizarle alguna visita nocturna bajo el propio techo de su hermano?

«En ese caso, ¿qué harías si en mitad de la noche oyes que la puerta se abre?»

La pregunta insidiosa atravesó sus defensas y la paralizó.

Imaginó a Diego Sáez entrando en su dormitorio, quitándose la corbata mientras avanzaba hacia ella, quitándose la chaqueta, llevándose las manos al cinturón...

Y ella, tumbada sobre las sábanas, esperándolo...

Sintió que una lenta y viscosa pesadez le abarcaba el cuerpo y fluía por sus venas dilatadas. Notó que un calor bajo y creciente la envolvía y la lamía como una llama pausada y sensual.

Entonces, como si se hallara sumergida, se abrió paso hacia la superficie. A la cordura. A la realidad.

La realidad de encontrarse en su habitación, sola, tratando de contener la sensación oscura y opresiva que hormigueaba por todo su cuerpo.

Capítulo 6

PORTIA había vuelto a quedarse paralizada, tal como le había sucedido la noche anterior cuando entró en el salón, pensó Diego. Se había puesto rígida como sólo podía hacerlo una mujer indignada de su clase. Era como si una capa invisible de hielo se hubiera asentado sobre todo su cuerpo.

Al avanzar hacia ella, notó cómo los pechos seguían el ritmo de la respiración bajo un delicado jersey de cachemira... y deseó coronarlos...

Pero si el pensamiento de acariciarle los senos lo encendía, la expresión de la cara estaba pensada para lograr el efecto contrario. Sin embargo, el gélido desdén de esos ojos grises espoleó la furia que contenía como a un jaguar encadenado, justo debajo de la superficie de su mente consciente.

Había ido al jardín para esquivarlo... sólo le faltaba escribirlo en letras de un metro de alto. Igual que la noche anterior había abandonado la mesa para desaparecer. Sintió el gruñido del jaguar, agazapado en silencio, a la espera de recibir la orden de saltar.

Pero no canalizaría su furia hacia ella. No se reduciría al nivel de Portia... atacándolo de esa manera, con los ojos llenos de un desprecio que todo el mundo podía ver, despidiéndolo como a un plebeyo.

No... Acalló la tensión del jaguar. No proyectaría su furia contra ella.

Desarrollaría un juego mucho, mucho más placentero.

Portia sintió que el hielo le llenaba las venas. Era una mezcla de indignación... y temor.

La indignación por el modo en que Diego Sáez la perseguía de esa manera.

Y el temor porque había algo particular en el modo en que caminaba hacia ella que la dejó sin aliento.

Quiso ponerse de pie de un salto, dar media vuelta y largarse del jardín, alejarse de él a la mayor velocidad posible. Pero el hielo que le llenaba las venas la mantuvo paralizada donde estaba.

Pero se oyó hablar con una voz tan dura como el acero.

—¡No sé por qué has venido, pero quiero que te vayas! ¡No tengo nada más que decirte!

Él se detuvo. Se encontraba a unos dos metros de ella. Durante un largo momento, permaneció allí de pie. Llevaba puesto un traje a medida impecable, que parecía hacerlo más alto, más oscuro. La estudió con sus ojos de color obsidiana y Portia sintió que se quedaba sin aire.

—Yo tengo algo que decirte —indicó con su voz profunda—, y te recomiendo que me escuches.

Ella esbozó una mueca desdeñosa.

—¡No imagino que haya nada en el mundo que quiera oírte decir!

El rostro de él se veía inexpresivo. Con un leve movimiento de la cabeza, señaló la casa de un dorado pálido más allá del jardín. Lentamente, volvió a mirarla, y lo que Portia vio en sus ojos la dejó vacía.

—Si quieres salvar tu preciado hogar familiar, escucharás cada palabra que te diga.

La tenía.

Cada sinapsis de su cerebro, cada nervio de su cuerpo, se centró en él. Al instante y por completo.

Digo experimentó una fría sensación de placer. Una vez más los años se desvanecieron y ahí estuvo Mercedes de Carvello, concentrada en sus palabras mientras lo informaba del nuevo estado de propiedad de la casa.

En ese momento, en un lugar diferente y bajo un sol diferente, Portia Lanchester, quien se consideraba demasiado buena para su cama, mostraba la misma expresión en los ojos.

—¿Estás loco?

El tono cortante, de clase alta, atravesó el aire de la mañana con toda su carga de incredulidad.

La miró y tuvo la súbita visión de Portia desnuda con el collar de perlas al cuello. Caminando hacia él. Hacia su cama. Para hacer lo que él quisiera.

Y lo haría. Lo sabía con cada fibra de su cuerpo.

Lo sabía porque era lo que había hecho Mercedes de Carvello...

No quería recordar. No recordaría cómo la mujer que había matado a su madre, que la había aplastado como a un perro bajo las ruedas del coche, se había presentado aquella noche de su regreso, con el corazón atribulado a pesar del placer de haber tomado posesión de la propiedad que había aplastado a sus padres... no recordaría cómo había ido a la suite del hotel de lujo en la ciudad, desnudándose para ofrecerse al hombre al que había echado de la casa cuando era un niño... esa casa que era suya y por la que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para recuperar.

La había expulsado de la habitación, lleno de disgusto y desprecio.

Pero a la mujer que tenía en ese momento delante de él, tan arrogante y desdeñosa, como si aún pudiera oler su antigua pobreza... a ella no la iba a rechazar... El deseo de poseerla era incuestionable. Cuanto más buscaba esquivarlo, más convencido estaba de que la poseería. Más la deseaba.

Quería soltarle ese fino cabello dorado para dejarlo caer en cascada por esos hombros esbeltos y elegantes. Quería revelar esos pechos erguidos y suaves y sentir cómo se endurecían bajo sus manos.

Quería deslizar los dedos por esos costados cremosos y separarle los muslos blancos, tomarla, poseerla.

Hasta aquel momento delante del hotel, habría mostrado una paciencia infinita en su conquista. Disfrutando de cada momento, infatigable en el desgaste inexorable de la resistencia que le planteaba, hasta el momento en que hubiera cedido a lo que él quería.

Pero hasta aquel instante en que se había vuelto contra él, rechazándolo con palabras que representaban su perdición, la paciencia se había vuelto algo... innecesario. Ya no necesitaba mostrar sensibilidad alguna hacia ella, ninguna consideración por la renuencia a dejar que encendiera en ella la pasión que sabía que tenía enterrada en lo más hondo de su ser.

Y por eso la poseería. No en contra de su voluntad. Pues lo consentiría... consentiría el trato que iba a ofrecerle, que protegería las posesiones que los de su clase consideraban tan preciadas. Y consentiría los placeres que iba a encontrar en él. Y para hacerle sentir ese placer, aun cuando su mente consciente sabría que había aceptado acostarse con él para proteger sus posesiones, *eso* mitigaría la furia que lo embargaba.

Furia porque una mujer que lo había seducido de esa manera lo hubiera lanzado en un instante al recuerdo deprimente del momento en que se había vengado de aquéllos que habían destruido a su familia y lo habían arrojado a la calle como a un perro.

Acalló la furia que lo recorría como una llama. No necesitaba sentirse furioso con Portia Lanchester por despreciarlo por lo que era. Sólo necesitaba desearla... y disfrutarla.

En otra ocasión habría podido disfrutar jugando con ella un poco más, como un gato con su presa. Pero, de repente, en ese instante sólo deseó ir a matar. Quebraría su arrogancia y su desdén aristocrático, con un único golpe.

Habló breve y bruscamente, sin molestarse en suavizar el golpe dirigido a ella.

—Tu hermano está endeudado hasta el cuello... ha puesto Saltón como aval.

Las palabras cayeron con fuerza devastadora.

Ella las oyó, pero parecieron proceder de muy lejos. Durante un momento atemporal, continuó sentada, preguntándose qué acababa de decir Diego Sáez.

Sólo asimiló tres palabras: endeudado, Saltón, aval. —No...

La voz le sonó tan débil que apenas le resultó audible. Pero él la oyó. Su rostro permaneció inexpresivo. Cuando habló, fue implacable.

—Loring Lanchester se ha convertido en sinónimo de malas inversiones. Se hunde más rápidamente que una piedra en el agua. Tu hermano no tiene posibilidad alguna de salvarlo. Ha puesto Saltón

como aval porque nadie se arriesgará por él. Pero eso no bastará. Se hundirá. Junto con el resto del banco.

Portia intentó ordenar sus pensamientos. Se dio cuenta de que debía ponerse de pie, pero no tuvo recuerdo consciente de hacerlo. Y aún tenía que mirar esos ojos oscuros.

Él acababa de decir algo tan absurdo, tan ridículo, que no era capaz de encontrar las palabras para refutarlo. Como si le explicara algo a un niño, habló:

—Comprendo que estás acostumbrado a la volatilidad de la economía en Sudamérica, donde los bancos se desploman y las divisas pierden su valor de la noche a la mañana, pero me temo que debes compren— L der que aquí, en Inglaterra, es diferente. Loring Lan— I chester tiene ciento cincuenta años de antigüedad. Es uno de los bancos privados más respetados de la ciudad. Es inimaginable, del todo inimaginable, que | pueda estar en problemas. Es uno de los bancos más seguros y...

—Loring Lanchester está en la quiebra —cortó él con cruda brutalidad.

Algo se clavó en Portia. Fue miedo... pero lo hizo a un lado.

—¡Creo que no entiendes cómo se llevan los negocios en este país! —la voz se había elevado un poco. Cerró las manos en los bordes de la rebeca.

—Entiendo que cuando un banco concede préstamos que en su mayor parte no son pagados, está en la quiebra. Loring Lanchester ha hecho eso. Tu hermano ha realizado una serie de decisiones desastrosas, cuyo resultado es una cartera de préstamos que no tiene ni una oportunidad en el infierno de cobrar. Ha prestado el dinero del banco a todos los proyectos sin esperanza de tener éxito, desde Europa del Este hasta África, a todas las repúblicas bananeras que se te puedan ocurrir. Va a tener que hacerse cargo de todo el capital. Y ni siquiera dispone de un ingreso con el que poder cubrirse. Nada podrá salvar Loring Lanchester. Tu hermano ha estado buscando dinero por todo Londres... pero nadie va a arriesgarse. ¡Nadie! Va a perderlo todo. También Saltón.

Portia sintió como si un huracán la hubiera atrapado en sus fauces.

—¡Saltón pertenece a Tom! ¡No forma parte del banco!

La miró con desdén.

—No me has estado escuchando, ¿verdad? Ya ha puesto Saltón como aval. Se hundirá con el resto del banco. ¡La casa y la propiedad son los únicos valores sólidos que posee!

Ella movió la cabeza. Eso no podía estar sucediendo. No podía...

Debía irse. Tenía que encontrar a Tom. Obligarlo a decirle que no era verdad. Que ese hombre terrible sólo contaba mentiras... mentiras viles y sucias. ¡Qué no era verdad!

Trastabilló con la intención de alejarse. Una mano salió disparada para sujetarle el brazo.

—Ya te lo he dicho. No tiene sentido huir, Portia.

Su voz estaba demasiado cerca. Su cuerpo estaba demasiado cerca. Intentó apartarse, pero se hallaba impotente.

—No tiene sentido —repitió. Alzó la otra mano y la cerró sobre su hombro—, Y no hay necesidad de sentir pánico. Tu hermano ha encontrado a su caballero salvador. El banco se encuentra a salvo —hizo una pausa—. Saltón está a salvo. —¿Qui... quién...?

Logró preguntar de algún modo. Y obtuvo la respuesta antes de que él hablara.

La giró para poder mirarla a la cara. —¿Por qué crees que estoy aquí, Portia? ¿Por qué crees que tu hermano me trajo? —la miró y saboreó el momento—. Piensa que le voy a salvar el pellejo.

El tiempo había vuelto a detenerse. El mundo se paralizó. Ni siquiera su corazón latía. Dejó que los ojos de él la atravesaran. —¿Y vas a hacerlo?

No tenía sentido preguntarlo. Porque lo sabía... sabía cuál iba a ser la contestación. La única que podía ser. Porque, ¿qué otra justificación tenía Diego Sáez para estar allí, contándole que su mundo se había desmoronado?

Un objetivo. Sólo uno.

—Por supuesto —le dijo—. Le he lanzado un cabo. Me ocuparé de las deudas del banco. Incluso dejaré que siga en él. En este momento no sería bueno para el banco que se marchara. Martin Loring deberá irse, desde luego... tu hermano debería haberlo echado cuando se hizo cargo de la dirección. Es el peor empleado que posee el banco. Si lo hubiera despedido, quizá hubiera tenido una oportunidad. ¡Podría haber incorporado a unos ejecutivos que supieran reconocer por dónde empieza y acaba un balance financiero! Quienes habrían podido vender a uno de los bancos globales importantes por un buen precio... porque entonces habría sido un acuerdo rentable, no una venta de saldos. Pero tu hermano dejó que Martin Loring se comportara como si la reina Victoria siguiera todavía en el trono y él pudiera ordenar que los barcos de guerra británicos salieran a asegurar los puntos delicados distribuidos por el mundo.

Ella cerró los ojos.

—Quería que el tío Martin se jubilara —susurró.

—¡Debería haberle dado una patada en el inútil trasero! En los negocios no hay sitio para los sentimientos, Portia.

Volvió a abrirlos, tensa bajo sus manos.

—Entonces, ¿por qué lo ayudas tú?

Otra pregunta inútil.

Miró por encima del hombro de él hacia la joya que era Saltón. Su

hogar. El hogar de Tom. Habría sido el hogar de Felicity con su hermano, y lo hijos que tuvieran, y los hijos de éstos...

Pero a partir de ese momento pertenecería al hombre que la inmovilizaba y le quitaba todo el poder.

Al hombre que había observado el cuadro de Gainsborough de Saltón y lo había querido entonces. Que había preguntado si estaba en venta...

—Quieres Saltón.

No pudo sentir nada. Nada en absoluto.

Pero luego, despacio, como si emergiera de la insensibilidad, sintió algo. La mano de él moviéndose sobre su hombro, los dedos acariciando la suavidad de la cachemira.

—No —dijo con voz baja.

Ella vio lo que había escrito en esos ojos oscuros, y al instante supo por qué lo había hecho. Por qué había ido a Saltón para decirle que su mundo había quedado reducido a escombros.

Y en la profundidad de esa oscuridad, de esos ojos de obsidiana, le decía cuál era el precio para salvarlo.

Volvió a acariciarle el hombro.

Con fuerza y posesión.

—Te quiero a ti, Portia —concluyó.

Capítulo 7

SU ENTREVISTA con Tom fue dolorosa. Tuvo que esperar una hora para verlo. Diego Sáez se había alejado de ella para encerrarse con su hermano en la biblioteca. Luego un coche con chófer se había detenido ante la puerta principal y Sáez se había subido en él para marcharse.

Portia le había dado cinco minutos a Tom, y luego había entrado.

Lo que primero la había sorprendido, como si se tratara de una broma espantosa, era que ya no parecía enfermo.

¿Enfermo? La ironía la abofeteó. Tom no había estado enfermo. ¡Había estado desesperado por la preocupación, el miedo! ¡Y ella había estado ciega!

La recorrió un aguijonazo de culpabilidad. Su propio hermano, debatiéndose entre la desesperación, y ella ni siquiera lo había notado.

Y sólo podía haber un motivo para que no pareciera estar haciendo cola ante la puerta de la muerte.

Diego Sáez le había lanzado el cabo.

Mientras se demoraba en la puerta de la biblioteca, él avanzó hacia ella.

—¡Portia! ¡Entra! ¡Tengo algo que contarte!

Escuchando, se esforzó por ocultar sus propias emociones mientras él, al fin, le confesaba la situación en el banco. Estaba tan lleno de recriminaciones contra sí mismo, culpándose por haber permitido que la situación llegara hasta ese límite y excusando a todos menos a sí mismo, que Portia no fue capaz de soportarlo.

Y menos aún oírlo alabar a Diego Sáez. —¡Si hubiera venido montado en un caballo blanco, no habría podido sentirme más aliviado! —exclamó—. Me va a proporcionar el oxígeno que necesitamos. Sí, tendrá la mayoría de las acciones... no puedo esperar otra cosa, pero lo principal es que el banco seguirá operando. Con su enorme capacidad financiera, nos dejará saneados y luego organizará una venta metódica a uno de los gigantes estadounidenses. Frunció levemente el ceño antes de continuar: —El tío Martin deberá irse. Sabía que insistiría en eso... y si yo hubiera tenido más sentido común, habría hecho lo mismo. El problema es que... —miró a su hermana con pesar— resulta bastante duro decirle al hombre de setenta y tantos años que me enseñó a jugar a los bolos que ya no se lo quiere en el viaje. Siempre he sabido que vivía en el pasado, pero pensaba... bueno, pensaba que podría cargar con él —su rostro adoptó una expresión culpable—. Pero no pude. ¡Y por creer lo contrario he estado a punto de arruinarlo todo!

Ella respiró hondo.

—¿Y qué me dices de ti, Tom? ¿Ahora qué va a pasar contigo?

Le ofreció una sonrisa trémula… pero al menos era una sonrisa.

—Bueno, Sáez quiere que continúe un tiempo… aunque encontrará un hombre competente que me apoye y será él quien tome todas las decisiones. Luego, cuando considere que ha llegado el momento adecuado, dimitiré. Sí, sé que es un golpe, pero, Portia, ¡para mí es el fin de una época! ¡No puedes creer lo mucho que he llegado a despreciar ese banco! Y ahora me veré libre de él.

Hizo una mueca y la miró a los ojos. —Voy a vivir aquí, a casarme con Felicity, a ocuparme de Saltón ¡y al fin ser un hombre de campo! Es lo que siempre he querido hacer.

Ella le devolvió la sonrisa trémula con una aún más insegura.

—Lo sé. Y oírte decir que al fin te vas a casar con Fliss me parece maravilloso. Está locamente enamorada de ti, Tom.

—Pero hasta ahora no podía pedírselo. No con todo este fiasco colgando sobre mi cabeza. Pero ya estoy libre… ¡en cuanto Sáez asuma el control y se firmen los contratos!

Portia tragó saliva. —¿Cuándo va a ser?

—Bueno, primero habrá que redactar todo el papeleo legal, y luego recibir el permiso para la venta y todo eso, pero no es más que un formulismo.

Se dirigió a la ventana con un nudo en el estómago. En el exterior, le pareció que los jardines se extendían hasta la eternidad. Y ante ella también se extendía un sendero. Oscuro, pavimentado con cristal afilado. Era el sendero que tendría que recorrer. No tenía elección. Ninguna. Sabía que en cada vida había una prueba… un sacrificio que soportar.

Ése era el suyo. Saber que no tenía elección. Que no podía darle a Diego Sáez ningún motivo para dar marcha atrás en la salvación de su hermano. Había dejado bien claro lo que quería. El precio que exigía. Y ella tendría que pagarlo.

Clavó la vista en los jardines soleados. Por el bien de su hermano, pagaría el precio exigido por Diego Sáez.

Sin importar lo que le costara a ella. Sintió un impulso terrible de soltar una risa histérica. Lo contuvo. A partir de ese momento iba a tener que hacer todo para suprimir sus emociones. No debía permitirse ninguna.

Para él, llevarla a la cama era una simple cuestión de apetito, un deseo pasajero, fácilmente saciado. Lo había desafiado, lo había rechazado… desdeñado. Por lo que había encontrado un modo de hacerla cambiar de parecer.

Sabía que ella no se negaría a salvar Saltón para su hermano. Sabía que finalmente le daría lo que quería. Su cuerpo.

Era lo único que quería. Pero para ella…

Cerró los ojos angustiada. Al saber que no podría escapar de él,

también sabía que ya tampoco podía negar la razón por la que había huido de él.

Diego Sáez iba a llevarla a la cama... y en el proceso le partiría el corazón.

—La suite del señor Sáez, por favor. —Desde luego, señora. ¿A quién anuncio? La voz del recepcionista era educada, pero Portia sabía que insistiría en obtener un nombre.

—Portia Lanchester.

Su propia voz sonaba firme. No se permitiría ni un temblor.

—Un momento, señora.

La línea se quedó en silencio unos segundos; luego se oyó un clic, seguido de una poderosa voz masculina.

—Portia.

Sólo su nombre, eso era todo.

—Es... estoy en mi apartamento. Me... me preguntaba si esta noche estarías libre para cenar.

Cada segundo le pareció una eternidad.

—Esta noche me marcho, Portia. Pero si lo deseas, podrías venir ahora.

La garganta se le cerró por completo.

—¿Ahora? —salió de sus labios. Casi inaudible.

—Eso pienso. ¿Tú no?

La voz estaba controlada, muy controlada, pero pudo percibir emoción en ella. Sabía que sería la satisfacción de un hombre rico, consentido y poderoso que acababa de conseguir lo que quería.

Colgó y sintió un leve mareo. Se preguntó si Diego Sáez daría por hecho que estaría esperándolo cuando volviera a Londres. ¿Acaso se suponía que sería su mujer el tiempo que permaneciera en la capital?

« ¡Para!». No tenía ningún sentido atormentarse de esa manera. Tom estaba en peligro de perder Saltón... y la única persona que le echaba un cabo era Diego Sáez.

Aunque llevaba una condición.

En su mente reverberó una palabra. Fea y vil.

¿Se estaba prostituyendo para salvar Saltón para su hermano?

Una expresión amarga iluminó sus ojos. ¿Qué importancia tenía el nombre que se le diera? No podía dejar que Tom perdiese Saltón por no querer una aventura con Diego Sáez. Un hombre que con una simple mirada la hacía temblar.

Experimentó una profunda sensación de inevitabilidad. Su intento de huida, sus rechazos... todo había sido en vano.

Diego Sáez la poseería, disfrutaría de ella y luego la descartaría. Lo que más había temido, de lo que siempre había huido, terminaría por suceder.

Despacio, fue al dormitorio y empezó a cambiarse. A adornarse

para Diego Sáez.

Posó la vista sobre la mujer que había ido a él, a ofrecerle su cuerpo a cambio de la riqueza de su familia. Lo invadió una sensación de satisfacción.

Llevaba un vestido discreto y sencillo, del color del agua, con un corte hernioso, que se deslizaba por su fino cuerpo sin revelar nada salvo los brazos. El pelo estaba recogido en la nuca, tal como le gustaba, lo que resaltaba sus facciones. Había empleado un maquillaje mínimo y eso también le gustó. Era sutil, como el perfume que llevaba. De hecho, dudó de que fuera perfume. La fragancia era tan leve, que lo más probable es que fuera jabón y crema facial.

Siguió contemplándola, asimilando todo su aspecto... desde el cabello recién lavado y el cuerpo esbelto debajo de la fresca tela del vestido, hasta las piernas perfectas que culminaban en unos zapatos pequeños de tacón mediano a juego con el color del vestido.

Parecía exactamente lo que era. Una mujer nacida en el seno de una familia adinerada, de herencias y linajes poderosos... de privilegiados protegidos.

Protegidos de hombres como él.

Centró su mente en las sensaciones físicas que habían estado liberándose despacio en su interior mientras la contemplaba.

Parecía tan ecuánime e intocable como el mármol blanco. Sintió que su cuerpo despertaba. La había esperado tanto tiempo... mucho más que a cualquier otra mujer que hubiera deseado... y al final la tenía allí.

Durante un instante, sintió pesar de que tuviera que ser en esos términos.

Luego desterró ese pensamiento. Podía despreciar sus bajos orígenes todo lo que quisiera, pero si quería salvar la preciada herencia familiar, tendría que superar la repulsión que le inspiraba.

Algo ardió brevemente en sus ojos. Desde luego que superaría la repulsión. Portia Lanchester disfrutaría de cada minuto en su cama...

Iba a cerciorarse de eso.

Era como si hubiera entrado en un abismo.

Sin embargo, resultaba muy extraño. No caía. Parecía permanecer inmóvil, como suspendida. No podía sentir nada. No había nada que sentir. Diego Sáez estaba ahí. La miraba. Como la miraba siempre.

Deseándola.

Pero al estar frente a él, sabiendo que había huido en vano, era como si una fina capa de hielo se hubiera formado sobre ella.

Era una defensa propia, que hacía que lo viera como a una especie de fantasma. O una estatua inanimada.

La realidad de lo que estaba haciendo se desplegó a su alrededor.

Se había presentado ante él… y en ese momento Diego Sáez le quitaría la ropa, la llevaría a su cama, la haría suya.

Aun así, no podía creerlo. Era tan irreal, tan surrealista…

Jamás pensó que acabaría de esa forma desde aquella cena de los banqueros.

¿Cómo pensar algo semejante?

No obstante…

En lo más hondo de su ser experimentó una sensación de inevitabilidad por lo que iba a pasar. Le recorrió cada fibra de su ser. Era como si, desde el primer instante en que sus miradas se habían cruzado, ese momento hubiera estado aguardándolos.

Impasible, se quedó quieta y dejó que la mirara.

Suspendida, inmóvil. Y muy, muy pasiva.

Cuando él habló, giró la cara levemente para mirarlo. Y al hacerlo, una lanza de emoción la atravesó.

No pudo nombrarlo, sólo sentirlo.

Y durante un momento interminable, la ocupó en su totalidad, como si no hubiera nada más dentro de ella.

Excepto el contacto de sus ojos.

—Bien, dime, Portia… ¿qué es lo que quieres?

¡Querer! La palabra pareció mofarse de ella.

Respiró hondo. El aire pareció frío en sus pulmones.

—Quiero que Saltón esté a salvo.

Otra vez experimentó la sensación cortante. Pero la dejó pasar por su cuerpo hasta que la vació de nuevo.

—¿Es todo lo que quieres?

Algo se había encendido en la profundidad de esos ojos oscuros, pero no pudo darle un nombre.

No le contestaría.

Giró la cabeza y se dirigió hacia una mesa donde había un jarrón con flores. Todavía parecía serena, aunque por dentro le sucedía algo que no tenía nada que ver con la calma.

Alargó una mano para tocar un pétalo. Detrás del jarrón había un espejo, y pudo ver, aunque no miraba directamente, que Diego Sáez caminaba hacia ella.

Se detuvo a su espalda. No alzó la vista de la flor, ni movió la mano. Sólo cuando él dejó que los dedos se le curvaran en torno a su nuca se paralizó por completo.

Pero las flores habían desaparecido.

Todo el mundo había desaparecido.

Únicamente existía una cosa.

El contacto en su nuca.

La mano era cálida. Podía sentir las yemas de los dedos en su lenta exploración. Se preguntó cómo un movimiento tan leve podía generar

semejante sensación.

Porque la sensación se disolvía a través de ella, oleada tras pausada oleada, extendiéndose por sus hombros, bajando por el cuello, la garganta.

No podía moverse, sólo quedarse como una estatua mientras el movimiento de esos dedos se convertía en el único mundo que existía para ella.

No supo si aún respiraba. El mundo se había concentrado en ese contacto que la consumía.

Las yemas de sus dedos se extendieron hasta abarcarle la garganta. El dedo pulgar encontró el hueco detrás de la oreja y lo acarició con tanta gentileza que Portia pensó que iba a desmayarse.

Luego cambió, y los dedos pulgar e índice se cerraron sobre el lóbulo de su oreja para sentir la plenitud de esa parte delicada. Despacio, muy despacio, notó que bajaba y ladeaba la cabeza, para que los dedos largos pudieran abarcar más, acariciarle aún más la garganta, mientras el pulgar continuaba encendiéndole el lóbulo.

Pareció durar una eternidad que se disolvió a su alrededor mientras Diego Sáez la tocaba, la acariciaba. No le quedaba voluntad, ni fuerza ni resistencia.

No eran más que sensaciones. Unas sensaciones lentas, embriagadoras.

Despacio, como si fuera infinitamente pesada, alzó la cabeza para mirarse en el espejo. A través de la red que formaban los pétalos, vio su propio reflejo, una figura pálida y pequeña, y detrás, como si la enjaulara, la oscuridad envolvente de él.

Lo miró sin parpadear. La mano de él seguía en su cuello, pero inmóvil en ese momento, observándola mirarse a sí misma… y a él.

Sintió que los pulmones se le contraían. Si no huía en ese momento, iba a suceder algo terrible… algo que le iba a costar más de lo que podía pagar. La lógica penetró en su cerebro. «No puedes huir. Si lo haces, Saltón se perderá y tu familia quedará destruida. Tendrás que vivir con eso toda la vida».

Sin importar el precio que pagara, Saltón quedaría a salvo… para Tom, para sus hijos y nietos.

De modo que fue con completo consentimiento que sin decir palabra, se apartó del espejo y dejó que la guiara con la mano en la cintura, casi sin tocarla.

El dormitorio era amplio y tan opulento como el salón de la suite. Las cortinas estaban cerradas y las lámparas de las mesilla encendidas al mínimo. Entró en la habitación y se detuvo.

El corazón le martilleaba en el pecho.

Él cerró la puerta y se acercó a ella.

Le tocó el pelo y terminó por posar las manos en el moño,

quitando, uno a uno, los alfileres que lo contenían. Dejó que cayeran al suelo. Unos dedos largos le soltaron el cabello y se lo alisaron hasta que cayó por su espalda.

Habló... pero para Portia fueron palabras incomprensibles. En español, con voz baja, con un deje ronco. Sentía el aliento suavemente sobre su cuello. Le había apartado el pelo para posar los dedos en la parte superior de la cremallera del vestido. Con un movimiento veloz y súbito, se la bajó y empleó ambas manos para separar los lados. Luego apoyó las palmas sobre su espalda. El calor que emanó de ellas la quemó.

«Me está marcando. Me está marcando como su posesión».

Las yemas de los dedos se introdujeron por debajo de las tiras del sujetador y ella comprendió que no sólo le había bajado la cremallera, también le había desabrochado el sujetador. En silencio, bajó todo el conjunto por sus hombros.

Luego, con la misma presión sobre éstos, le hizo dar la vuelta para que lo mirara.

Portia alzó los ojos hacia él.

Los de Diego estaban entrecerrados, iluminados con una intensidad oscura que pareció atravesarla.

Alzó una mano de sus hombros y con ligereza, casi de forma imperceptible, le pasó el dorso de los dedos por la mejilla.

Portia se sintió invadida por la debilidad. Pero no podía moverse. Se hallaba atrapada en las emociones que caían en cascada sobre ella.

No dejó de mirarlo. Impotente. Desvalida y llena de sensaciones.

Despacio, muy despacio, miró cómo bajaba la boca a la de ella.

Sabía a agua fresca en un día caluroso, como un néctar aromático. Abrió la boca y bebió de esa dulce fuente.

Ella no respondió, sencillamente se quedó pasiva como había estado cuando la había acariciado, y durante un instante experimentó una emoción corrosiva. Una ira baja y viscosa.

¿Acaso creía que sólo podía ofrecerle el cuerpo como si fuera una marioneta? ¿Pensaba que podría permanecer ajena mientras compraba su preciada herencia familiar con el precio de su cuerpo entregado a unas manos plebeyas?

Esas manos presionaron su espalda para pegarla contra él mientras profundizaba el beso.

Durante un instante, un momento más, ella ofreció resistencia, y entonces, como si de pronto se le hubieran derretido todos los huesos del cuerpo, respondió.

¡Experimentó una oleada de triunfo! ¡No podía permanecer al margen! No, temblaría en sus brazos, se aferraría a él... se arquearía para él, para que la poseyera.

¡Y por supuesto que la poseería! Por Dios que lo haría. Sería suya...

por completo.

Probó su boca una última vez, y luego se apartó.

Quería verla en su totalidad.

Portia se ahogaba en sensaciones. Las ondas que habían estado ampliándose de pronto se contrajeron en un torbellino blanco que la succionó.

Cuando él se había inclinado para besarla, se había sentido momentáneamente paralizada, con el corazón en un puño. Y entonces, a medida que el beso se ahondaba, el torbellino la había engullido.

La estaba besando como nunca antes la habían besado. Jamás había respondido de esa manera. El beso que le había dado en la galería de arte había sido como una corriente gentil. Ése era un torbellino que ahogaba y extinguía todo a su alrededor. No existía nada más salvo el contacto de sus labios, de su lengua.

Y entonces, con la misma velocidad con que el tiempo se había detenido, él apartó la boca de la suya.

Se sintió abandonada, como si hubiera perdido algo infinitamente precioso.

Pero la sensación de pérdida duró poco, hasta que comprendió lo que tenía lugar.

La estaba desnudando.

Pudo sentir cómo la tela del vestido resbalaba por sus hombros, llevándose consigo el sujetador. Y luego, de manera sorprendente, desconcertante, sintió que los pechos se le inflamaban, que los pezones se le endurecían.

El contacto de esas manos al moverse por su piel desnuda encendió otra sensación intensa que la envolvió. Buscó aquietarla, pero se encontraba más allá de su poder. Todo se hallaba más allá de su control... salvo ceder a las sensaciones exquisitas y mágicas que le recorrían el cuerpo.

Pero al sentir que el vestido se deslizaba por completo de su cuerpo junto con el sujetador, revelando los pechos plenos, en un impulso instintivo y de protección, cerró los ojos.

De inmediato oyó la voz baja y enérgica. —Oh, no, Portia... así no. *Así*... Sintió que los dedos bajaban suave, muy suavemente, para acariciarle el costado del pecho.

No pudo respirar. Él repitió el movimiento, y en esa ocasión llevó la otra mano al otro seno, para masajearlo arriba y abajo.

El mundo desapareció, completa y absolutamente. Igual que había sucedido al acariciarle la nuca, en ese momento todo el mundo pasó a ser el contacto de las manos sobre sus pechos.

La sensación se disolvió en ella. Su cuerpo se disolvió.

En una sensación y emoción que nunca antes en la vida había sentido, que había sabido que existía.

El asombro se apoderó de ella. Se preguntó cómo podía existir algo así. Se entregó con todo su ser a esa exploración suave y exquisita.

Le pareció oírlo decir algo, pero no prestó atención. Todo su ser se hallaba concentrado en lo que sentía. Confusa, se dio cuenta de que ese contacto etéreo hacía que sus pechos parecieran extraños, pesados. Una dejadez extraordinaria le recorría el cuerpo. Se sentía débil, sin huesos... de él.

De lo más hondo de su garganta emitió un gemido bajo y desvalido.

Los pechos eran tal como había querido que fueran. Erguidos y blancos, con una curva suave que se coronaba con unas pequeñas cumbres rosadas. Mientras los acariciaba para conferirles una plenitud total, observando cómo los pezones se contraían, sintió que su cuerpo respondía con igual vigor a ese endurecimiento.

Volvía a emitir ese gemido bajo, con los ojos aún cerrados, las pestañas como hebras de seda sobre las mejillas acaloradas. La satisfacción lo atravesó. Portia Lanchester quizá no hubiera querido manchar sus finas manos aristócratas en él, pero respondía de todos modos... completamente.

Había sabido que lo haría.

Y el placer que sentía en ese momento por la reacción de ella a su contacto era más que sensual, proporcionándole un toque a su posesión que le potenciaba el apetito.

Volvió a acariciarle el pecho y una vez más oyó el gemido ciego e impotente.

Le satisfizo, y mucho, pero quería más. Mucho más.

La quería desnuda.

Y más aún.

Deslizó las manos por los costados sedosos y sintió la esbeltez del cuerpo. Al hacerlo, empujó el vestido hasta bajarlo por las caderas y dejar que cayera sobre la alfombra. Extendió los dedos sobre las delicadas curvas.

La miró. Ella había abierto los ojos y, dilatados, lo miraban fijamente.

Durante un momento fugaz, lo sacudió una emoción que no tenía nada que ver con su excitación poderosa y palpitante, nada que ver con la furia contenida en su interior.

Y sí todo con la expresión de asombroso y desvalida vulnerabilidad que había en los enormes ojos grises.

Entonces, a medida que las necesidades de su propio cuerpo reclamaron ser reconocidas, sintió que apretaba las manos sobre las caderas de ella. Y Portia estuvo perdida, perdida en un mundo asombroso del que nunca querría salir.

Él la alzó en vilo y la llevó a la cama.

Capítulo 8

EL BAJO latido de los motores del avión pareció vibrar por cada célula del cuerpo de Portia. Se movió un poco en el asiento de piel. No sirvió para nada. Todo su cuerpo palpitaba.

Y no por los motores.

Cerró los ojos con fuerza, tratando de cancelar los recuerdos igual que cancelaba la visión.

Pero no pudo.

Su cuerpo era un único recuerdo. Cada centímetro de su piel llevaba la huella. Hasta los pliegues más íntimos.

Entre sus muslos, la vibración insistente era testigo de su locura.

Pero sabía por qué había respondido de esa manera. Porque había sido transportada a un lugar que ni siquiera sabía que existía… un lugar exquisito y extático de asombro, magia y misterio, una revelación tan intensa que la había transformado.

Y la persona que la había llevado hasta allí, paso a paso, había sido Diego Sáez.

Había quedado maravillada al ver su cuerpo fuerte salir de la capa oscura del traje.

El cuerpo de Geoffrey era delgado, casi juvenil. No había nada juvenil en el cuerpo de Diego Sáez. Hombros anchos, pecho poderoso, músculos suaves y resplandecientes. Había querido pasar las manos por ellos, sentir su fuerza, su poder. Había alzado los brazos hacia él, tocando casi con miedo el contorno de los hombros, de los brazos.

Él había descendido sobre ella con todo su peso, provocándole un jadeo, que luego se convirtió en gemido, en placer penetrante, cuando bajó la cabeza para succionarla.

A partir de ese momento, había estado absolutamente perdida en una marea tan fuerte e irresistible, que no había podido hacer nada salvo dejarse arrastrar por la vorágine de sensaciones. Ninguna parte de su cuerpo le había guardado algún secreto. El había explorado, acariciado, poseído cada parte. Y ella había yacido debajo, impotente, arrastrada por lo que le hacía. El tiempo había perdido sentido. La realidad se había evaporado. Lo único real había sido su cuerpo… y lo que él le hacía.

Había sido una revelación. Un milagro. Jamás había sabido que podría sentir de esa manera, semejante apetito, semejante maravilla… ese jadeante placer. Su cuerpo había dejado de pertenecerle. Había sido de él, totalmente de él, del hombre que la había consumido, poseído.

Y ella misma se había entregado a él sin contención, sin cautela… con un ardor anhelante que había extraído de ella con cada caricia, cada contacto experto y excitante, hasta convertirla en una malla de

sensaciones.

Y cuando la hubo poseído plena, poderosamente, entrando en ella con todo ese poderío, se había quedado boquiabierta por el asombro y el placer que estalló una y otra vez en su interior.

Pero eso no fue nada comparado con lo que había llegado a sentir, embate tras imperioso embate, cuando la empujó de forma inexorable e implacable hasta la máxima cumbre. Y luego, como surgido de la nada, ya que había desconocido que su cuerpo fuera capaz de ello, se había convulsionado alrededor de él, gritando mientras una marea de éxtasis la tragaba en oleada tras oleada de demoledor placer.

Había continuado como si no fuera a parar nunca, como si se encontrara en una fusión completa de interminable felicidad.

Había gritado su nombre, abandonada al deseo, lo había rodeado con los brazos porque no quería soltarlo jamás, jamás...

Y luego, al descender del éxtasis, con la visión borrosa, lo había mirado jadeante.

Y él la había estado mirando, con sorpresa en la expresión.

Portia había extendido una mano temblorosa para apoyarla en su mejilla.

—Diego...

La voz había sido un susurro, una última caricia.

El se había quedado un momento más, y entonces, de repente, como si le hubieran disparado, se había liberado y puesto de pie.

Había ido al cuarto de baño, pero al llegar a la puerta se había detenido para girar y observarla con expresión indiferente.

—Usa el otro cuarto de baño, Portia. Y luego vístete. Debes estar lista en quince minutos... no me hagas esperar.

Y había cerrado la puerta.

Y en ese momento espantoso, había comprendido con brutal claridad por qué siempre había huido de Diego Sáez.

La vergüenza de su propia e imperdonable necedad la había quemado.

Esa sensación seguía con ella en ese instante, sentada en silencio y tensa en la primera clase del avión.

Y por su mente no paraba de rebotar la misma pregunta:

« ¿Cómo... cómo he podido responder así con él?».

Para ella, la experiencia había sido maravillosa, mágica. Una revelación tan exquisita, que la había consumido.

Para Diego Sáez no había sido más que un revolcón rápido con una mujer a la que había chantajeado para llevarse a la cama.

Y al terminar, la había dejado. Hasta la próxima vez que deseara sexo. Sintió un nudo en la garganta. Al regresar al salón de la suite, duchada y vestida, con el pelo recogido otra vez, había exhibido una armadura como frágil defensa.

Él había estado de pie junto a la mesa, vestido con un traje impecable, recién afeitado. Cerraba el ordenador portátil con movimientos veloces y precisos.

—Pararemos por tu casa de camino. Puedes recoger el neceser y el pasaporte. No tardes. El vuelo no esperará.

Lo miró fijamente.

—¿Vuelo? No... No entiendo.

La boca de él se había puesto tensa.

—Vas a Singapur conmigo.

—¿Singapur? Pero... pero... yo...

Fue a la puerta y la abrió, esperando que ella la atravesara.

Portia respiró hondo.

—Tengo un trabajo —protestó con tono seco—. ¡No puedo irme... así como así a Singapur!

—Te vas de tu trabajo siempre que quieres —repuso con indiferencia—. Ginebra, Yorkshire, Estados Unidos.

—¡Pero eso es por trabajo!

—¿Y cuando te marchas a Saltón?

—De vacaciones —se justificó.

El rostro de él estaba más cerrado que un libro.

—Reclama algunas ahora.

—Pero...

Alzó una mano.

—Portia. Ahórranos el debate. Soy un hombre ocupado. Tengo más cosas que hacer en la vida que rescatar bancos privados de tercera a cambio de favores sexuales.

Se puso blanca como la tiza.

Durante una fracción de segundo, algo cambió en los ojos de él, pero ella no lo vio.

—Me voy a Singapur esta noche, Portia. Vienes conmigo... no vienes conmigo. Tú eliges.

La voz sonó monótona. El rostro inexpresivo.

Igual que ella al seguirlo fuera de la suite.

¿Elección? La palabra era una burla. No tenía elección alguna. Si se alejaba de él en ese momento, ¿seguiría con su plan de salvar Loring Lanchester? ¿O Tom perdería Saltón y todo lo que significaba algo para él?

No, no tenía ninguna elección.

El avión aterrizó a última hora de la tarde del día siguiente en el Aeropuerto de Changi. Cuando la limusina con chófer se detuvo delante del hotel de lujo, la noche tropical ya había caído a su alrededor, atravesada por el fulgor enjoyado de las luces de la ciudad.

Al entrar en el hotel, agradeció que el vestíbulo con aire acondicionado le permitiera dejar atrás el calor y la humedad.

Se sentía aturdida y desorientada. Su reloj biológico se encontraba completamente fuera de lugar. Pero incluso sin la diferencia horaria habría sentido lo mismo.

Diego despidió al botones de la amplia y lujosa suite y la miró.

Estaba pálida como un fantasma. Tensó la boca.

—Ve a echarte un rato antes de que te desmayes. Su voz sonó más brusca de lo que había querido. Ella pareció titilar levemente, como una vela antes de apagarse; luego se recobró y miró alrededor, claramente preguntándose en qué dirección ir.

—Ocupa la segunda habitación. Duerme un poco. Vio que se ponía tensa y el gesto lo irritó. Al pasar a su lado en dirección a la puerta que le había indicado, la agarró por el brazo. Se quedó completamente rígida. Se acercó a ella.

—No empieces, Portia, lo que no estás preparada para acabar —musitó, y la dejó ir.

Luego, bruscamente, se volvió y salió a la terraza. Al salir del interior con aire acondicionado, el calor lo envolvió como una manta ardiente. Cerró las manos sobre la superficie caliente de la balaustrada. Clavó la vista en la noche tropical.

Portia. Su piel blanca, sus huesos finos y sus ojos grandes.

No quería pensar en ella ni en la puerta al pasado que creía cerrada para siempre y que ella había vuelto a abrir.

Se preguntó qué diablos había salido mal.

Era ajeno al ruido del tráfico que subía desde la calle.

Portia Lanchester había pensado que podría ofrecerle su cuerpo pálido y suave, ¡para luego levantarse de la cama sin haberse desarreglado ni un solo cabello!

Le había demostrado que no era así. ¡Cómo se lo había demostrado!

Había querido que le suplicara… y había conseguido su deseo. La había tenido debajo, el pelo suelto y caótico sobre la almohada, los ojos dilatados, emitiendo esos jadeos bajos, arqueándose hacia él.

Sintió que el cuerpo se le contraía ante ese recuerdo.

Y cuando tuvo el orgasmo…

Cristo… ¡había sido su primera vez! Tenía que haber sido así. La sorpresa en su cara había sido absoluta. Durante un fugaz segundo, lo había mirado con incredulidad, antes de que el orgasmo la sacudiera. Había gritado, un sonido agudo de angustia y éxtasis, y en ese instante, todo había ido aterradoramente mal.

Su propio cuerpo se había inundado con ella.

Respiró hondo sin apartar la vista de la oscuridad.

¿Cómo había podido suceder?

Había perdido por completo el control. Había sido incapaz de detener ese oleaje súbito e imparable de su cuerpo. La necesidad total

y absoluta de llenarla.

De ser uno con ella.

Se apartó de la barandilla y regresó dentro.

Una sonrisa burlona separó sus labios. Sabía exactamente para qué la había llevado a Singapur. Portia Lanchester se había vendido a él y a él aún le apetecía comprar lo que ofrecía.

Y la próxima vez que la tomara, sería con un control total y absoluto.

El sol estaba alto cuando despertó. Durante media hora permaneció allí, reacia a levantarse de la cama para no encontrarse con Diego Sáez en la suite. Pero al final comprendió que no podía ocultarse eternamente.

Vestirse le resultó sencillo. Había logrado guardar un vestido de verano y un cambio de muda de su casa, y después de ducharse, se los puso.

Con el corazón en un puño, fue al salón.

Estaba desierto.

Recogió el bolso y salió.

Había una cafetería en el vestíbulo. Se sentó allí un rato, con un café con leche y un bollo que apenas tocó.

Sobre ella había vuelto a caer una sensación de entumecimiento. No sentía nada.

Era el único modo de sobrevivir a eso. Lo sabía. Y cuando no estuviera en la cama de Diego Sáez, debería mantener esa frágil armadura a su alrededor con el fin de que el resto del mundo quedara lejos de ella.

Pagó el desayuno con la tarjeta de crédito y regresó al vestíbulo. Más allá de las puertas giratorias, vio un sol ardiente. Quizá lo mejor era quedarse en el hotel.

¿Y hacer qué?

Supuso que debía de haber una piscina. Fue a la recepción a preguntar. El sonriente recepcionista también le indicó la galería con boutiques que había junto a los ascensores. Con la ayuda de la tarjeta de crédito, se compró un bañador. No era de su estilo habitual, pero llevaba un pareo tenue con motivos dorados y turquesas a juego.

Incluso a través de la sombra de una gruesa sombrilla, Portia podía sentir el sol en la espalda. Iba a necesitar refrescarse otra vez en la piscina, aunque en ese momento se hallaba demasiado cansada para moverse. Pero se debía más a un cansancio espiritual que físico.

Se levantó de la tumbona, sintiéndose mareada y desorientada. Al quedar bajo el sol, el calor la golpeó otra vez como una conflagración. Después de otro baño en la piscina, iba a tener que entrar... se sentía débil por el calor.

El frescor del agua se cerró sobre ella como una bendición. Suspiró

de placer. Había poca gente, apenas unas mujeres. Metió la cabeza bajo el agua y dejó que el cabello se extendiera como el de una sirena mientras flotaba boca arriba con las extremidades abiertas.

« ¿Qué hago aquí?».

Estaba allí porque Diego Sáez quería que estuviera.

Al salir de la piscina y secarse con una de las toallas que suministraba el hotel, experimentó otra vez la necesidad de regresar al interior con aire acondicionado. Se ajustó el pareo alrededor del bañador aún mojado y fue dentro.

Al abrir la suite con la llave que le habían dado en la recepción cuando la solicitó, se frenó en seco. Diego estaba ahí.

Se hallaba sentado en uno de los sofás, con las piernas extendidas, el mando a distancia en una mano mientras miraba los precios de las acciones titilar en la enorme televisión plana de la suite. Alzó la vista.

Algo se movió en sus ojos profundos cuando estudió el cuerpo apenas vestido y húmedo. Ella permaneció quieta, incapaz de hablar. Había dado por hecho que estaría fuera todo el día por cuestión de negocios. Pero volvía a equivocarse. —¿Has dormido bien? —preguntó él con tono seco. Tragó saliva y asintió con gesto casi imperceptible.

De pronto le pareció que el corazón se le había hecho demasiado grande y la ahogaba. Sintió la piel helada, a pesar del aire acondicionado de la habitación. —¿Te sientes descansada?

Volvió a asentir y sintió que el pánico le recorría las venas.

Él se puso de pie con un único movimiento fluido. Fue hacia ella.

Portia se sintió como un cervatillo acorralado. Diego extendió una mano. Ella se puso tensa. Él tocó la tela tenue del pareo.

—Muy bonito. ¿Has estado de compras aparte de disfrutar de la piscina?

Portia negó con un gesto de la cabeza. Él dejó caer la mano.

—Entonces, será mejor que salgas esta tarde. Vas a necesitar ropa para tu estancia aquí. En especial de cóctel. Hay una recepción esta noche. Compra lo que consideres apropiado. ¿Conoces Singapur?

Otra vez negó con la cabeza.

—Bueno, simplemente menciona tus diseñadores favoritos en la conserjería y le darán las directrices a la limusina para que te lleve hasta las boutiques. Es evidente que todas tus compras me las cargarás a mí. ¿Quieres un guía personal?

En esa ocasión ella logró contestar.

—No... no, gracias.

Él asintió. En ese instante fruncía el ceño.

—¿Has traído alguna joya?

Por un momento, Portia se preguntó si se trataba de un sarcasmo, pero Diego siguió hablando.

—Entonces, asegúrate de comprar un vestido que haga juego con los diamantes.

Las palabras brotaron de su boca.

—¡No vas a comprarme joyas!

Él esbozó una sonrisa desdeñosa.

—No necesito hacerlo, Portia. Ya te he comprado a *ti*. Y al banco de la familia, por supuesto… y también la casa señorial incluida en el paquete. Tú te vendiste a mí, ¿lo recuerdas? Hablando de lo cual…

Alargó la mano y le soltó el pareo.

Los ojos oscuros la recorrieron. Ella se sintió como si estuviera desnuda. El traje de baño mojado perfilaba cada curva de su cuerpo, ciñéndose a los pechos, al estómago, perfilándole el pubis entre las caderas de corte muy alto.

—Qué pena —musitó él—. Tengo una cita con un ministro del gobierno en cuarenta minutos —dio media vuelta y regresó delante de la pantalla del televisor—. Cómprate algo… interesante… para ponerte esta noche.

Portia fue a refugiarse al santuario de su habitación.

Capítulo 9

CUANDO Portia salió de la limusina, el calor del trópico fue como un golpe después del aire acondicionado del coche. Alzó levemente el vestido para facilitar el breve trayecto hasta la casa. A su lado, un Diego Sáez con esmoquin le seguía el paso.

La velada pasó como un espejismo. Casi todos los presentes eran de Singapur, aunque había un amplio abanico de nacionalidades, desde europeos hasta africanos. Agradeció que nadie estuviera interesado en ella y que sólo desearan hablar con él.

Con cada momento que pasaba, la tensión en su interior iba en aumento. Continuamente era consciente de la presencia oscura a su lado, temiendo el momento en que regresaran a la suite.

«No, no pienses. No pienses en eso. No pienses en nada».

Bebió otro sorbo de champán.

De regreso al hotel, Portia se apoyó en el rincón del asiento de atrás y clavó la vista en el cristal ahumado. A pesar de la hora, Singapur seguía despierta. La gente atestaba las calles anchas y limpias, los turistas sobresaliendo con sus pantalones cortos y las cámaras de fotos colgando del cuello.

Los miró con expresión desapasionada.

Sabía que había bebido demasiado champán. Fluía por sus venas como una manta aislante para sus nervios tensos.

Pero necesitaba algo que la protegiera del vía crucis que la esperaba.

Diego Sáez querría volver a llevarla a la cama.

Y cuando lo hiciera, no sería capaz de impedir que su cuerpo respondiera a él, que se encendiera con el fuego que encendía en ella.

Y sabía que sería un tormento insoportable. Pero debería soportarlo. Eso era lo peor. «¡No pienses! No pienses».

Siguió contemplando la noche a través de la ventanilla.

Cuando entraron en el hotel, todo pareció muy lejano. Irreal.

Envuelta en la bruma del champán, entró en la suite y se detuvo. ¿Qué quería Diego que hiciera? ¿Ir a su habitación? ¿A la de él?

Se quedó quieta, a la espera de instrucciones. La habitación parecía entrar y salir de la realidad.

—¿Portia?

La voz de él pareció llegar desde muy lejos. Giró para mirarlo y el salón giró con ella.

Pudo ver que la observaba, ceñudo.

—¿Cuánto has bebido?

Pensó que era alto, y esos ojos que la escudriñaban hacían que se

sintiera débil. Tenía una boca sensual. Quiso pasar las manos por ese torso poderoso y ancho. Sentir los músculos duros. Pegarse a él.

La debilidad cayó sobre ella como una ola gigante.

Bebió de él.

Sabía que lo que sentía era puro deseo. Una emoción que nunca antes había experimentado.

Hasta conocer a Diego Sáez.

Y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Salvo entregarse a ese deseo, desprenderse de la armadura frágil con la que había tratado de cubrirse todo el día y darse a la llama que él, sólo él, era capaz de encender en su interior.

Para poder arder.

No importaba que fuera a pagar un precio más terrible del que aún podía imaginar.

Lentamente, con andar inseguro, caminó hacia Diego. Todo su ser se centraba en él. Ya no existía nada más.

Él estaba inmóvil. Había tensión en cada línea de su cuerpo. Su rostro era como piedra.

Portia esbozó una sonrisa lenta y sensual.

—Lo suficiente —murmuró, le rodeó el cuello y le bajó la boca a la suya.

Era terciopelo y seda. La caída suave de su cabello suelto era un abanico pálido sobre la almohada. Los pechos pequeños y erguidos estaban coronados con coral y su piel blanca era como perlas sonrojadas por el deseo opalescente. Alrededor de su cuello, el collar de diamantes ardía con un fuego azul a la luz de la lámpara.

En el suelo, en un estanque de zafiro, yacía el vestido. Cerca, las ropas de él, descartadas con urgencia.

Le acarició el pelo y volvió a probar su boca, acarició la suavidad de sus pechos, los costados tiernos, las columnas esbeltas de sus muslos. Se arqueó como un arco. Situó el cuerpo encima de ella, le separó los muslos y tanteó su rocío mientras oía los gemidos que emitía.

Quería llenarla, hundirse hondo en ella, poseerla y abrirle el cuerpo y dejarla sin defensas. Le acarició el pelo una última vez, le sujetó las muñecas por encima de la cabeza mientras la penetraba despacio y le miraba la cara. En esa ocasión ella tenía los ojos abiertos, sin negarle nada... entregándole todo.

Su control era absoluto. Esa vez él establecería el ritmo, la tomaría y la disfrutaría, la observaría inundarse por él, impotente debajo de él, palpitando para él, en una vulnerabilidad suprema.

Estalló de placer. Lo vio claramente. Vio el sofoco del orgasmo enrojecerle los pechos, subir hasta su garganta, extenderse hasta las mejillas. Un grito silencioso se elevó hasta sus labios,

entreabriéndoselos.

El triunfo invadió a Diego.

Más que triunfo.

Pero con una sensación de fría e incrédula sorpresa, comprendió que también él estaba a punto de alcanzar el climax.

No pudo detenerse. Subió por él… poderoso, implacable con su propia necesidad, su propia urgencia de satisfacción inmediata.

Logró el orgasmo con una única embestida, llenándola. La liberación fue exquisita, y durante unos segundos eternos, no existió nada más. Pero con la misma velocidad con la que surgió, se desvaneció.

La extenuación se apoderó de él, y la saciedad… y algo más que no pudo reconocer.

No le importó.

El corazón le martilleaba y respiró hondo, aliviado. Con un alivio, una liberación, como nunca antes había conocido.

Durante unos segundos más, se mantuvo sobre ella. Luego, con un movimiento veloz, se separó. No la miró.

Por algún motivo, algo que no se reconocía a sí mismo, no quería mirarla. No quería ver la expresión de sus ojos.

Se levantó de la cama y fue al cuarto de baño.

—El día es tuyo. Yo voy a tener reuniones hasta la noche. ¿Qué harás? ¿Más compras? —preguntó con voz seca.

—¿Por qué no? —repuso con voz impertérrita.

Indiferente.

Había vuelto a ponerse la armadura. Mantenía al mundo lejos y a ella anestesiada.

Desayunaban a la mesa junto a la ventana. Portia casi jugaba con un trozo de papaya. Diego se terminaba unos huevos revueltos. Parecía comer con apetito.

Pero era un hombre grande. Alto, ancho. Necesitaba alimentarse.

«No pienses en su cuerpo… en lo que le hace al tuyo…».

Eso era para la noche, cuando ya no tenía armadura. Cuando su cuerpo desnudo revelaba su dolorosa vulnerabilidad.

Y él se aprovechaba al máximo.

Apartó el plato.

—¿Por qué no comes?

—No tengo hambre —se sirvió un poco de café.

Algo centelleó fugazmente en los ojos de él. Pareció enfado, y ella se preguntó por qué.

La observó. No tenía hambre. Apretó los labios. Ella jamás había sentido hambre en la vida. Seguro que desconocía el significado de la palabra.

Él no.

Él sabía lo que era el hambre. Era como una alimaña carcomiéndole las entrañas.

Desterró el recuerdo. Nunca más volvería a sentir hambre… no a menos que él así lo eligiera.

Comió el último bocado de huevos y se reclinó. Debería sentirse relajado, pero no lo estaba. El sexo siempre lo relajaba. Y la noche anterior había tenido un montón de sexo. Y más hacía un rato, apenas levantarse.

Pero no estaba relajado.

Volvió a observarla. Al llevarse la taza a los labios, los pliegues del kimono verde que se había puesto se abrieron un poco, perfilándole los pechos a cada lado del escote profundo.

A pesar de estar satisfecho, sintió que el cuerpo se le agitaba un poco.

No, no había tenido suficiente de ella.

Con brusquedad, se puso de pie. Fuera lo que fuera que pudiera sentirse inclinado a hacer, debía ponerse en marcha. Ese día iba a estar muy ocupado por el trabajo.

De repente, el día que lo esperaba le pareció muy largo. Y tedioso. Quería que se hubiera acabado.

Por lo general, disfrutaba incrementando su riqueza, aprovechando oportunidades nuevas y exprimiendo las ya existentes. Y en el Lejano Oriente había mucho de ambas. El dinero que se podía ganar en el Pacífico Asiático era descomunal.

Le gustaba la actitud que se tenía hacia el dinero en esa zona. Era abierta y honesta. Esas economías florecientes querían dinero… y estaban preparadas para dejarse la piel por conseguirlo.

Como había hecho él.

Pero no todo el mundo trabajaba para obtenerlo.

Miró la cabeza rubia, un poco inclinada para beber café.

Portia Lanchester consideraba que podría seguir siendo rica ofreciéndole su cuerpo. Aunque ello significara mancharse sus manos impolutas con él.

Esbozó una sonrisa dura.

Ya no se mostraba tan remilgada con él. No, temblaba de placer en sus brazos, el cuerpo le latía con fuerza, incapaz de contener la reacción ante lo que le hacía.

La sonrisa se incrementó y en sus ojos se reflejó un brillo oscuro.

Lograr que experimentara placer con lo que le ofrecía era su placer propio y particular.

Y sacudirla con sus exigencias… también aumentaba el placer.

Había realizado muchas demandas por la noche.

Y esa noche habría aún más.

Pero primero debía atravesar el día.

Se extendía ante él de forma interminable.

Se sentía suspendida en el tiempo. Una mosca atrapada en ámbar. El tiempo se movía, pero ella no.

Le dolía el cuerpo, como si se hubiera ejercitado demasiado.

Por la tarde fue de compras, de una tienda a otra de Orchard Street. Compró algunas cosas... unos artículos de tocador, algo de ropa interior, más prendas de vestir, unas revistas y unos libros. No sabía cuánto tiempo iba a quedarse Diego en Singapur, ni adonde iría después.

Ni el tiempo que la retendría a su lado.

Sólo sabía que había realizado una elección y que de dicha elección no había marcha atrás.

Debería llegar hasta el amargo final.

Sin importar el precio que pagara.

Diego se reclinó en la cama. En la mano sostenía una copa de whisky y la sábana lo cubría sólo hasta las caderas. La cabeza de Portia reposaba sobre su regazo, con el fino y sedoso cabello extendido sobre la curva de su muslo, el cuerpo estirado sobre la amplia cama. Aunque se sentía exhausto, la presión de la cabeza de ella sobre su ingle era levemente placentera.

Con lentitud, le acarició el pelo.

Bebió un sorbo de whisky.

Se sentía... a gusto.

Esa vez había sido la mejor.

Lo era porque en esa ocasión había mantenido el control en todo momento. No se había repetido la caída en el abismo con el primer orgasmo de ella.

Había tenido que adoptar varios métodos para mantener el control, pero habían dado sus frutos.

Entre ellos, la satisfacción de ver hasta dónde podía extenderse el repertorio sexual de Portia Lanchester.

Y no cabía duda de que estaba aprendiendo lo infinitos que podían ser los placeres de la carne.

Esa noche le había enseñado el placer que podía experimentar sin que llegara a poseerla.

Al principio se había mostrado renuente, dando la impresión de que esperaba que él tuviera su propia liberación, pero no había tardado en eliminar esa barrera. Pasó poco tiempo hasta que empezó a emitir esos gemidos bajos que tanto le gustaba oír. Se había echado al lado de ella, apoyado en un codo y disfrutado del modo en que los pezones se habían puesto como cerezas rojas y maduras. Al principio los había acariciado y frotado con suavidad, hasta convertirlos en dos bolas inflamadas.

Luego, había dejado que la mano bajara para enredarse un rato

con los rizos compactos de la «V» apretada de sus muslos, hasta que con otro gemido, los había relajado y ofrecido acceso. Y allí, caricia a caricia, la había hecho palpitar y estar lista.

En la excitación, ella le había suplicado, había jadeado su nombre como nunca antes, con las manos cerradas sobre la sábana, concentrada en las sensaciones que le recorrían el cuerpo. Pero él no había hecho caso a esas súplicas y había continuado con su tarea, bajando de vez en cuando la cabeza para succionar uno u otro pecho, manteniendo los dos en el punto exacto de madurez.

Había sentido cómo la presión ascendía en su propio cuerpo. Pero había resistido el deseo de saciar su apetito, dejando que sus dedos, no su cuerpo, la excitaran, a veces deteniéndose adrede, para que los ojos cerrados se abrieran, con angustia en las profundidades, hasta que reía suavemente y continuaba. Y Portia volvía a entregarse al placer de las caricias.

Sólo al final, cuando el dedo índice estuvo preparado sobre la palpitante protuberancia de la carne delicada y excitada, se había detenido una última vez.

Se había inclinado para darle un beso lánguido en la boca.

—Dime, Portia, ¿quieres que pare?

La expresión de ella había valido por todas las palabras de desdén y desprecio que le había lanzado alguna vez.

No había podido hablar. Sólo había emitido un gemido bajo y agónico y alzado aún más las caderas para tratar de recuperar su contacto.

—¿Y bien?

Un susurro, nada más. Había tenido que esforzarse en oírla. Pero había bastado.

—Por favor… Diego…

Había vuelto a sonreír.

—Es un placer, Portia. O, más bien, el tuyo…

El dedo había bajado hacia ella, vibrando, y la había observado verterse, con la ola del orgasmo fluyendo de ese punto extremadamente sensible de su ser.

Y le había llevado mucho, mucho rato descender. Él se había encargado de eso.

Y entonces, sólo entonces, se había puesto un preservativo y buscado su propio placer.

En ese momento yacía relajado, acariciándole todavía el pelo. La segunda vez, unos momentos atrás, había sido aún más placentera… y también la había aturdido aún más.

Hasta que Portia se había entregado, y experimentado así, no le cabía duda, un banquete sensual inigualable.

Deslizó los dedos por la delicada línea de su cuello y la sintió

moverse ínfimamente en respuesta. El movimiento alteró la presión en la ingle y notó que empezaba a tensarse.

Después de darse el banquete con ella, le había proporcionado orgasmos sucesivos de la forma tradicional... y a sí mismo. Pero en ese momento... Movió las caderas una fracción y la erección se le aceleró. En ese momento tenía ganas de recibir lo que le había dado.

Dejó el whisky. Le acarició el pelo una vez más, luego le acunó la cabeza con ambas manos y se la giró con delicadeza hacia dentro. Ella se resistió un segundo, como si no supiera lo que hacía, o por qué lo hacía. Luego, cuando Diego le murmuró unas palabras y al mismo tiempo apartó la sábana, pareció comprender cuál era su intención. Se incorporó un poco para apoyar el peso sobre los muslos desnudos de él y volvió a bajar la cabeza.

Diego suspiró con placer y se relajó aún más.

El cabello de Portia cayó como un velo a su alrededor. Los labios eran como terciopelo.

—¿Te he preguntado si estabas enferma?

En su voz había un tono de intimidación.

Portia se dio la vuelta.

Se hallaban de vuelta en la suite. Sin contestar, cruzó hasta el bar y abrió el armario de hermosa marquetería contemporánea. Sacó una botella de ginebra y una lata de tónica, luego abrió la puerta de la nevera y extrajo dos cubitos de hielo que echó en una copa. El hielo crepitó al verterle la ginebra, mientras la tónica siseaba y burbujeaba.

—¡Respóndeme!

Bebió un sorbo de la copa, vio que la mano le temblaba un poco y giró hacia él. La extraña y creciente presión que había anidado en su interior en el restaurante había desaparecido. Se había desvanecido justo cuando salieron del ascensor.

Algo distinto había ocupado su lugar.

—Claro que no estoy enferma —contestó.

—Entonces, ¿qué diablos te pasa?

Lo miró. La pregunta resultaba tan increíble, que sólo atinó a mirarlo fijamente.

—Portia...

Había una nota rara en su voz. Ella guardó silencio.

—¿Eres tan incapaz de hablar? —preguntó con voz áspera.

Salida de alguna parte que desconocía, la armadura volvió a cubrirla.

—¿Qué quieres que diga?

—¿Qué hiciste hoy? ¿Adonde fuiste?

La intrigó que lo preguntara. ¿Qué le importaba lo que hacía durante el día? Ella sólo existía por la noche. En su cama.

De todos modos, contestó.

—Fui a Sentosa.
—¿Sentosa? —pareció atónito.
—Es el complejo turístico que hay en una isla al sur de Singapur —explicó con indiferencia—. Se llega por teleférico desde el Monte Faber.
—¡Sé dónde está! ¿Para qué fuiste allí?
Parecía controlar su voz.
—Para alejarme.
Él entrecerró los ojos.
—¿De qué?
«De ti. De esto. Para recuperar, aunque sólo fuera por unas horas, mi cordura».
Guardó silencio. Era lo único que le quedaba.
Bebió otro trago de la copa y lo miró.
Experimentó una sacudida que no tuvo nada que ver con la ginebra.
Y todo con la impotente y vergonzosa adicción a él.
Lo deseaba.
Deseaba sentir su cuerpo, duro y exigente, contra ella.
Deseaba que la desnudara y la tirara sobre la cama.
Que la poseyera.
Bebió otro trago de gin tonic y permitió que sus ojos recorrieran la figura alta y poderosa.
El rostro de él se ensombreció. Se acercó a ella y cerró las manos en torno a sus brazos.
Portia experimentó una descarga de excitación sexual. Ésa que desataba en ella noche tras noche, que jamás había sabido que existía, que nunca volvería a existir en cuanto terminara con ella.
Le quitó la copa y la depositó sobre la barra. En ningún momento dejó de mirarla. Algo se encendió en el fondo de sus ojos.
—No te quiero borracha. Quiero que estés muy, muy sobria...
La pegó a él y bajó la cabeza, liberándole el pelo con una mano.
Y ella estuvo perdida y fue succionada al corazón del remolino que la vaciaba de todo. Salvo de la necesidad absorbente de saciarse con él. Y de saciarlo con su cuerpo desnudo y en llamas.
—Necesito hablar contigo.
La voz de Portia fue tajante.
Diego alzó la vista del periódico que leía sentado a la mesa del desayuno.
La cara de ella se veía inexpresiva. Aunque siempre estaba así.
Salvo en la cama. Entonces, y sólo entonces, esa máscara de indiferencia se desprendía de ella. Cuando la acariciaba, cuando la poseía, su rostro mostraba todo lo que él le producía. Era incapaz de ocultarle esa reacción.

La miró.

—Habla, entonces —frunció el ceño. Su rostro parecía casi demacrado. Los pómulos le sobresalían y la boca exhibía una expresión lúgubre.

Había perdido peso.

Se la veía más delgada, aunque tampoco lo sorprendía. En la semana que llevaban allí, había comido como un pájaro.

Y ya empezaba a notarse.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Singapur?

La pregunta fue fría, con esa misma indiferencia que siempre lo crispaba.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Crees que ya me he cansado de ti?

—En este momento, tengo tomadas unas vacaciones no programadas en mi trabajo. Necesito saber cuánto tiempo más he de solicitar.

Él dejó el periódico.

—Dime, Portia, ¿y si te niegan los días que solicites? ¿Qué harías, entonces?

Ella ni se inmutó.

—Me tomaría unas vacaciones no pagadas. Si es necesario, dimitiría con efecto inmediato. ¿Por qué lo preguntas?

—Para estar seguro de que entiendes los términos y las condiciones de tu presencia aquí. Estás conmigo hasta que yo diga lo contrario. ¿Lo comprendes?

Durante un largo momento, lo miró en silencio. En sus ojos no había nada.

—Tú empezaste esto, Portia —musitó—. Y te prometo que yo lo acabaré.

Kuala Lumpur, Manila, Taipei. Los hoteles más prestigiosos, las suites más lujosas. Días para ella, para realizar los recorridos turísticos, recorrer las galerías comerciales, dormir junto a la piscina. Desconectar su mente.

Aguantar.

Y esperar.

Esperar la llegada de la noche. No las cenas formales o las veladas de negocios a las que asistía con Diego, intentando no mirar en dirección a la figura alta y oscura del hombre cuya presencia era siempre consciente. No, no era eso lo que esperaba.

Era la medianoche. Esas horas en las que al fin podía saciar la adicción que tenía a Diego Sáez de lo que le hacía, lo que le permitía hacerle, lo que sentía en sus brazos, en su cama. Adicta a su contacto, a su posesión.

Era una fiebre en su sangre, en su cuerpo.

Y la estaba consumiendo.

Hasta la médula.

Porque, como todo adicto, sabía con desesperación espantosa que había un veneno que la estaba destruyendo.

Pero no tenía elección. Ninguna.

Salvo soportar lo que le hacía.

Manila, Jakarta, Hong Kong.

Se castigaba a sí mismo a un ritmo de castigo. Algo lo impulsaba. Hacía negocios a una velocidad implacable, ocupando cada minuto del día.

Corriendo para llegar a la noche.

Cuando podía volver a tener a Portia.

A solas, sin que esbozara esa sonrisa distante y educada de las reuniones.

Hizo una mueca. ¿Fría?

No cuando la tenía debajo de su cuerpo, acalorada por el orgasmo que la sacudía. No cuando se enroscaba alrededor de él, febril por el deseo.

Entonces... entonces su sangre era caliente...

Ésa era la Portia que quería... la que conseguía en la amplia oscuridad de la noche, cuando le pertenecía sólo a él. Cuando sólo se entregaba a él. Cuando se daba un banquete con ella como un hombre famélico.

Que jamás podía llegar a hartarse de ella.

La deseaba más con cada día que pasaba. Era un apetito que no podía saciarse, que crecía imparable.

Que lo consumía.

Lo devoraba.

La boca se le retorció en una sonrisa salvaje y burlona.

¿Cómo había llegado a eso?

¿Cómo lo había reducido a eso Portia Lanchester?

No lo sabía... sólo sabía que pronto, muy pronto, debería encontrar la fuerza para terminar con ella, separarla de su vida.

Quedar libre de ella.

Antes de que fuera demasiado tarde.

Portia se hallaba apoyada en la balaustrada de la terraza de una suite en un famoso hotel de Kowloon. Estaba nublado. Se preguntó qué haría ese día. Ya llevaba tres días de excursión. No le quedaba mucho por ver de Hong Kong.

El cristal se abrió detrás de ella.

—¿Portia?

La voz de Diego fue brusca. Ya se había acostumbrado a eso.

Pero al volverse y verlo allí de pie, mirándola, sintió, como siempre, la misma oleada de añoranza.

Durante un momento, los ojos de él reflejaron el mismo apetito.

Pero entonces desapareció, desterrado por la expresión familiar y reservada.

—¿Sí? —preguntó. Su voz se había ocultado detrás de la indiferencia firme que siempre empleaba cuando hablaba con él.

Él tardó un par de segundos en hablar.

Con cierta sorpresa, Portia pensó que se lo veía cansado. Aunque recién afeitado, y con el aspecto espléndido de siempre con un traje a medida y una camisa blanca resplandeciente en marcado contraste con su bronceado, el rostro parecía tenso.

Durante un instante tan breve que le pareció inexistente, sintió el impulso de ir hacia él y abrazarlo para protegerlo.

—Me voy a Shanghai unos días.

La sequedad de su voz la devolvió a la realidad.

Lo miró con rostro inexpresivo.

«Shanghai», pensó. No era precisamente un punto de gran valor turístico, sólo un escaparate industrial y financiero para la nueva economía china en expansión.

—Tú puedes regresar a Londres.

Sus palabras cayeron en el aire.

Ella no dejó de mirarlo fijamente, con expresión inmutable.

—¿Me has oído, Portia?

—Sí.

La voz sonó muy lejana.

—Tienes un billete reservado. Un coche te llevará al aeropuerto.

Ella sólo fue capaz de seguir mirándolo.

Él apretó los labios.

—Portia...

El nombre flotó en el aire y entonces, sin decir una palabra más, cerró la puerta de cristal y volvió al interior.

Ella continuó en la terraza, inmóvil. No podía ver más allá del cristal ahumado. Él había desaparecido de vista.

Durante largo, largo rato, permaneció allí.

Cuando al fin alzó la mano de la balaustrada para abrir la puerta y entrar, descubrió que le temblaba.

Capítulo 10

SU APARTAMENTO estaba tal como lo había dejado. Sin embargo, ella había cambiado por completo. Era una persona diferente.

Al dejar la maleta en el dormitorio, se vio en el espejo del tocador. Apartó la vista lo más rápidamente posible, pero no antes de haber visto el reflejo flaco y demacrado.

Giró y miró a su alrededor.

No sabía qué hacer.

Su mente parecía no funcionar. Seguía envuelta en la misma manta embotadora que la había rodeado desde que había salido de la terraza de la suite de Hong Kong y se dio cuenta de que Diego se había ido.

En busca de algo que hacer, fue a la cocina, abrió el grifo y llenó la tetera.

Una taza de té. Eso era lo que tomaba la gente que volvía después de un viaje. Una taza de té.

Con un esfuerzo enorme, realizó los movimientos mecánicos de preparar la infusión y luego se llevó la taza al salón. Encendió la lámpara lateral y se dejó caer en el sofá. Se sentía tan cansada, que creía que nunca volvería a moverse.

Era casi la medianoche. El vuelo la había dejado en Heathrow poco después de las nueve.

Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Quería sentir algo. Cualquier cosa.

Pero a su alrededor sólo sentía ese manto de indiferencia.

Estaba en casa.

Después de un viaje que la había llevado más allá del otro lado del mundo. Un viaje del que no podía haber regreso.

Ya no era la persona que había sido.

Diego Sáez se había encargado de eso.

Cerró los dedos en la superficie caliente de la taza, deseando que la presión interior cesara.

Siguiendo un impulso, dejó el té en la mesilla y se puso de pie. Con pasos bruscos y urgentes, fue hacia la puerta y se dirigió al cuarto de baño. Se quitó la ropa, abrió la puerta de la ducha y entró.

El agua corrió por su cuerpo, fría al principio, luego templada y al final caliente. Agarró el jabón y comenzó a lavarse.

Pero no logró limpiarse.

Sonó el timbre.

Durante un instante, se quedó paralizada, con las manos sobre el teclado en medio de la difícil, imposible, carta que le estaba escribiendo a Hugh. Apartó la silla y salió al vestíbulo. Abrió la puerta al vestíbulo exterior que compartía con el apartamento que tenía su hermano arriba, y ahí estaba Tom, listo para volver a llamar.

—¡Portia! —entró—. ¿Dónde diablos has estado? ¿Has desaparecido de la faz de la Tierra?

Sonó exasperado y ansioso.

Estaba preparada para eso. Sabía que en algún momento Tom se daría cuenta de que se hallaba en casa e iría a verla. Aunque respetaban mucho el espacio personal de cada uno, no solía desvanecerse durante un período de tiempo tan largo sin dejar un mensaje en el buzón de voz.

—Me tomé unas vacaciones —indicó—. Fueron repentinas.

No lo miró, simplemente abrió el camino hacia el salón. Le resultaba duro verlo… muy duro.

Él la siguió.

—¿Unas vacaciones? —la miró fijamente—. Santo Dios, hermana, ¿has estado enferma? ¡Tienes un aspecto horrible! ¿Has pillado algún virus?

No le respondió.

—¿Te apetece un café? ¿O tienes prisa? —preguntó en su lugar.

Él movió la cabeza.

—Llamé a Hugh para preguntarle si él sabía algo más, y me dijo que lo único que había recibido era un mensaje, el mismo que me dejaste a mí. Y como a mí, también a última hora de la noche.

—Sí, bueno, como te he dicho, fueron repentinas.

Tom la miraba. Deseó que no lo hiciera. En sus ojos había preocupación, incertidumbre.

—Portia, ¿te encuentras bien?

Se puso tensa.

—Estoy bien —repuso de forma automática. La voz le sonó demasiado frágil. Toda ella se sentía frágil.

Pero funcionaba, eso era lo importante. Se había levantado esa mañana y había ido de compras para reabastecer la despensa. Era un día con una lluvia suave, muy inglés para el verano. Normal. De hecho, todo era normal. Las casas, las calles, el supermercado, los autobuses rojos, la gente con prisa.

Salvo que todo acontecía a través de una pared de cristal grueso, impenetrable, transparente.

También Tom se hallaba del otro lado de la pared. Podía verlo, pero se encontraba muy lejos.

O quizá era ella la que se encontraba muy lejos.

—No se te ve bien —afirmó sin rodeos—. Creo que deberías ir al médico… algunos virus en esos países extranjeros pueden ser desagradables. ¿Dónde has dicho que has estado? ¿En algún sitio del trópico? Ahí están los peores.

—Estoy bien —repitió. Luego, para conseguir que dejara de mirarla de esa manera, cambió de tema—: ¿Cómo van las cosas por

aquí?

Nada más preguntarlo, deseó no haberlo hecho.

—Bien —respondió él—. De hecho, jamás han estado mejor. La adquisición va en marcha y ya sólo se trata de papeleo. El hombre de Sáez es el que dirige el espectáculo... y yo estoy de permiso. Lo único que he de hacer es aparecer de vez en cuando, sólo por las apariencias... obviamente, sigo siendo el director, ¡pero, gracias a Dios, ya no tomo decisiones! El tío Martin está fuera... bastante enfadado, te lo aseguro. Me soltó un discurso acerca de los financieros extranjeros, de mi incompetencia e irresponsabilidad, y se largó. No me importa. No se queda en la pobreza y aún tiene muchos puestos de consejero donde poder jugar.

»¿Sabes? Me alegro de que Sáez se fijara en nosotros. Quizá Loring Lanchester no sea más que un trampolín para él... algo que le permita conseguir otra cosa —se encogió de hombros—. ¿Quién sabe? Yo ya estoy fuera y me siento increíblemente agradecido. A punto estuve de perder Saltón. Me faltó esto. De toda la situación, lo único que me importa es que Saltón no cayera. He tenido un respiro que no merezco, y por Dios, hermana, no pienso estropear otra vez las cosas. He logrado mantener Saltón y ahora sé que algún día lo heredará mi hijo.

Miró a su hermana con expresión tímida.

Portia experimentaba unas oleadas heladas por su cuerpo. «Un trampolín para conseguir otra cosa».

Loring Lanchester no era más que eso para Diego Sáez. Un trampolín para llevársela a la cama.

La enormidad del asunto la mareó.

—Sé que probablemente quieras volver de inmediato al trabajo, pero ¿por qué no te tomas unos días libres para ir a Saltón? La señora T te alimentará y...

—¡No! —la palabra salió como una bala de su boca—. Lo... lo siento, Tom, pero quiero estar sola. No... no puedo ir a Saltón.

Jamás podría volver a Saltón. Lo había salvado para Tom, para sus hijos, para su futuro con su esposa, pero el precio que había pagado significaba que ya nunca podría volver allí.

La invadió el pesar, enorme y negro. Pero sabía que se había exiliado de Saltón.

Se dio la vuelta. Quería que Tom se marchara.

La voz de su hermano le llegó desde muy, muy lejos.

—Sólo quiero estar sola, Tom —le dijo en voz baja, tensa—. Sólo quiero estar sola.

Pero eso no le aportó ningún consuelo. Fue mucho peor. Sola día y noche, tenía que enfrentarse a su demonio. El demonio que la atormentaba.

La culpabilidad.

Por haber entregado su cuerpo para salvar Saltón.

Por desear al hombre que lo había comprado.

Y, lo peor de todo, lo que le desgarraba las entrañas, por desearlo todavía...

Porque eso era lo peor, la culpabilidad última... que después de todo lo que le había hecho, aún lo deseaba.

El tormento la convulsionaba. Desear a un hombre que la había tratado de esa manera. Que podía tomarla, noche tras noche, con sólo lujuria en el corazón.

El recuerdo la recorrió. Caliente, húmedo y humillante.

Humillante porque había respondido a él, temblado con su contacto, ardido bajo sus caricias. Un hombre que la había chantajeado para llevarla a la cama, porque de ningún otro modo habría ido.

Pero, poco a poco, de la aplastante carga de la culpa que la agobiaba comenzó a agitarse otra emoción.

Aplastada por la necesidad. Reprimida en lo más hondo de su ser. Porque airearla sería perder aquello mismo por lo que se había vendido. Una emoción tan peligrosa, que ni una sola vez había permitido que emergiera. Pero estaba ahí, como una presión lenta y creciente en el mismo núcleo de su ser.

Y en ese momento comenzaba a salir a la superficie.

Y al hacerlo, supo con aplastante certeza que debía darle voz.

O volverse loca.

La furia lo consumía. Una furia fría, dura. Le rugía como un jaguar enfadado.

Con todo el mundo.

Pero, principalmente, con dos personas. Él mismo. Y Portia Lanchester.

La furia consigo misma era absoluta. Imperdonable.

Al meterse en el coche con chófer que lo esperaba ante la entrada de Tencorp, el rostro se le ensombreció.

¿Cómo podía hallarse en esa condición? ¿Cómo diablos había pasado?

Después de regresar de China y de ponerse en contacto con su cuartel general de Europa en Ginebra, había tratado de estar con otras mujeres, pero cada vez las había enviado a casa o él se había marchado.

No le habían hecho nada. Nada. Ninguna mujer lo conseguía. Sólo el recuerdo de una. La furia volvió a recorrerlo. ¿Por qué demonios aún deseaba a Portia Lanchester? Ya la había tenido, ¡y de qué manera!, entonces, ¿por qué la deseaba todavía?

¿Por qué únicamente quería su cuerpo debajo de él, encima de él...

de cualquier manera siempre y cuando fuera ella?

¿Por qué sólo seguía viendo su cara, de día, de noche, en las reuniones de negocios, en sueños? ¿Cómo podía desearla todavía? A una mujer a la que despreciaba. A una mujer que se consideraba demasiado buena para su contacto.

Salvo cuando ese contacto podía salvar la riqueza de su familia...

La furia se retorció en su interior.

¿Cómo podía desear todavía a una mujer así?

El coche se detuvo delante del Park Lañe Hotel. Pasaría una noche allí y al día siguiente volaría a Nueva York. La propuesta de Tencorp por la que había regresado había sido una pérdida de tiempo. No era una empresa con la que quisiera hacer negocios. Su historial medioambiental era terrible. Lo había sabido, pero, no obstante, se había detenido en Londres. Había sido una debilidad hacerlo. No se preguntó por qué era una debilidad a la que había sucumbido.

Desde luego, no tenía nada que ver con Loring Lanchester. En ese momento, el banco era llevado por alguien que sabía de finanzas, y, con cierta dirección competente, podía dejar un beneficio decente cuando se lo vendiera a uno de los bancos multinacionales por un precio competitivo.

Entró en la suite y dejó el maletín sobre la mesa de centro. Necesitaba ejercicio. Quizá un rato en el gimnasio del hotel le permitiera quemar la ira que lo consumía.

Más que la ira.

La frustración.

No estaba acostumbrado a pasar sin sexo tanto tiempo.

Las tres semanas desde que se había deshecho de Portia.

Tres semanas de celibato forzado por su propia incapacidad de mostrar interés en otras mujeres.

Se preguntó cuánto tiempo iba a pasar desde que se liberara de desear a Portia Lanchester.

Con gesto impaciente, se aflojó la corbata y fue al dormitorio.

En ese momento sonó el teléfono.

—¿Sí? —contestó desde la mesilla con tono seco.

—La señorita Lanchester está en la recepción, señor Sáez —explicó la voz deferente de un empleado del hotel.

Se quedó quieto. ¿Había oído bien?

Reinó una pausa muy larga. El recepcionista aguardó con paciencia.

—Dígale que suba —se oyó decir luego.

«Déjá vu», pensó Portia mientras apretaba el botón de la última planta. Aunque en esa ocasión hacía algo completamente diferente.

La primera vez que había subido en ese ascensor, había estado a punto de venderse a un hombre.

En esa ocasión…

Apretó los labios con fuerza.

En esa ocasión iba a tener lugar una transacción diferente.

El ascensor aminoró la velocidad y las puertas se abrieron. Salió al corredor. Diego Sáez aún tenía la misma suite.

No había sabido cuándo iba a regresar a Londres. Pero le había pedido a la secretaria de Tom que la informara de cuando lo hiciera. Y así lo había hecho.

Se había vestido con cuidado. Llevaba un traje de trabajo impecable y unos zapatos lustrosos. El pelo recogido. El maquillaje reducido al mínimo.

Llamó a la puerta.

Se abrió a la primera.

Durante un momento largo y horrible, se quedó ahí quieta, hasta que con un esfuerzo hercúleo, entró.

La presencia oscura de Diego Sáez pareció dominar su visión.

Sintió que la invadía la debilidad, como si cada hueso de su cuerpo fuera incapaz de mantenerla erguida.

—Portia —comentó Diego—. Qué… inesperado.

Su voz era tan profunda como siempre. Pero en ella había algo más.

Un matiz afilado, mantenido bajo estricto control.

No se permitió mirarlo a la cara al entrar. Oyó que la puerta se cerraba con un sonido final.

Abrió el bolso y extrajo un papel, que depositó sobre la superficie de cristal de la mesa de centro.

En esa ocasión sí que lo miró. — Su rostro era como una máscara.

—Esto es para ti —manifestó con voz firme. Cerró otra vez el bolso.

Lo vio recoger el papel y asimilar que se trataba de un cheque. Y quién era el beneficiario.

Se quedó quieto. Luego, inexpresivamente, alzó la vista del papel y la miró.

—¿Y esto es…?

La voz fue tan inexpresiva como la cara.

Portia se sentía completamente serena.

—Para ti —repuso—. Has sido bueno. Ciertamente muy bueno. Me temo que desconozco cuál es la tarifa para los servicios de un semental, pero estoy segura de que coincidirás conmigo en que esa cantidad representa una recompensa generosa por tu tiempo.

Se volvió para irse. Una mano se cerró sobre su hombro, haciéndola girar otra vez.

La cara de él era una máscara salvaje.

—¿A qué diablos crees que estás jugando?

Ella sintió la burbuja de presión en su interior. Empezaba a crecer.

—Te estoy pagando por todo el sexo que tuve —explicó—. Hubo tanto y fue tan... inventivo. Y, desde luego, educativo.

—*¿Tú* me pagas a *mil*

Podría haber reído en voz alta. La expresión de él era de indignación, furia, incredulidad... y algo más en lo que no quiso pensar.

Pero no tenía tiempo para reír. Ni inclinación para hacerlo. El sentimiento que crecía en su interior no dejaba espacio para nada, salvo para su crecimiento imparable e inexorable.

La otra mano de él se cerró sobre su hombro, aplastándole los huesos. El cheque flotó hasta posarse en el suelo.

—*¿Tú* te atreves a hacer esto? Te vendes a mí como una prostituta y luego te atreves a ofrecerme dinero. La presión estalló en ella.

Alzó las manos y le apartó los brazos, retrocediendo.

—¡Canalla! —exclamó—. ¿Qué te he hecho alguna vez para merecer que me trataras de esa manera, que me hicieras lo que me hiciste? ¡Lo único que hice fue decirte que no! ¡Que no me iba a la cama contigo! Pero no fuiste capaz de aceptar un «no» por respuesta, ¿verdad? ¡Tuviste que cazarme por el simple hecho de que tú me deseabas y yo no te deseaba a t! ¡Y por ese delito terrible de no querer irme a la cama contigo, de no querer la aventura sin sentido, barata y sórdida que tú pretendías, por el *imperdonable* delito de decir que no, tuviste que recurrir al chantaje!¡Jugaste con la *vida* de mi hermano sólo para llevarme a la cama!

El rostro de él estaba negro como el trueno. La ira lo recorría.

—¡Tú recurriste a mí... te ofreciste para que lo salvara!

—¡No tenía elección! ¡No me ofreciste elección! ¡Lo dejaste bien claro al decirme que podrías llegar a comprar Loring Lanchester! Recibí el mensaje alto y claro. ¡Tenías que conseguir lo que querías de mí o no seguirías adelante con la adquisición! ¿Qué elección me dejaba eso? ¡Dímelo! ¿Qué pensaste que iba a hacer? ¿Pensaste que me iba a quedar quieta a observar cómo mi hermano perdía Saltón? ¿Crees que habría podido vivir conmigo misma si no hubiera pagado el precio que marcaste? Hice lo que hice por el bien de Tom. No quería hacerlo. ¡Dios sabe que no quería! —la voz se le entrecortó.

Él soltó una carcajada... un sonido duro y burlón.

—No. Dejaste bien claro eso. Pensaste que te ibas a librar echándote de espaldas a pensar en tu herencia ancestral. De haber podido, te habrías dejado puestos los guantes... ¡para evitar tocarme!

Los ojos de ella soltaron un desprecio lleno de veneno.

—Tienes razón. Lo habría hecho. Tu contacto me contaminó. No llegué siendo una prostituta... ¡pero me marché como una! ¡Tú te encargaste de ello! Tuve que aceptar lo que entregaste o la vida de mi

hermano habría quedado destruida… ¡pero ahora saldo mi cuenta contigo! ¡No la suya! ¡Y mi cuenta es ese cheque!

—¿Un millón de libras? —preguntó con mordacidad.

—¿Por qué no? ¡Para ti mi cuerpo tuvo un valor aun mayor! ¡Compraste Loring Lanchester para forzarme a meterme en tu cama! Pero un millón es todo lo que puedo reunir en efectivo. Para ti no es nada, por supuesto. Lo sé, con todo el dinero que tienes. Y me corroe darte incluso eso, ¡porque si yo me considero privilegiada, entonces eso no es nada comparado contigo! ¡Mírate en el espejo y dime si estás orgulloso de lo que ves! Puede que yo haya nacido en una cuna de plata, ¡pero tú naciste en una de oro!

»Sólo Dios sabe de cuánto de tu pobre país eres propietario, cuántos hombres se matan para ti por un salario mísero mientras tú te diviertes por el mundo, ganando cantidades obscenas de dinero… lo suficiente como para comprar bancos como si fueran juguetes y favores sexuales. Para eso es el cheque. Puedes cobrarlo, romperlo o tragártelo. ¡No me importa! ¡Compraste Loring Lanchester, pero no me compraste a *mi*! ¡Y ahora acabo contigo de una vez por todas!»

Dio media vuelta. Sin ver nada. La habitación dio vueltas a su alrededor. La bilis subió por su garganta. Alargó la mano hacia la puerta y la abrió.

Él la observó marcharse. Inmóvil, los músculos paralizados.

La puerta se cerró detrás de ella.

Capítulo 11

ESO está bien, Jaime. ¡Bien hecho! Portia se inclinó sobre la mesa desvencijada del niño para leer lo que había escrito.

—Gracias, señorita —le dedicó una resplandeciente sonrisa blanca que dividió la carita oscura que la miró.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Y ahora copia la siguiente oración —lo animó, con la esperanza de haberlo dicho bien en su español dubitativo—. María, veamos qué has hecho hasta ahora.

Pasó a la siguiente niña.

Hacía calor en el aula, sin rastro de aire acondicionado, ni siquiera de un ventilador eléctrico. Pero los niños estaban acostumbrados al calor, y el dinero que costaría mantenerlos frescos se podía dedicar a cosas más útiles.

La necesidad de dinero era una constante. Porque, sin importar los niños que pudiera acoger el refugio, siempre había más. Venían de los barrios dolorosa—mente pobres de la ciudad, donde la falta de dinero y la mala salud hacían que sus padres, si los tenían, se mostraran indiferentes o incapacitados para cuidar de ellos. Portia sabía que el refugio les ofrecía la única oportunidad que tendría la mayoría de ellos para salir de las calles, recibir alguna clase de educación... de esperanza de futuro.

Había sido una foto lo que la había llevado allí. Una ilustración en un folleto de una gala para recaudar fondos, que había llegado por correo. Ese folleto había dado la impresión de pertenecer a una especie de orfanato del Tercer Mundo, o eso había parecido. Lo dejó en la carpeta de entradas. Algún día les mandaría un cheque.

Había recogido la siguiente carta del correo del día, y estaba lista para cortarla con el abrecartas. Sus movimientos habían sido mecánicos, pero llevar a cabo algo tan banal como abrir el correo la había mantenido en marcha.

Había pasado una semana desde la confrontación con Diego Sáez. Una semana desde que había descargado el veneno en esa vorágine imparable de emoción.

Pero no le había aportado paz alguna.

La vida que había llevado había desaparecido para siempre. No podía volver a ella como si no hubiera pasado nada.

Lo que le había hecho Diego Sáez la había cambiado para siempre.

Cuando Hugh recibió su dimisión, la había llamado de inmediato para tratar de convencerla de que cambiara de parecer. Sin éxito. La sola idea de pasar sus días rastreando las identidades de personas ya muertas que habían posado para retratistas menores se había convertido en una empresa inútil.

Sin embargo, todo parecía inútil. Carente de sentido.

Tom se había llevado a Felicity de vacaciones y, de algún modo, había podido soportar la felicidad de la otra mujer y, de algún modo también, le había reafirmado a un ansioso Tom que estaba bien y que no necesitaba ir al médico, a pesar de su extrema delgadez.

Pero aunque las manos habían dejado de temblarle, aunque había estado funcionando a la perfección, aunque había sido capaz de ir de compras, de cocinar, de sobrellevar los días, aún seguía cubierta por esa extraña capa que amortiguaba el resto del mundo y hacía que pareciera muy lejano.

Hasta que recibió ese folleto. Al introducir el abrecartas en el siguiente sobre, había vuelto a bajar la vista para mirar la foto allí impresa.

Había sido la foto de un niño. De no más de doce o trece años. Con unos pantalones andrajosos, descalzo, una camisa rota. Estaba tendido en un portal, con las piernas recogidas, la cabeza gacha, los brazos abrazados a su cuerpo, dormido.

Algo había hecho que quisiera mirar. La fotografía era granulada, no podía ver la cara del niño, sólo el pelo largo y oscuro. Pero algo en el hecho de verlo dormir en ese umbral la había impulsado a contemplar la foto durante largo rato.

Luego dejó la carta y el abrecartas y recogió el folleto para desplegarlo.

Había sido sobre una organización de ayuda a los niños en Latinoamérica. Una organización que se dedicaba a proporcionar hogar, refugio y seguridad a los niños carentes de esas cosas. En el interior había visto más fotos. Niños diminutos, descalzos y sucios, hurgando en la basura. Una familia preparando una comida en el exterior de una chabola, con ojos idos clavados en la cámara.

Al final del folleto había un encabezamiento que ponía: *Cómo puedes ayudar tú.* Había abierto el cajón para sacar la chequera. Ya no podría dar como solía hacer, pero les entregaría algo.

Había pensado en el dinero que le había pagado a Diego Sáez. Había salido de sus ingresos y acciones personales, vendidas a pesar de la vehemente protesta de su agente de bolsa, quien le había aconsejado no vender en un momento tan malo y en semejantes cantidades, que la castigarían elevadamente con impuestos.

—Quiero reunir un millón de libras de inmediato —le había dicho antes de colgar. Un millón de libras por sexo. Una cantidad obscena.

Pero había sido la única manera de eliminar el veneno de sus venas.

Un veneno inyectado por él. Había esbozado una sonrisa amarga. Tenía tanto dinero… y en ese momento contaba con un millón más. Otro puñado de oro sobre un montón incalculable. Mientras esos niños

vivían en la suciedad, el hambre y la falta de hogar.

Sus ojos habían vuelto a posarse en el encabezamiento: *Cómo puedes ayudar tú.* Se había puesto a leer.

Y mientras lo hacía, había cerrado otra vez el cajón.

Y alzado el auricular del teléfono para marcar el número que aparecía en el folleto. Una venganza silenciosa contra el estilo de vida de Diego...

El padre Tomaso dio las gracias, hizo el signo de la bendición y se sentó a cenar. En todas las mesas de la habitación, los niños sentados comenzaron a charlar mientras el mayor de cada mesa servía los platos.

—Y bien —el padre Tomaso se dirigió a los adultos que lo rodeaban—, ¿cómo va nuestra última cosecha de voluntarios? ¿Hemos tenido una buena recolección esta temporada?

Sonrió, dándoles ánimos. Aunque anciano, aún era vigoroso, con una determinación y una dedicación que inspiraba a toda su congregación.

Casi todos los voluntarios procedentes de otros países eran estudiantes. Portia se sentía vieja en comparación... aunque nunca mal recibida.

Miró a su alrededor. El comedor era una habitación pintada de blanco con temple, su sencillez iluminada por un vivido mural que recorría las cuatro paredes y que habían pintado los niños. Era un arco iris ondulado que entraba y salía de un arca lleno de animales, algunos bastante peculiares desde una perspectiva anatómica, pero todos pintados con entusiasmo y vigor. Cada niño que llegaba al refugio añadía un animal.

«Es su arca», pensó Portia. «Su refugio de la tormenta».

«Y también el mío...».

La tormenta que Diego Sáez había desencadenado sobre su vida casi la había destruido.

Jamás se recobraría. Nunca podría recobrarse.

Porque aunque la ira y la culpabilidad se habían desvanecido, mitigadas en aquella última denuncia de él, lo que quedaba resultaba aún más agónico.

Un dolor que la acompañaría el resto de su vida.

El dolor de haberse enamorado, a pesar de todo lo que le había hecho, de un hombre tan implacable como él.

El padre Tomaso hablaba.

—Mañana tenemos un visitante... ¡un nuevo voluntario! No puede quedarse mucho tiempo, pero mientras esté aquí, espero que obtengáis un buen trabajo de él. Es fuerte, de modo que creo que deberíamos acorralarlo para nuestro proyecto de construcción. Las paredes de la clínica nueva se elevan, pero aún tiene que ser más altas, y todavía

queda poner el tejado.

—¿Quién es ese hombre, padre? —inquirió con curiosidad uno de los voluntarios.

—Es un hombre notable —respondió el sacerdote mayor—. En una ocasión vivió aquí, en este mismo refugio. Llegó medio muerto de hambre de las calles, pero no era de San Cristo. Procedía del campo, un vagabundo sin familia. Sin nada. Pero ahora... —hizo una pausa—. Ahora tiene todo lo que el dinero puede comprar —los ojos del sacerdote se entristecieron—. Pero nada de lo que no puede adquirir.

—Es rico, pero ¿va a trabajar en el nuevo proyecto de nuestro edificio? —el voluntario sonó escéptico.

—Aún no lo sabe —fue la respuesta del padre Tomaso.

Se oyeron algunas risas.

—Al menos he conseguido convencerlo de que inspeccione lo que nos está dando su dinero... todavía no sabe que sus manos van a realizar una contribución similar. De hecho, será mucho mayor. Para algunos, dar dinero es fácil. Para ellos, el verdadero acto de *caritas* es mucho más difícil.

Los pensamientos de Portia se centraron en la historia del niño que había sido acogido en el refugio y que se había vuelto rico. Mentalmente volvió a ver la foto que la había llevado hasta allí, la del niño durmiendo en el portal.

Sintió que el corazón se le encogía de pena.

El padre Tomaso continuó:

—No obstante, y a pesar de todo ello, agradezco lo que puede hacer su riqueza. Gracias a él, podemos llegar hasta más y más gente que nos necesita... no sólo aquí en San Cristo, sino en todo Maragua y otros países, ya que su generosidad es grande —suspiró—. Sólo me gustaría que pudiera encontrar el tiempo para volver a ver lo que ha logrado su dinero...

—Pero ha dicho que va a regresar —indicó alguien.

—Sí —los ojos del cura se iluminaron—. Al fin ha aceptado mi constante invitación. Debo alegrarme de que pueda dedicarnos ese tiempo... ya que es un hombre muy ocupado ahora y ya no vive en Maragua. De hecho —musitó—, no creo que haya vuelto desde que partió en busca de fortuna.

—¿Qué lo hizo cambiar de idea? —preguntó una de las madres que residía allí.

—No lo sé —fue la respuesta sencilla.

«¿Por qué diablos le había dicho que sí al anciano?».

Hizo remolinear el brandy alrededor de la copa y miró con expresión sombría en dirección al otro extremo de la habitación. El hotel era nuevo y no guardaba recuerdos, pero éstos se agolpaban de todos modos en su cabeza. Trató de desterrarlos, pero no pudo.

Habían invadido su mente desde el momento en que había bajado del avión con el que había cruzado el Atlántico, en un viaje que no había pensado que volvería a hacer. Que nunca había querido hacer.

Pero algo lo había llevado de vuelta. Después de tantos años, algo lo había impulsado a hacer lo que había prometido no hacer nunca más. Volver a Maragua.

Después de cerrar la puerta en la cara de Mercedes de Carvello, jamás había regresado. Se había marchado al día siguiente para no volver. No había tenido necesidad de hacerlo. Podía invertir su dinero en comercio justo y realizar sus amplios donativos de caridad con la misma facilidad desde Ginebra o Nueva York como si estuviera en San Cristo.

Entonces, ¿por qué había vuelto? ¿Por la invitación de un sacerdote mayor?

El padre Tomaso lo había invitado cientos de veces... y siempre se había negado. Igual que se había negado a leer los informes que le enviaba el padre en los que le exponía lo que conseguían sus donativos. Se había negado a hacer cualquier cosa que no fuera la salida más fácil para él... dar su dinero.

Bebió un trago de brandy. Le quemó la garganta.

Igual que la verdad.

Alzó la cabeza y miró en el espejo que tenía del otro lado de la habitación.

Unas palabras le aguijonearon la mente. Desdeñosas.

«¡Mírate en el espejo y dime si estás orgulloso de lo que ves!».

La culpa lo abrasó.

Y algo peor.

La pérdida. La pérdida de algo que ni siquiera había llegado a tener. Porque nunca había tenido a Portia... jamás había tenido a la mujer a la que había perseguido de forma implacable, decidido a poseer por el simple hecho de desearla, recurriendo a métodos despreciables para conseguirlo.

Y había tratado de justificarse por emplearlos.

Y eso era lo más amargo de todo. No había habido justificación alguna para lo que le había hecho.

Retorció la boca. Ella creía que había nacido rico... perteneciente a esa clase que él tanto despreciaba.

«Y pensé que Portia era igual... que estaba podrida y corrompida. Que sólo se interesaba por el dinero. Dispuesta a venderse para proteger su riqueza».

Pero se había vendido para proteger a su hermano... había pagado por el privilegio. Un millón de libras. Para recuperar algún vestigio de lo que él le había arrebatado.

¡No! No debía pensar en eso. No debía pensar en el peor tormento

de todos.

Observó la cara que lo miraba y se burlaba de él con expresión amarga.

La había perdido para siempre.

Y su vida ya no tenía ningún sentido.

—¡Diego! ¿Qué debo decirte? ¿El regreso del hijo pródigo?

La bienvenida en la voz del padre Tomaso no ocultaba el tono seco.

Diego le dedicó una sonrisa al sacerdote. El padre Tomaso había envejecido, lo cual no era de sorprender, pero no había cambiado.

—Entonces, tiene que dejar que pague yo por el becerro cebado, padre —repuso con igual sequedad.

—Estoy seguro de que podrías pasarlo como gastos deducibles —fue la réplica.

Diego se reafirmó en que el anciano no había cambiado ni un ápice.

Las emociones bullían en su interior. El pasado y el presente se fundían. Los recuerdos se convertían en una realidad. El tiempo se desplomaba sobre sí mismo.

Miró alrededor. El lugar se veía igual... las mismas flores, las mismas paredes blancas, la misma puerta de pintura brillante.

Los años se disolvieron.

El sacerdote continuó con su andar vivo en dirección al patio central. Diego lo siguió. En ese momento debían estar preparando la comida. Al pasar por delante del bloque de aulas, oyó unas risas, infantiles y adultas, y luego, desde la siguiente aula, unas plegarias.

En ese momento había muchas más cosas en el refugio que cuando él había vivido allí. Todo era más grande, con una segunda planta y ampliaciones. Empezó a escuchar el comentario que le ofrecía el padre Tomaso, indicando con movimientos de los brazos lo que se había hecho con el dinero que le había dado Diego.

Rodearon el extremo del bloque de enseñanza. Más allá del muro del perímetro, vio una nueva construcción.

—Ésta es la clínica. No sólo atenderá a los niños, sino a sus familias y vecinos. Con los médicos y enfermeras que pagas, podremos ofrecer los tratamientos más básicos. Para algo más complejo, podremos convencerlos de ir a ese hospital moderno que has construido para la ciudad.

—Dígame, padre —comentó con la misma voz seca que seguía empleando el cura—, ¿hubiera preferido que no le hubiera dado al pueblo de San Cristo un hospital gratuito?

El sacerdote cruzó el camino.

—Preferiría que entregaras desde el corazón, no desde la cartera... ¡esa cartera a la que dedicas la vida a llenar y llenar sin cesar! Tu

cartera ya está bastante gorda, Diego. Pero tu corazón… está tan flaco como un niño famélico.

Diego sintió una punzada de emoción. Podía ser ira… u otra cosa.

Agarró la manga negra del padre Tomaso y lo detuvo junto al camino.

—¡Mi cartera paga esto! ¡Paga cientos de sitios como éste! —indicó con un gesto del brazo—. Paga un hospital en la ciudad y en otra media docena de ciudades de Maragua. Paga para evitar que talen los bosques, para que no contaminen nuestros ríos. Para que los granjeros puedan comprar la maquinaria que necesitan, y que los comerciantes de los pueblos se abastezcan. Su peso incluso nos ayuda a recordarle a nuestro estimado presidente que sería poco inteligente si escuchara demasiado los gemidos de aquéllos que piensan que los impuestos que pagan se desperdician en las escuelas para educar a los campesinos que no tienen otra función que la de matarse en sus fábricas y ranchos.

Unos ojos viejos se alzaron para mirarlo con tristeza.

—Has llegado muy lejos, Diego. Muy lejos. Has logrado mucho. El mundo es tuyo. Entonces, ¿por qué tienes la cara demacrada de un anciano y los ojos acosados de un animal? ¿Por qué has vuelto, Diego? ¿Por qué ahora? ¿Por qué has dejado atrás, aunque sea momentáneamente, tu vida de fulgor?

Soltó la manga de la sotana del padre Tomaso. En su interior había roca, tan pesada como los bloques de cemento cuidadosamente apilados más allá de lo que iba a ser la entrada a la clínica que su dinero estaba financiando.

—¿Cuándo estará operativa? —preguntó, indicando el sitio donde se alzaría la nueva clínica.

—Bueno, eso depende de la mano de obra de la que dispongamos —repuso el sacerdote—. Por suerte, al menos para hoy, tenemos un trabajador adicional —miró al hombre cuya riqueza se contaba por miles de millones—. Me alegra ver, hijo, que esos gimnasios de cuotas exorbitantemente caras de los que eres socio en todo el mundo te han mantenido en forma. Y ahora dame tu chaqueta y corbata, y esos gemelos elegantes, y manos a la obra. Los demás te dirán lo que debes hacer.

Diego lo miró, sin creerse lo que acababa de oír.

—¿No te parece una vergüenza —murmuró el padre Tomaso— ser un adulto temeroso de realizar un trabajo honesto cuando aquí hay niños a los que no les da miedo acometerlo?

Durante un momento, mantuvo la mirada del hombre más joven, y entonces, con expresión sombría, Diego Sáez se quitó la chaqueta a medida, la corbata de seda y los gemelos de oro, y en silencio se los entregó al padre Tomaso.

El sacerdote los aceptó con la misma expresión inocente en la cara. Pero por primera vez desde que viera al niño dormido en un portal, Diego Sáez podía mirarlo con una intensidad capaz de quitar pintura de las paredes, pero sus ojos ya no parecían los de un animal acorralado.

Sólo los de uno indignado.

Mientras contemplaba a su antiguo pupilo dirigirse hacia el lugar de la construcción, subiéndose las mangas de su camisa blanca inmaculada, esperaba haber hecho lo correcto. La salvación nunca era fácil... pero si alguna vez alguien la había necesitado, ése era Diego Sáez.

El diablo iba sobre su espalda.

Y le consumía el alma.

Diego fue hasta el edificio a medio construir. La cadena de niños detuvo sus relevos y lo miró.

—¿Eres nuestro nuevo ayudante? —preguntó uno de los pequeños —. El padre Tomaso nos dijo que hoy tendríamos uno.

—¿Sí? —inquirió Diego con expresión lúgubre—. Debí imaginarlo.

Una niña, de unos once, doce años, habló:

—Pareces demasiado rico para trabajar. Tus zapatos están muy limpios.

—No te preocupes... no tardarán en ensuciarse. Dime, ¿dónde van estos azulejos?

Se agachó para recoger unos cuantos.

—Llévalos al otro lado, donde están trabajando los adultos. No sueltes ninguno... cuestan mucho dinero —le advirtió el primer niño.

—Lo intentaré —se puso de pie.

Uno de los niños más jóvenes lo miraba fijamente.

—Hablas como uno de nosotros.

Diego se quedó quieto. Les había respondido con su propio acento callejero. Y ni siquiera se había dado cuenta.

Miró a los niños. Ellos lo estudiaban. —Hace años viví aquí — explicó con voz pausada. Las miradas de curiosidad se transformaron en expresiones de incredulidad.

—Pero eres rico —comentó la niña que había hablado.

—No lo era cuando viví aquí.

—El padre Tomaso dice que todos somos ricos —expuso otro niño —. Comemos todos los días, tenemos una cama en la que dormir y ropas limpias que ponernos. Dice que eso nos hace ricos.

Diego los miró... su pelo bien cortado, sus ojos brillantes, no embotados por el hambre, el alcohol o el pegamento.

—Sí —asintió—. Creo que el padre Tomaso tiene razón.

—Él siempre tiene razón... eso nos dice —indicó el niño que le había advertido que no tirara ningún azulejo—. ¿Vas a llevar esos

azulejos donde los necesitan o quedarte ahí todo el día? Hay que trasladarlos todos hoy.

—Lo que digas, jefe —se marchó. No pareció ser una carga tan pesada como había creído.

Portia oyó la llamada para la comida y concluyó la lección. Despidió a los niños con la orden de que fueran a lavarse las manos antes de dirigirse al comedor. Dejó los libros y fue a su pequeño dormitorio. Necesitaba refrescarse y cambiarse la camiseta, pegajosa por el calor.

Las habitaciones de los voluntarios se hallaban en un bloque lateral frente al patio trasero. Al salir a la brillante luz del sol, parpadeó, momentáneamente cegada. Cuando los ojos se le despejaron, vio a los adultos y niños que regresaban de la construcción.

Parpadeó otra vez.

Y entonces se quedó helada.

Sintió una oleada de debilidad. La negación le marcó el cerebro.

«¡No! No es verdad! ¡No puede ser!».

Diego Sáez entraba en el patio.

Sintió que el cuerpo se le aflojaba y tuvo que sujetarse a la puerta. Los pulmones se le vaciaron.

«¡No puede ser él! ¡No puede ser!».

Pero era. Su altura, sus hombros anchos, su pelo oscuro, sus facciones. Él. Diego Sáez.

Se apoyó contra la puerta.

El sudor le corría por la espalda, le empapaba la camisa y la cintura de los pantalones. También tenía el pelo húmedo. Alzó la vista para observar los edificios que lo rodeaban y la aplastante sensación del tiempo colapsándose sobre sí mismo lo invadió otra vez, como si el pasado chocara con el presente.

Durante un segundo, sintió que los años se disolvían como láminas de cobre en ácido, marcando los contornos del niño que una vez había sido, hace mucho tiempo, en una vida diferente.

Sintió el corazón martillearle en el pecho... y no sólo por el esfuerzo físico realizado.

Y entonces, al pasar la vista por la puerta abierta que conducía a las aulas, se le paró.

Portia Lanchester estaba de pie en el umbral.

Se quedó clavado en el sitio, y lenta, muy lentamente, alzó el brazo para secarse el sudor que le coma por los ojos.

Veía cosas. Alucinaciones. Visiones.

Recuerdos.

Fantasmas que lo acosaban, lo atormentaban.

No podía ser Portia. Era imposible. Estaba a nueve mil kilómetros

de distancia, en aquella hermosa casa del siglo XVIII. Tan alejada de él como si estuviera encerrada detrás de una jaula de cristal... como una joya para siempre fuera de su alcance.

Entonces, mientras miraba fijamente, vio que la figura del umbral que tanto se parecía a Portia pero que no podía serlo se daba la vuelta y desaparecía.

Y en ese instante entró en acción.

Trastabilló hacia el interior. ¡Santo Dios, era él!

Ni una visión ni un espejismo. Sino Diego Sáez. Ahí. En ese mismo instante.

A ciegas, regresó por el pasillo que corría en paralelo con la hilera de aulas. El corazón le latía con fuerza y el aliento le escaseaba.

La incredulidad le dominaba todo el cuerpo.

—¡ Portia!

Frenó en seco.

Era su voz.

Dura, imperiosa.

Volvió a pronunciar su nombre, en esa ocasión no fue dura, ni exigente, sino extraña... muy extraña.

Como si también él estuviera dominado por la incredulidad que corría por su torrente sanguíneo. Despacio, se volvió.

Y al hacerlo y encontrarse con él, sintió como si el corazón le fuera estrujado por una prensa cruel.

—¿Cómo puedes estar aquí? —preguntó.

Ella sintió que las rodillas le cedían y estiró una mano para estabilizarse con la pared.

Lo miró fijamente.

Era Diego Sáez... pero no era él.

Iba sin chaqueta y llevaba la camisa blanca manchada de tierra. Y empapada por el sudor, igual que su pelo.

Lo miró desconcertada, tanto por su aspecto como por su presencia.

Y entonces, en el silencio, irrumpió un sonido de pisadas vigorosas.

El padre Tomaso rodeó una esquina.

La escena con la que se encontró lo impulsó a detenerse.

Después de estudiar a las figuras paralizadas, habló con una voz suave en conflicto con su evaluación penetrante.

—Ah, Portia, permite que te presente a nuestro último, aunque temporal, voluntario. De esta persona os hablaba anoche.

Ella suspiró y abrió mucho los ojos.

Desvió la vista hacia el sacerdote.

—¡No puede ser! Conozco a este hombre. ¡Tiene millones! Él... Él...

—Solía vivir aquí —intervino el padre Tomaso con sencillez.

Ella movió la cabeza.

—No. No puede ser. Es imposible.

—Lo encontré en un portal cuando tenía doce años —afirmó el padre Tomaso, sin dejar de mirarla—. Dormía. Yo llevaba algo de comida conmigo. Diego despertó, percibiendo peligro, quizá oliendo también la comida. Se la ofrecí, pero no quiso aceptarla. Huyó, suspicaz, cauto. Lo vi correr. No tenía zapatos; los huesos le sobresalían por el hambre. A la noche siguiente volví a encontrarlo en otro portal. Otra vez le ofrecí comida y le dije que sólo era un sacerdote, nadie que fuera a hacerle daño. En esa ocasión comió los alimentos que le ofrecí... los devoró. Y luego huyó de nuevo. Tardé semanas en poder traerlo aquí. Y varias veces huyó. Pero al final, se quedó. Hasta... —hizo una pausa y miró a Diego—. Hasta que huyó por última vez. Al mundo que terminó por conquistar —lo miró a los ojos—. Pero ¿conquistaste el mundo, Diego? ¿O el mundo te conquistó a ti?

El rostro de Diego estaba tenso como el acero. No contestó.

Se dio la vuelta, como para irse.

—¿Huyendo otra vez, Diego? —sonó la voz a su espalda.

—No —respondió con voz dura—. Sólo me uno a las filas de los condenados.

—No estás condenado, Diego.

El sacerdote habló con una certeza serena que enfureció a su objetivo.

Diego se volvió con una mueca feroz en la cara.

—¿Usted qué sabe? Está ahí provocándome, pero no sabe nada. Pregúntele a ella si estoy condenado. ¡Pregúnteselo! —la voz pareció desgarrar la garganta.

Portia se quedó pálida como la muerte.

La luz en los ojos de Diego era despiadada.

—Pregúntele lo que le hice —murmuró.

El sacerdote se volvió hacia Portia, estudiando la cara conmocionada.

—¿Está condenado? —le preguntó casi con tono coloquial.

Ella clavó los ojos en Diego Sáez. El corazón le martilleaba el pecho y respiraba de forma entrecortada. La cara de él estaba dominada por la tensión.

Era él... y no era él.

En su mente apareció una imagen del Diego que conocía. Poderoso, rico... alargando los brazos para desnudarla, depositarla debajo de él en la cama...

Poseyéndola. Comprándola.

Otra imagen cobró protagonismo. La del niño dormido en la calle que, por algún motivo que nunca había podido entender, la afectó tanto como para hacerle dejar todo lo que una vez había creído tener

y presentarse allí. A un mundo de distancia del que ella conocía. De todo lo que daba por sentado.

Un mundo que Diego Sáez había destruido.

Las dos imágenes chocaron y luego se disolvieron la una en la otra.

El hombre y el niño.

La prensa alrededor de su corazón apretó de forma insoportable.

Algo le llenó el espacio alrededor del corazón con una emoción tan poderosa que no pudo bloquearla.

—Portia… —Diego pronunció su nombre con voz baja y quebrada —. No me mires de esa manera. ¡Por Dios, no me mires de esa manera! ¡Después de todo lo que te hice, no merezco tu compasión! ¡Sólo tu desprecio!

Ella no podía hablar. Únicamente fue capaz de mover despacio la cabeza.

Él cerró los ojos, y luego los volvió a abrir.

—No pongas excusas por mí. Te hice lo que te hice con plena conciencia… pensé que lo merecías. Pensé que eras como…

La voz se le quebró.

—Como Mercedes de Carvello —continuó con voz inexpresiva y ojos muertos—. Era la esposa del propietario de la hacienda en la que nací… donde trabajaban mis padres. Envenenaron a mi padre. Ella mató a mi madre. Estando ebria, con su coche deportivo la atropello como a un perro. La acusé de asesinato y me hizo expulsar de su propiedad. Fui a San Cristo a pie. El padre Tomaso me encontró viviendo en las calles. Años después, una vida después, cuando gané el dinero que había jurado ganar, le compré la hacienda a Esteban de Carvello… quien se había quedado en la ruina. Su esposa se presentó en mi hotel para ofrecerse a mí, el hijo de su criada, para convencerme de que la dejara seguir viviendo en la hacienda. La eché de allí.

La voz le tembló y calló unos momentos.

—Pensé que eras como ella… que te entregabas por voluntad propia para proteger tu riqueza. Pensé que tu renuencia se debía, como en el caso de Mercedes de Carvello, a que te considerabas demasiado buena para mí… a que no querías mancharte las manos en mí. Así que… hice que quisieras manchártelas. La voz de Diego le llegaba desde muy lejos. —Dicen que los actos provocan su propia justicia. Puedo atestiguarlo —le clavó los ojos oscuros y vacíos—. Siéntete satisfecha, Portia, en tu desprecio por mí. Debes saber que se ha hecho justicia. Tengo mi castigo por lo que te hice.

Su rostro era como una máscara de muerte.

—Me enamoré de ti, Portia. Me enamoré de la persona que sólo puede despreciarme, odiarme y maldecirme por lo que le hice. Y cada día de mi existencia, despierto sabiendo que me odias… que sólo

puedes odiarme. Toda mi vida. Ésa... —miró el rostro inmóvil del padre Tomaso— ésa es mi maldición. De modo que haga lo que haga ahora con el resto de mi vida, aquí o en cualquier otra parte, no significa nada para mí. Nada.

Dio media vuelta.

Un sonido salió de la garganta de Portia. Un grito tenso, quebrado.

El padre Tomaso la miró.

—Y ahora —le dijo—, depende de ti. Tú tienes la llave de su celda. ¿Lo liberarás? ¿O lo mantendrás en el infierno. La elección... —su voz sonó aún más serena— es tuya.

Elección. No tenía elección. Cuando Saltón se vio amenazado, cuando el hogar de su hermano se vio amenazado, no había tenido elección. Sólo hacer lo que hizo para salvarlo.

Y cuando él la había desnudado y llevado a su cama, no había tenido elección... ninguna salvo aceptar la vergüenza, la humillación de descubrir que Diego Sáez, quien la compraba, la poseía, podía encender en ella un fuego que ella misma era incapaz de apagar.

El silencio se extendió a su alrededor. El sonido de los pasos del padre Tomaso se había desvanecido. El tiempo se había paralizado hasta llegar a ese punto.

«La elección es tuya...».

Las palabras reverberaron en su mente.

Miró a Diego. Él seguía de espaldas a ella, con los hombros encorvados, la mano apoyada en la puerta. Fue a abrirla, a avanzar.

La elección era suya. En ese lugar. En ese momento.

Podía dejarlo marchar, dejar que viviera el resto de su vida maldiciéndose, odiándose.

O...

Pensó en lo que había sido... en aquel niño perdido, solo. Sin familia, sin hogar. Sin nada. Ni siquiera zapatos. Durmiendo en los portales. Como la foto del niño que la había llevado hasta allí.

En ese lugar. En ese momento.

Cuando comenzó a alejarse, alargó una mano hacia él. Trémula. Y al tocarle la camisa sucia, Diego se paralizó.

Portia avanzó un paso.

—Diego.

La voz le sonó ronca. Pudo ver la tensión en cada músculo de la espalda de él...

Habló otra vez.

—Diego... yo...

No pudo continuar. Se ahogaba, tenía la garganta tan contraída que era como una banda alrededor de su aliento.

Emitió un leve grito quebrado.

Él se volvió. La miró. Portia dejó caer la mano y permaneció allí de

pie.

Los ojos de él estaban muertos.

Dio un paso vacilante hacia Diego, con las manos extendidas.

Había hecho su elección.

Y al hacerlo, la emoción que había fluido alrededor de su corazón pareció anegarla con una ola de purificación. Llevándose todo.

La vergüenza. La culpabilidad. La ira. El odio.

Fue hacia él. Lo rodeó con los brazos, lo apretó con fuerza contra ella y apoyó la mejilla en la camisa sucia.

Durante un momento tan largo que pareció una eternidad, Diego permaneció paralizado, inmóvil. Y entonces, despacio, muy despacio, sintió que también él la rodeaba con los brazos. Al principio con cierto titubeo, y de pronto con una desesperación que la aplastó contra su pecho.

Lo sintió temblar, estremecerse con un profundo suspiro. Lo abrazó con más fuerza. No supo cuánto tiempo lo mantuvo así. Sólo supo que jamás lo dejaría ir. Que nunca podría.

Sintió que las lágrimas caían de sus ojos.

—¡Portia! No... no llores. ¡Santo cielo, no llores!

Pero lloró más, un océano de lágrimas.

La mano de él subió y con gentileza le acarició el pelo.

—No llores, Portia. Por favor, no llores.

Ella alzó la cabeza y de forma instintiva lo buscó.

Él no pudo evitarlo.

La besó con todo su ser.

Saltón estaba bañado por el sol y el sol resultaba un arco iris deslumbrante que penetraba por la miríada de ventanas.

Portia se hallaba en el jardín sur, rodeada por el brazo de Diego. Se apoyó en él, ladeando la cabeza para que no se le aplastara la pamela. La embargaba una felicidad tan profunda que le resultaba imposible medir.

No había ningún dosel de tela. El clima de finales de verano era tan agradable, que el desayuno nupcial se había preparado en mesas distribuidas a la sombra de los robles. Bebió un sorbo de champán de la copa que sostenía en la mano.

Una visión enfundada en un amarillo resplandeciente avanzaba hacia ella en línea recta.

—Lo ves... te lo dije, ¿no? —dijo una exuberante, aunque levemente embriagada, Susie Winterton al acercarse a ellos—. ¿No te dije que él era exactamente lo que necesitabas? —le sonrió a Diego—. Se lo dije, ¿sabes?, justo después de la ópera. Le dije que eras justo lo que el médico había recetado... ¡y le dije que te casarías con ella y te la llevarías a tu fantástico rancho con campo de polo en la Argentina!

Suspiró con expresión romántica.

—Es en Maragua, Susie. Y está en América Central, no en Sudamérica —corrigió Portia.

—Donde sea —se encogió de hombros, sin dejar de sonreírle a ambos mientras bebía otro sorbo de champán.

—Y tampoco hay campo de polo —añadió Diego.

Susie se mostró imperturbable.

—Estoy segura de que es fantástico, donde sea que esté y sea lo que sea que tenga, y también estoy segura de que seréis tan absoluta y ridiculamente felices, que la gente se pondrá de pie y os aplaudirá. Y —añadió— tendréis hijos maravillosos y hermosos. Montones y montones de hijos.

Portia sintió que el brazo de Diego la apretaba más.

—Sí —corroboró—. Tendremos muchos, muchos hijos, Susie.

—Ya tenemos algunos estupendos —indicó Portia—. Y vendrán muchos más —en su voz sonó algo profundo que no pudo disimular.

Los ojos de Susie se abrieron como platos, confusos.

—Diego va a convertir su hacienda en Maragua en un hogar para niños, Susie —explicó Portia—. Ya financia refugios para niños abandonados, pero este será un lugar fuera de la ciudad, con aire limpio, sin polución ni marginalidad.

En los ojos de Susie ardió admiración.

—¡Oh, eso es maravilloso! —aseveró. Volvió a emitir otro suspiro romántico—. ¡Lo tienes todo, Portia! Un hombre que es sexo andante, al que le sobra el dinero y que también es generoso. No cabe ninguna, ninguna duda de que lo tienes todo.

Se estiró para darle un beso a Portia en la mejilla, y luego, con sonrisa feliz, también a Diego. La observaron alejarse y Portia se apoyó en Diego.

—Lo tengo todo —confirmó—. Todo... ¡y mucho más! Más de lo que jamás supe que existía.

Diego le alzó el rostro hacia él.

—Entonces, somos iguales —musitó, dándole un beso suave en los labios—. Porque contigo tengo todo lo que mi corazón puede desear.

Durante un largo y atemporal momento, se miraron, y entonces, en la comunión silenciosa, entró el sonido de un cuchillo contra una copa. Una voz pidió atención.

—¡Los novios!

Se alzaron copas y se brindó. Portia también bebió. Y de pie junto a la enorme tarta de boda, su hermano y la novia, resplandecientes con chaqué de mañana y metros y metros de encaje y satén blancos, aceptaron el brindis.

Diego la miró con curiosidad.

—Ésta debería haber sido tu boda. Éste es tu sitio. Su voz sonaba

atribulada. Ella movió la cabeza.

—Mi sitio está contigo —dijo con sencillez—. En ninguna otra parte. Y ya he tenido mi boda… y fue perfecta. En todos y cada uno de sus detalles.

Como si hubiera sido el día anterior, recordó la pequeña capilla en el refugio y se vio avanzar por el estrecho pasillo con un vestido nupcial que las pequeñas habían hecho para ella, seguida de todos los adolescentes que hacían de pajes y que la acompañaron hasta llegar al hombre que la esperaba ante el al—tai. A.1 arrodillarse, miraron los ojos sabios del sacerdote que iba a casarlos.

—Has elegido bien —le musitó a Portia. El recuerdo quiso provocarle unas lágrimas. Sí, había elegido bien… porque había elegido su corazón, junto con su alma y su cuerpo. Todos los elementos de su ser. Miró a Diego, el hombre al que amaba y que la amaba. A pesar de todo lo que había sucedido.

¿O debido a ello? No importaba.

Lo único que contaba era que habían salido adelante.

Hasta alcanzar ese estado de perfecta felicidad y comprensión.

Perfecto amor.

Él le mantuvo la mirada y el corazón de Portia se inflamó.

Ella le tomó la mano y la apretó con fuerza.

—Por los novios —musitó Diego, alzando la copa… para su novia.

Su verdadero amor.

Fin.